

Little Love  
Colección Romántica

*El corazón  
de Fiona*

MAR FERNÁNDEZ

*El corazón  
de Fiona*



*Mar Fernández*

*El corazón de Fiona*

Copyright © 2019 Mar Fernández Martínez

Todos los derechos reservados.

Queda terminantemente prohibida, sin autorización escrita del titular de los derechos de autor, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procediendo, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, al igual que la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos público sin permiso expreso del autor de la obra.

Corrección: Violeta Treviño

Portada: Valerie Miller

© <http://es.123rf.com/>

Autor: [Massonforstock](#)

Nº: 19499852

All Rights reserved

1ª edición Mayo 2019

[www.safecreative.org](http://www.safecreative.org)

Número de registro: 1902220025827

*“Yes que el amor no necesita ser entendido,  
simplemente necesita ser demostrado”.*

***Paulo Coelho***

PRÓLOGO

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

EPÍLOGO

MAR FERNÁNDEZ MARTÍNEZ

OTRAS OBRAS DE LA AUTORA

## PRÓLOGO

*Dallas, junio de 2017*

Fiona caminaba aceleradamente por la acera, cargada con tres bolsas llenas hasta los topes tras salir de un supermercado cercano a su casa. Con esfuerzo rebuscó las llaves en su bolso y subió las escaleras hasta el tercer piso. Solo respiró tranquila cuando dejó la compra sobre la pequeña encimera de la cocina. Un maullido a su espalda la sobresaltó y al girarse se encontró con el pequeño minino color gris. Una sonrisa se dibujó en sus labios y, olvidando su agobio anterior, se acuclilló y cogió al pequeño animal entre sus manos.

—Hola, mi sol —dijo con voz aniñada—. ¿Qué tal has pasado el día? —preguntó clavando la nariz en su suave pelaje—. Tengo una cosita para ti.

Dejó al animal en el suelo y buscó en una de las bolsas de papel marrón hasta dar con una lata que abrió y cuyo contenido vertió en su plato. La gatita elevó su cabeza y olfateó desesperada hasta llegar al rincón donde estaba su premio, que engulló con rapidez.

—¡Eres una glotona! —le reprochó Fiona mientras sacaba los alimentos de su envoltorio y los guardaba en su lugar.

Estaba echando los plásticos al cubo de reciclaje cuando el timbre comenzó a sonar con insistencia. «Mierda, no puede ser», se dijo mientras cogía al gato con celeridad y lo escondía en una caja de cartón situada en una esquina de la cocina. Por la forma pertinaz de llamar solo podía tratarse de una persona: su casera.

Más recompuesta, se acercó a la puerta y dibujó en sus labios una de sus mejores sonrisas antes de abrir la hoja de madera.

—Buenas tardes, señora Potter —la saludó alegremente, aunque aquella mujer se le atragantaba.

—Buenas tardes, señorita Mackenzie —respondió la anciana con labios apretados—. ¿Puedo pasar? —preguntó con voz dura.

«¿Qué sucederá ahora?», se preguntó Fiona molesta mientras se apartaba para que la señora Potter entrara en el pequeño apartamento. Agradeció que todo estuviera en orden, ya que el día anterior había hecho la limpieza semanal.

—Siéntese, por favor —ofreció Fiona cuando ambas llegaron al salón—. ¿Quiere tomar algo? —ofreció hospitalariamente.

—No, muchas gracias —dijo la mujer mientras se sentaba en el borde de una silla. Estaba claro que se sentía incómoda.

—Como guste —respondió Fiona, deseando que aquello acabara cuanto antes—. ¿Y a qué se debe su visita? —preguntó directa, arrepintiéndose al instante. Hacía menos de una semana que había hecho el pago mensual de su alquiler, por lo que no entendía que quería aquella insufrible mujer.

—¿No tiene nada que contarme, señorita Mackenzie? —preguntó la señora Potter, clavando con intensidad sus ojos oscuros en su rostro, como si quisiera traspasarla con la mirada.

Fiona la observó confusa y elevó una de sus cejas sin percatarse. «¿De qué demonios va todo esto?», se preguntó, y finalmente decidió esperar a que ella hablara para descubrirlo.

—Su vecino, el señor Morgan, se ha quejado de los aullidos de un animal en su apartamento —soltó la mujer, segura.

—¿Qué? —boqueó Fiona. «Ese maldito puritano», se dijo mentalmente al recordar a su molesto vecino.

—Lo que ha escuchado. Dígame la verdad, señorita Mackenzie, ¿ha metido a un animal en mi casa? —preguntó inquisitivamente.

—No, señora Potter —mintió al sentirse acorralada.

Para su desgracia en aquel momento sonó un ruido en la cocina y segundos después Maggie apareció saltando por el salón, persiguiendo su pelota roja. «Maldita sea mi suerte», se dijo Fiona cuando su casera clavó su mirada en su persona.

Media hora después, Fiona volvía a su piso cargada con varias cajas de cartón que había comprado para comenzar a empaquetar sus posesiones. «No vas a llorar más», se recriminó mentalmente mientras abría y cerraba cajones y metía sus pertenencias sin ningún orden en el interior.

El sonido del timbre la sobresaltó.

«Ahora no», pensó mientras se limpiaba los restos de las lágrimas con el dorso de la mano antes de dirigirse a la puerta. Suspiró pesadamente y abrió para encontrarse con Hannah, su prima, que al ver su rostro desencajado entró precipitadamente y la estrechó entre sus brazos para darle el consuelo que parecía necesitar.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Hannah cerrando la puerta a su espalda mientras cogía la cintura de Fiona y se internaba en el salón.

—Tengo que dejar el piso.

—¿Qué? —exclamó Hannah sorprendida, clavando su mirada en el rostro de su prima. Ahora comprendía su estado.

—Ha descubierto a Maggie —confesó Fiona mientras su labio comenzaba a temblar.

—Oh, Fiona lo siento... Aunque ya te lo advertí.

—Lo sé, Hannah, pero no podía dejarla en la calle —intentó excusarse mientras abría una nueva caja. Necesitaba tener las manos ocupadas.

—¿Y ahora qué vas a hacer? —indagó su prima.

—Supongo que tendré que buscar algún sitio donde mudarme.

—¿Cuánto tiempo tienes? —preguntó Hannah, dispuesta a hacerse con las riendas de la situación, como era su costumbre.

—Una semana —respondió Fiona, sabiendo que no era suficiente tiempo para encontrar algo en la ciudad.

—¿Solo una semana? —exclamó Hannah preocupada, viendo que no había muchas posibilidades.

—Ni un día más ni uno menos.

—¿No podrías convencerla...?

—No —dijo Fiona girándose y clavando su mirada en su prima—, está en el contrato.

Hannah suspiró resignada y, tras unos segundos, una sonrisa se dibujó en sus labios antes de coger una de las cajas vacías y comenzar a guardar los libros situados en una de las estanterías.

—Bueno, ya sabes que todo en esta vida tiene solución, y Lindsay y yo te ayudaremos. Ahora ocupémonos de todos tus trastos —dijo con humor, sabiendo que su prima frunciría el ceño,

molesta, como hacía en ese preciso instante.

—¡No son trastos, son mis cosas! —replicó Fiona furibunda mientras le tiraba a la cabeza un cojín del sofá.

\*\*\*

Hannah subió el último tramo de escaleras y respiró cuando pudo dejar la caja que cargaba a la entrada del apartamento. El calor era intenso aquella tarde de verano y, en un gesto casual, elevó el brazo y secó el sudor que perlaba su frente.

—Quita de ahí —dijo Fiona, que estaba a su espalda igual de cargada.

—¿Cómo has podido acumular tantas cajas? —preguntó Hannah mientras se apartaba para dejar pasar a su prima— ¿Al venir a la ciudad decidiste traerte todo lo que tenías?

Fiona dejó la última caja de su mudanza sobre una pila formada por otras tantas y clavó la mirada en el rostro sonrojado de su prima.

—Creía que te hacía ilusión que viniera a vivir contigo —replicó formando un mohín con sus labios.

Hannah se sintió fatal al ver su gesto y, a pesar de estar sudada, se acercó a Fiona y la apretó fuertemente contra su cuerpo.

—Lo siento —se disculpó—. Estoy encantada de que hayas venido a vivir con nosotras. Sabes que te adoro y, aunque te moleste, me alegra que tu casera haya decidido darte boleto.

—Vieja bruja —replicó Fiona, que aún estaba furiosa con la señora Potter. Había sido una desconsiderada al decidir rescindir el contrato que tenían con solo una semana de plazo.

—¡Oh, vamos, Fiona! Reconoce que tú también tienes parte de culpa en eso —dijo Lindsay, que en aquel momento se acercaba a ellas con dos vasos de limonada helada—. En el contrato ponía expresamente que nada de animales —añadió señalando al pequeño minino de color gris, que jugueteaba con una pelota de fieltro rojo junto al sofá.

La aludida cogió uno de los vasos y agradeció el frescor de su contacto, más aún cuando el líquido recorrió su garganta tras el primer trago. En el fondo sabía que Lindsay tenía razón, pero cuando encontró a la pequeña cachorra junto al cubo de la basura no pudo resistirse.

—¿Qué mal puede hacer Maggie? —preguntó—. Es adorable —añadió mientras una tierna sonrisa adornaba sus labios. Segundos después, dejó el vaso sobre la mesa y sostuvo al cachorro entre sus brazos mientras hundía la nariz en su suave pelaje.

Hannah y Lindsay cruzaron una mirada y no pudieron evitar sonreír. El piso no era muy grande, pero habían logrado acondicionar una pequeña habitación que solían usar de trastero para Fiona.

—Sí, lo es, y ahora más te vale que te pongas en marcha. Tu turno empieza en una hora —le recordó Hannah.

Fiona dejó a Maggie en el suelo para que siguiera con su juego y se incorporó.

—¡Sí, mamá! —dijo con humor, ganándose un bufido por parte de su prima antes de huir al baño para darse una ducha.

—¿Qué he hecho yo para merecer esto? —dijo Hannah poniendo los ojos en blanco.

—Adoras a tu prima, las dos lo sabemos —respondió entre risas Lindsay, tendiéndole el vaso de limonada que aún no le había entregado.

Hannah estaba a punto de contestar a sus palabras cuando el sonido del móvil de su amiga comenzó a sonar con insistencia. Aprovechó para degustar el zumo recién exprimido y disfrutó de

su acidez. A Lindsay le encantaba hacer zumos y succulentos platos que dejaban el estómago al borde de su capacidad y las calorías a mil. En más de una ocasión eso había provocado que tuviera que ponerse a dieta.

## CAPÍTULO 1

*Varias semanas después.*

El sonido del despertador se filtró a través de la densa bruma del sueño. Fiona alargó el brazo y, con los dedos, rebuscó en la mesilla hasta dar con su móvil para apagar la alarma. Con un esfuerzo titánico obligó a sus ojos a abrirse, a pesar de que los notaba hinchados como dos pelotas de tenis. Con trabajo, se sentó sobre la cama y obligó a sus piernas a moverse para ponerse de pie. Con paso cansado se acercó hasta la ventana y subió la persiana para descubrir un día gris y triste que entonaba bastante con su estado de ánimo.

«Tienes que ser fuerte», se repitió por enésima vez desde la muerte de Lindsay. «Hannah te necesita más que nunca», prosiguió con sus intentos de infundirse los ánimos que necesitaba, más aquel aciago día.

Sin poder evitarlo, revivió nuevamente el momento en que supo del trágico accidente que había sesgado la vida de una de sus mejores amigas. Estaba trabajando en el hotel cuando el teléfono sonó. Contestó con su alegría habitual, hasta que el policía al otro lado de la línea preguntó si Lindsay trabajaba allí. Rápidamente indicó que era su compañera de piso, y aquella voz mecánica le informó de su fallecimiento. No fue fácil contarle a Hannah lo sucedido, y tras su desmayo se prometió que cuidaría de Hannah como su prima había hecho con ella desde que había llegado a la ciudad varios años antes.

Llevaba casi cuarenta y ocho horas sin dormir, haciendo cientos de llamadas, y no podía negar que se sentía aliviada de que todo aquello acabara de una vez aquel día. Por otro lado, sabía que era el comienzo de algo peor: adaptarse al vacío que dejaría Lindsay en sus vidas.

Tras una ducha rápida, se vistió con ropa oscura y preparó una taza de café para espabilarse. Seguidamente entró en la habitación de su prima. Se le encogió el corazón al ver la estampa que presentaba. Estaba inmóvil frente al armario, con la mirada perdida y la piel lívida. Su rostro estaba devastado y se podían adivinar las bolsas bajo sus ojos y el rictus de sus labios. Se acercó hasta ella y, con delicadeza, pasó su brazo sobre sus hombros.

—Vamos, Hannah, tienes que arreglarte o llegaremos tarde —la advirtió dulcemente.

La aludida pareció salir de sus oscuros pensamientos al percatarse de la presencia de su prima, que había pasado toda la noche junto a ella, ambas acurrucadas en el sofá del salón.

—No sé qué ponerme —dijo frustrada, mientras movía las perchas de forma frenética —, ya sabes que no me gusta el negro.

Fiona lo sabía bien, al igual que odiaba el traje chaqueta clásico de su uniforme de trabajo. Siempre intentaba dar color a su atuendo con algún complemento a pesar de la mirada ceñuda de su jefe. Aun así, Fiona descubrió un traje chaqueta de color gris que colocó sobre la cama.

—Con este estarás bien.

—Fiona —la llamó con voz débil—, no sé si seré capaz de enfrentarme a la madre de Lindsay —confesó Hannah con voz apagada—. Esa mujer adoraba a su hija. Era tan joven... ¿Por qué ha tenido que suceder esto? —se preguntó, sin encontrar una respuesta.

Fiona sintió un nudo en la garganta y lo único que pudo hacer fue abrazar a su prima con intensidad. Hannah rompió a llorar sobre su hombro como si se tratara de una niña. Tardó cerca de veinte minutos en lograr que Hannah se recompusiera y se vistiera, pero una vez logrado, la empujó hacia la puerta y llegaron a la calle, donde ya las esperaba un taxi.

Cuando llegaron, el tanatorio ya estaba abierto y varios amigos de Lindsay esperaban en el interior.

—No sé si voy a poder con esto —expresó Hannah con el labio tembloroso.

Fiona giró levemente su rostro y clavó su mirada en ella.

—Hannah, eres la persona más fuerte que conozco. Sé que es duro, pero tienes que entrar ahí y despedirte de Lindsay, si no te arrepentirás.

Su prima, con la mirada vidriosa, asintió, y aferrando su mano emprendió el camino al interior del edificio.

\*\*\*

Fiona llevaba una semana con los nervios a flor de piel, desde que había recibido la llamada de su madre recordándole que se aproximaba la fecha del cumpleaños de su abuela. Sabía que era una tontería, que ya era una mujer adulta, pero la sola idea de volver a enfrentarse a Matthew alteraba sus sentidos.

«Eso fue hace mil años», se repitió, como si con eso pudiera bloquear sus sentimientos hacía el mejor amigo de su hermano, el único hombre al que había entregado su corazón tiempo atrás. «Debes tranquilizarte, —se dijo—, Hannah estará contigo. Al fin y al cabo solo son cinco días», prosiguió con su discurso mental, tratando de consolarse e infundirse ánimos mientras introducía la llave en la cerradura del apartamento.

Al entrar notó el silencio reinante, cosa que le resultó extraña, ya que se suponía que su prima debía estar en casa a esas horas. Dejó su bolso colgado en el perchero de la entrada y se quitó los zapatos, que dejó junto a la puerta. Se internó por el pequeño pasillo del apartamento descalza y al llegar al salón comprobó cómo su gatita dormitaba sobre el sofá.

—Si Hannah te ve ahí tumbada te castigará sin tu premio —dijo, como si el animal fuera a responderla.

Maggie abrió uno de sus ojos castaños y al ver a Fiona, volvió a cerrarlo y estiró su cuerpo despreocupadamente.

Una sonrisa dulce se dibujó en los labios de Fiona mientras observaba a la gata, pero se borró de repente cuando los gritos angustiados de su prima la sobresaltaron.

Olvidando lo que pensaba hacer en aquel momento, se precipitó hasta el dormitorio de Hannah y descubrió su cuerpo revolviéndose en la cama mientras de sus labios salían palabras confusas. Sin dudar, se acercó hasta ella y la zarandeó con la única intención de liberarla del mal sueño que parecía asaltarla.

—¡Hannah, despierta! —exigió desesperada.

—¿Fiona? —preguntó Hannah, confusa mientras se frotaba los ojos—. ¿Qué pasa?

—No lo sé, acabo de llegar, escuché tus gritos y cuando entré en la habitación te vi moverte sobre la cama con angustia. ¿Estás bien? —preguntó preocupada, clavando la mirada en el rostro sudoroso de su prima.

Hannah cerró los ojos y se frotó la frente con los dedos.

—Creo que sí, solo ha sido una pesadilla.

—¿Quieres tomar algo? —ofreció Fiona dispuesta.

—Sí, me tomaré un vaso de leche, ahora voy a la cocina —expresó Hannah mientras se recomponía.

Fiona asintió y salió del dormitorio dejándola sola, cosa que Hannah agradeció porque necesitaba recuperarse del momento vivido.

Cuando llegó a la cocina, Fiona buscó en la nevera algo que comer, y se sintió deprimida al encontrarla casi vacía. «Lindsay era la que se encargaba siempre de la compra», recordó, obligando a sus párpados a moverse para disipar las lágrimas que amenazaban con inundarle los ojos. «Tienes que ser fuerte», se recordó, ya que su prima lo estaba pasando fatal y solo la tenía a ella.

—En la balda de abajo hay un poco de comida china de ayer —le informó Hannah, sobresaltándola mientras se sentaba sobre uno de los taburetes altos junto a la isla de la cocina.

Minutos después, ambas estaban sentadas la una junto a la otra. Fiona degustaba unos fideos con gambas mientras Hannah bebía de una taza la leche tibia a pequeños sorbos. Se mantenían en un silencio cómodo hasta que Fiona lo rompió.

—He hablado con el *ogro* esta mañana —dijo en alusión a su jefe— y he conseguido que me dé los días libres que me debía —declaró antes de insertar el tenedor en la masa de fideos—. Ahora ya es seguro, el sábado estaremos en casa.

Hannah frunció el ceño, desconcertada por sus palabras. «¿El sábado?», se preguntó confusa mientras desviaba la mirada y la clavaba sobre el calendario que colgaba de la puerta de la nevera. «Mierda», pensó al ver la fecha resaltada con un llamativo amarillo fosforito. Era el cumpleaños de su abuela, nada menos que noventa años, y había prometido asistir. Incluso había logrado que Murphy le diera unos días libres para ir a la celebración, pero estaba demasiado deprimida desde la muerte de Lindsay y no quería estropear el cumpleaños de Nana.

—Fiona, no voy a ir —afirmó tajante. No tenía sentido retrasar lo inevitable y, cogiendo aire, confesó de corrido lo que la atormentaba—. No tengo ánimos y no quiero aguar la fiesta a la familia.

Fiona frunció el ceño y a punto estuvo de fulminarla con la mirada, pero cuando la clavó en el rostro de su prima se lo pensó mejor. Estaba claro que Hannah no se encontraba en su mejor momento y tampoco quería obligarla a hacer algo que no le apetecía.

—Está bien —aceptó finalmente—, y por la abuela no te preocupes, ya me inventaré algo. ¿Qué te parece si le digo que te has fugado con un magnate griego? ¿Qué crees que diría? —comenzó con humor, logrando lo que pretendía: que Hannah se olvidara de su estado anímico anterior.

—Pues conociéndola me diría que se lo presentara y luego le convencería de que ella es mejor partido que yo —replicó Hannah antes de que las dos rieran al imaginar la escena.

\*\*\*

Aquel viernes Fiona salió pronto del trabajo gracias a que Hannah le había cambiado el turno. De este modo, pudo coger un autobús aquella misma tarde para acudir a la celebración familiar. Drew se había ofrecido a llevarla en coche a la estación y, a pesar de que sabía que durante el trayecto tendría que aguantar un interrogatorio sobre Kimberly, aceptó. No le apetecía recorrer media ciudad en transporte público cargada con la maleta y el regalo de la abuela.

A la hora acordada, Fiona esperaba en la acera junto al edificio de apartamentos donde vivía. Cuando vio llegar un coche rojo reluciente y con el sonido de la música a todo volumen, supo que se trataba de Drew. Este frenó en seco a su lado y salió del vehículo con soltura.

—¿Te gusta mi coche nuevo? —le preguntó mientras abría el maletero y metía la maleta de Fiona en su interior.

—Es precioso —respondió Fiona sin demasiado interés.

—¿Lo meto también? —preguntó Drew observando la caja que Fiona portaba en sus manos.

—No, gracias, es algo delicado y no quiero que se rompa —dijo Fiona con una sonrisa.

—Pues entonces vamos —indicó Drew abriendo la puerta del acompañante para que ella entrara.

Durante unos minutos permanecieron en silencio, disfrutando de la música que salía de los altavoces. Drew tamborileaba con los dedos sobre el volante mientras esperaba a que el semáforo cambiara a verde para seguir con su camino.

—¿Cómo lo lleva Hannah? —preguntó Drew, sobresaltando a Fiona, que estaba perdida en sus pensamientos.

—¿El qué? —preguntó confusa.

—Lo de Lindsay.

Fiona crispó los dedos sobre la correa de su bolso antes de contestar.

—La extraña mucho —confesó con tristeza.

Y ella también lo hacía. Fueron muchos los momentos vividos junto a Lindsay y su prima, que se habían convertido en un trío de amigas que disfrutaban del tiempo libre juntas.

—Ha sido una tragedia —continuó Drew mientras accionaba la intermitencia para girar a la derecha—. Me quedé impresionado cuando conocí la noticia. Era tan activa, tan jovial... ¿Cómo un accidente tan estúpido puede truncar una vida?

Fiona pensaba lo mismo. Había sido un *shock* descubrir lo que había sucedido aquel fatídico día. Lindsay era la mujer más organizada y puntual que conocía, pero aquel día llegaba tarde a una cita importante. Al parecer, corría por el andén del metro cuando dio un traspié y cayó a las vías, dañándose un pie. Era una hora tardía, por lo que no había nadie en aquel momento para socorrerla, y la mala fortuna quiso que en ese instante el tren entrara en la estación. Cerró los ojos e intentó evitar las imágenes que se habían formado en su cabeza un centenar de veces, y que eran de lo más dantescas.

—Drew, no quiero hablar de eso —indicó tajantemente.

El aludido clavó la mirada en el espejo retrovisor y estudió el rostro ceniciento de su acompañante, arrepentido al instante de las palabras expresadas.

—Lo siento, Fiona, soy un estúpido. ¿Y cómo le fue el otro día a Kim con «San John»? —preguntó, cambiando drásticamente de tema.

Fiona lo agradeció y giró su rostro para contemplar el perfil masculino.

—Veo que tienes mucho interés. ¿No será que le tienes envidia?

—No digas tonterías, si quisiera algo de ella la tendría ya comiendo de la palma de mi mano.

—Sí, claro, señor seductor —replicó Fiona con humor mientras divisaba el histórico edificio de la estación de autobuses.

Fiona se aseguró de que el regalo de su abuela estuviera bien situado en el maletero superior del autobús y luego ocupó el lugar que indicaba su billete. El asiento era cómodo, situado en el lado de la ventana, cosa que Fiona agradeció. Rebuscó en su bolso y finalmente dio con una revista que comenzó a ojear con la esperanza de que los nervios que anidaban en su estómago ante su inminente regreso a Green Village, desaparecieran de una vez.

## CAPÍTULO 2

Matthew revisó el vendaje de la pata de *Pepper* y se sintió aliviado al descubrir que la fractura parecía sanar. La yegua había sido una de las que habían utilizado para el tour por el rancho y uno de los clientes había forzado demasiado al animal. Cuando se percató, tuvo que controlarse para no estampar su puño contra el rostro del hombre responsable, que parecía haber ignorado los consejos que siempre daba al comienzo de la ruta por las praderas del rancho. Estaba volviendo a vendar la pata del animal, cuando una voz a su espalda le sobresaltó.

—¿Te apetece una cerveza?

Al girarse, Matthew se encontró con Parker, su mejor amigo y socio, y una sonrisa se dibujó en sus labios mientras se enderezaba y se acercaba hasta él.

—Espero que esté bien fría —expresó mientras extendía su mano y cogía la botella de cristal recubierta por la escarcha.

—Por supuesto, ¿por quién me tomas? —dijo Parker mientras daba un trago de la botella—. No me gusta beber meada de cabra —añadió con humor.

Matthew sonrió y disfrutó del primer trago. Sí, definitivamente la cerveza estaba en su punto, y no le venía mal tras pasar parte de la tarde bajo el inclemente sol mientras reparaba uno de los vallados.

Ambos permanecieron en un silencio cómodo, disfrutando del momento.

—¿Has quedado con alguien? —preguntó Matthew al percatarse de que Parker se había duchado y vestía unos jeans azules y una luminosa camisa blanca.

Parker elevó su mirada y sonrió antes de responder a su pregunta.

—No, desgraciadamente las mujeres me rehúyen —comentó con humor.

—Es que eres un tío muy feo —replicó Matthew mordaz.

—Claro, habló Míster América —dijo Parker molesto.

Matthew no hizo caso a su comentario y achicando los ojos siguió observándolo con curiosidad.

—Entonces, ¿por qué te has arreglado? Si mal no recuerdo, hoy te tocaba a ti limpiar los boxes.

—Tengo que ir a buscar a Fiona, llega en una hora.

Matthew sintió que el gesto de su rostro se congelaba, y que sus pulmones se quedaban sin aire por unos instantes. Solo escuchar su nombre logró que su cuerpo se colapsara y se maldijo por ello. «¿Acaso pensabas que no iba a venir al cumpleaños de Nana? Eres un estúpido», se recriminó.

Parker, ajeno al estado de ánimo de su amigo, siguió hablando.

—Perdona por cargarte más trabajo, te juro que te recompensaré —dijo mientras daba el último trago a su cerveza y dejaba la botella sobre una caja de madera cercana—. Me tengo que ir. —Sin más, se despidió con un gesto de mano y desaparecer por la puerta del establo.

Matthew tardó unos minutos en reaccionar y, para aplacar su frustración, no pudo más que estampar la botella de cristal contra la pared, que se desintegró en mil pedazos. *Pepper* se sobresaltó y comenzó a moverse con nerviosismo.

—Tranquila, preciosa —dijo Matthew mientras acariciaba su flanco para intentar apaciguarla—, soy un idiota.

Con la intención de despejarse, cogió uno de los cepillos colgados de una de las columnas de madera y comenzó a cepillar a la yegua rítmicamente. A su pesar, el rostro de Fiona se presentó ante sus ojos, haciéndole recordar a la mujer que había roto su corazón en el pasado y que regresaba para atormentarle.

\*\*\*

El autobús dio un bandazo y Fiona abrió los ojos con sobresalto. Debió quedarse dormida al poco de salir de Dallas porque lo siguiente que vieron sus ojos a través del cristal fue el cartel de bienvenida del pequeño pueblo donde se crió; Green Village.

No le fue difícil reconocer a su hermano entre las personas que esperaban la llegada de los ocupantes del autobús. Era alto como una torre y su postura desenfadada, apoyado cómodamente contra la pared de la parada acristalada, le hizo sonreír.

Así era Parker, el hombre más tranquilo que había conocido en su vida. Parecía que nada podía alterarle y eso que cuando era pequeña le había hecho más de una trastada. Recordó aquella vez que había cazado varias arañas peludas y las había colocado entre sus sábanas. Esperó hasta la noche con impaciencia con la firme creencia de que su hermano saldría de la cama como un gato escaldado, pero para su sorpresa, ahuecó la almohada, arrebujo el edredón en torno a su cuerpo y comenzó a roncar sonoramente. Lo que nunca supo es que Parker permaneció quieto hasta que ella desapareció por el pasillo para luego levantarse. Tras capturar a los animales, los dejó escapar por la ventana y volvió a acostarse.

Parker esperó pacientemente a que los pasajeros bajaran del autobús hasta que finalmente localizó la larga melena pelirroja de su hermana. Estudió críticamente su aspecto y descubrió que había adelgazado alarmantemente. La inquietud que sentía aumentó al descubrir su rostro demacrado.

Solía pensar que su madre era demasiado exagerada respecto a la preocupación por sus hijos, pero estaba claro en este caso tenía razón: algo le pasaba a su hermana. A pesar del desasosiego que le embargó, se contuvo. Sabía cómo proceder con Fiona. No podía someterla a un interrogatorio directamente, solo conseguiría que se retrajera, por lo que optó por esperar al momento oportuno. Cuando llegó a su altura, no dudó ni un segundo en atraparla entre sus brazos y besar su coronilla con cariño.

—Ya era hora de que llegaras, pequeñaja. —La saludó por el apodo que usaba siempre con ella y que Fiona odiaba—. Tengo que llevarte a casa y no quiero llegar tarde a mi partida de póker.

—¡Aparta! —exclamó Fiona mientras comprobaba el paquete que sujetaba entre sus manos —, eres un bestia —le reprochó, aunque una sonrisa afloró a sus labios—. Y por lo de tu partida de póker, no te preocupes, puedo ir solita a casa, conozco el camino...

—¡Oh, vamos, Fiona, no te enfades! —le rogó Parker mientras cogía la maleta situada a los pies de su hermana—. Hace meses que no nos vemos. —Y eso había sido la última vez que él había ido a Dallas—. ¿Qué te parece una tregua? ¿Acaso no me has extrañado? —preguntó compungido mientras caminaba en dirección a su furgoneta.

Fiona se sintió avergonzada por su comportamiento y, sin dudar, se acercó a su hermano y enlazó el brazo en su cintura mientras apoyaba la cabeza en su pecho, agradecida del consuelo que le reportó ese contacto.

—Lo siento, últimamente no estoy del mejor humor.

—Pues prepárate para fingir, o mamá te freirá a preguntas.

—Espero que no, debe estar muy ocupada con el cumpleaños de Nana.

—Y lo está, pero no esperes escapar por eso de su interrogatorio.

Fiona bufó, sabiendo lo que la esperaba, pero prefería postergar la situación que imaginaba hasta que sucediese.

—¿Y papá? —preguntó intentando cambiar de tema.

—Desbordado. Ya sabes que en esta época las reservas se disparan. El hostel tiene todas las habitaciones ocupadas y con mamá fuera de juego, el pobre hombre no sabe ni por dónde anda. Necesitará ayuda.

—¡Oh, vamos, Parker! Se supone que tú estás aquí y deberías arrimar el hombro.

—Fiona, sabes tan bien como yo que la hostelería no es lo mío. Soy feliz con mi trabajo en el rancho.

—Te entiendo, el rancho del abuelo es un lugar maravilloso.

—¿Aún estás enfadada porque la abuela me cediera el lugar? —preguntó Parker preocupado mientras cerraba el maletero tras guardar la maleta de su hermana.

—Por supuesto que no.

—¿Seguro? —insistió.

—Estoy encantada de que tú seas ahora dueño del rancho, yo no hubiera sabido por dónde empezar a levantar ese lugar después de los años que llevaba desocupado. Mi vida está en la ciudad, allí soy feliz.

Al menos así había sido hasta unas semanas antes. La muerte de Lindsay había dejado su vida completamente desestabilizada. Su ausencia era difícil de asumir y no solo para ella. Su prima estaba destrozada y no sabía cómo ayudarla.

\*\*\*

Edith vertió la masa en la sartén y esperó a que ocupara toda la superficie antiadherente antes de dejar que se cuajara. Cuando estuvo en su punto, le dio la vuelta y se sintió satisfecha al ver el color dorado que mostraba al freírse. En la encimera, situada junto a los fogones, reposaba una fuente repleta de tortitas que parecían una torre a punto de derrumbarse por la altura alcanzada.

—Edith, ¿no crees que te estás pasando? —preguntó Albert, su marido, que en aquel momento cruzaba el umbral de la cocina y se dirigía directo a la cafetera. Cogió una taza de la alacena y se sirvió generosamente antes de sentarse frente a una mesa repleta de comida. Casi no quedaba superficie libre. Tostadas, zumo, magdalenas, mermeladas, miel...

—Aún no la has visto —dijo Edith en alusión a su hija—. Está seca como una vara, tengo apenas unos días para engordarla. Esa vida de ciudad no es buena.

—Cielo, lo hemos hablado un millón de veces. Esa es la vida que ha elegido Fiona —recalcó Albert mientras daba el primer sorbo a la taza que portaba en sus manos, disfrutando de su sabor amargo, ya que no le gustaba el azúcar—. Cuando decidimos tener hijos prometimos dejarles volar llegado el momento.

Edith apagó el fogón y colocó la fuente de tortitas sobre la mesa antes de sentarse frente a su marido. Luego se sirvió una taza de café y le añadió la leche y el azúcar

—Tienes razón —replicó a sus palabras—, pero nunca dejaron de ser *mis niños*, ¿lo comprendes? —preguntó, deseando que su marido entendiera lo que sentía.

—Lo hago, eres como una gallina con sus polluelos y nunca dejarás de serlo, pero recuerda lo que llevamos meses planeando. Me lo prometiste —le recordó mientras atrapaba su mano entre

sus dedos.

—Y no he cambiado de opinión. Llevamos años atados al hostel y a pesar de que adoro el lugar, que antes perteneció a tus padres, creo que ha llegado el momento de que disfrutemos de la vida.

—Esa es la actitud, mi vida —expresó Albert mientras besaba su mano con amor.

—Aunque no te voy a negar que me da una pena tremenda traspasar el hostel. Es un negocio familiar.

Albert frunció el ceño y volvió a clavar su mirada en el rostro de su esposa.

—Deja de dar vueltas al asunto. Además, eso no lo sabremos hasta que conozcamos al nuevo propietario. Quizás también esté dispuesto a darle el mismo ambiente familiar que ha tenido desde su apertura.

—Tienes razón —aceptó Edith a regañadientes—, pero ¿cuándo le daremos la noticia a Fiona? —preguntó preocupada.

—Creo que lo mejor es que esperemos a celebrar el cumpleaños de la abuela para eso, sospecho que no se lo tomará tan bien como Parker. Lo mejor es que todo haya pasado antes de que estalle la tormenta. Sandy ya debe estar hecha un manojo de nervios —dijo en alusión a su cuñada.

—¡Dios santo! —exclamó Edith abandonando su silla con celeridad—. Se me había olvidado que había quedado con ella en la floristería.

Albert suspiró, y su gesto se torció al escuchar su exclamación.

—¿Eso quiere decir que voy a tener que hacerme cargo del hostel yo solo? —preguntó con sospecha.

—¡Oh, vamos, Albert! Solo falta un último esfuerzo y este fin de semana todo habrá acabado. Además, Pauline es una excelente cocinera y te ayudará en todo lo que precisas, como ha hecho hasta ahora —expresó mientras rescataba su bolso de la entrada de la cocina y salía por la puerta con celeridad.

Albert frunció el ceño mientras daba cuenta de los últimos restos de su café. Amaba a su mujer con toda el alma, y le encantaba su forma de ser, pero tenía la mala costumbre de abarcar más de lo que podía manejar y él siempre acababa pagando las consecuencias. Sabía que con la cocina no tenía ningún problema, que Pauline era perfectamente capaz de encargarse de eso, pero el resto de tareas del hostel recaerían sobre sus hombros y no estaba seguro de poder con todo.

«No queda otra», se dijo resignado mientras dejaba su taza en la pila y cogía su jersey del respaldo de la silla antes de salir de la casa camino del hostel Mackenzie, donde él mismo se había criado.

## CAPÍTULO 3

Fiona se desperezó sobre su cama de toda la vida y al abrir los ojos se sintió bien al estar en su hogar. Por primera vez en semanas había dormido de un tirón, cosa que su cuerpo agradeció. Se incorporó con desgana; le hubiera gustado dormir un poco más, pero quería ir hasta el hostel para reunirse con su padre, al que no pudo ver la noche anterior.

Tras darse una ducha rápida se atavió con un sencillo vestido de verano y se calzó unas sandalias bajas de cuero. Bajó a la cocina y se quedó asombrada por lo que se encontró en la mesa, que parecía dispuesta para una familia completa. No le fue fácil encontrar la nota de su madre instándola a desayunar. Comió un par de tortitas, disfrutando de su sabor, y bebió un café con leche, tras lo cual, guardó el resto de guarnición en varios *tupperware* de aluminio para llevarlo al comedor social del pueblo antes de dirigirse al hostel. Su conciencia no le permitía desperdiciar tanta comida. Más tarde hablaría seriamente con su madre al respecto.

Como esperaba, su padre le había dejado las llaves de su Volvo en la mesilla de la entrada para que pudiera moverse con libertad. Con resolución, abrió el maletero y metió las bolsas de papel marrón antes de situarse tras el volante y conducir hasta las afueras del pueblo, donde estaba el pequeño edificio donde se ayudaba a los más desprotegidos gracias a la señora Blair.

En su último año de instituto fueron muchos los fines de semana que pasó en aquel lugar, feliz ayudando a los que no les había sonreído la vida. Tras bajar del coche recogió la preciada carga y se dirigió a la parte trasera, consciente de que todo seguía igual a pesar de los años transcurridos.

Al traspasar la puerta llegó directamente a la cocina, donde la señora Blair se afanaba en la organización del desayuno. La mujer, al verla aparecer, dejó los platos sobre la encimera y caminó hasta ella para estrecharla entre sus brazos.

—¡Fiona, qué sorpresa! —exclamó mientras besaba sonoramente sus mejillas antes de apartarse para estudiar su rostro—. Tienes un aspecto horrible —expresó con su habitual sinceridad.

—Señora Blair...

—Edith ya habrá empezado a cebarte —expresó la mujer con humor, mientras observaba con sospecha las bolsas que había dejado la joven sobre la mesa.

—Sí, pero soy solo una mujer, no un ejército, y he pensado que quizás su exquisita cocina sería apreciada aquí —replicó Fiona con humor mientras le guiñaba un ojo a la encargada del comedor social.

—Gracias, mi niña, y creo que será mejor que Edith no se entere de esto.

Fiona elevó su mano, y fingiendo tener una llave entre sus dedos, hizo el gesto de sellar sus labios como si fuera un candado.

La señora Blair rió ante su gesto teatral, pero dejó de prestarle atención para clavar su mirada en la puerta por la que poco antes había entrado la joven.

Fiona se quedó sorprendida por su gesto y antes de girarse descubrió de quién se trataba.

—Señora Blair —sonó una voz masculina a su espalda—, le he traído lo que le prometí. Carne de primera calidad... —El hombre pareció desconcertado antes de proseguir con su parlamento—. Lo siento, no quiero interrumpir —se disculpó—, se lo dejo en la nevera, como de costumbre.

—Gracias, Matthew —expresó la mujer—. Hoy va a ser un gran día para estas almas desafortunadas. Y por favor, no te disculpes, ¿no has reconocido acaso a Fiona? —preguntó, elevando una de sus cejas.

—Por supuesto —replicó el hombre algo incómodo mientras cambiaba el peso de pie—. Hola, Fiona —concluyó.

—Hola, Matthew —replicó la aludida mientras se giraba y comenzaba a sacar la comida de las bolsas para colocarla sobre la encimera. Necesitaba ocuparse de algo. «¿Por qué tengo tan mala suerte?», se preguntó frustrada. De todas las personas que podía haberse encontrado desde su vuelta, el destino había decidido cruzar en su camino a la única a la que no quería ver.

Había estado locamente enamorada de él desde siempre y, con su obsesión de conquistar al mejor amigo de su hermano solo logró acabar con el corazón destrozado y huyendo de su hogar como una cobarde. «Fiona, madura, por favor, ya no eres una adolescente estúpida», se recriminó mentalmente, y a su pesar acabó perdida en los recuerdos de un pasado lejano.

Era su último año de instituto y solo faltaban unas semanas para acabar el curso. Aquella noche había salido con sus amigas y habían acabado tomando unas cervezas, que había hurtado de la nevera del sótano de su casa, en el garaje de su prima Hannah. Era casi medianoche cuando regresó a su hogar acompañada por los truenos de una tormenta de verano. Agradecía que el cielo hubiera sido clemente con ella y la lluvia no se hubiera personado aún, dándole tiempo para llegar a casa. Como estaba ligeramente mareada, decidió entrar por la puerta del sótano, con la esperanza de no encontrarse con nadie. Pero cuál no fue su sorpresa al descubrir a Matthew, el amigo de su hermano, que estaba cómodamente sentado en el sofá viendo un partido de béisbol.

Fiona se quedó quieta en medio de la habitación y solo reaccionó cuando Matthew fijó su mirada en ella.

—¿Y mi hermano? —preguntó, para no quedar como una estúpida.

Matthew la observó atentamente y achicó los ojos antes de contestar.

—Ha ido a por unas cervezas al supermercado, al parecer han desaparecido las que tenía preparadas para el partido.

—Las habrá cogido mi madre para el hostel —replicó Fiona con demasiada celeridad.

Matthew comenzó a sospechar lo sucedido con la bebida y, conociendo a su amigo, sabía que la pequeña Fiona no saldría bien parada de la situación. Se levantó del sofá y, dispuesto a descubrir la verdad, se acercó hasta la joven.

Estudió atentamente su aspecto y una sonrisa se dibujó en sus labios al descubrir sus mejillas sonrojadas, su pelo rojo revuelto y sus ojos, color caramelo, que parecían vidriosos. Se acercó unos centímetros más, y el olor amargo de la cerveza llegó a su nariz. No le pasó desapercibido el temblor del cuerpo femenino. Cruzó los brazos sobre su pecho y frunció el ceño antes de hablar.

—¿Cuántas te has tomado? —preguntó directo, disfrutando cuando ella abrió la boca, incrédula, antes de balbucear.

—No... no sé a qué te refieres.

—¡Oh, vamos, pequeñaja! —exclamó Matthew, siendo consciente del momento exacto en el que sus ojos comenzaron a desprender fuego, demostrando así su enfado inminente—. No me tomes por estúpido, sé que has sido tú, confíésalo.

Fiona apretó los puños a los costados, aunque hubiera deseado estampar uno de ellos en el rostro masculino. Odiaba que la llamaran así, y él lo sabía. Una cosa era que lo hiciera su

hermano, pero Matthew no tenía ningún derecho. Resuelta, se cuadró de hombros y dio un paso adelante, dispuesta a enfrentarse a él.

—En una cosa te voy a dar la razón —siseó—, eres un estúpido.

Matthew se quedó sorprendido por su respuesta y la sonrisa que adornaba en aquel momento sus labios se borró de golpe.

—Fiona, no te pases, o me veré obligado a decirle a tu hermano dónde han acabado sus cervezas.

—¿Y cómo puedes estar tan seguro de que yo tengo algo que ver con eso?

Matthew se acercó a ella peligrosamente, y descendió sobre ella hasta que su nariz casi rozó su cuello, para olisquear como si fuera un perro en busca de su presa.

Fiona sintió que su corazón se aceleraba en su pecho al notar su aliento en su piel, pero la voz de su madre, que llegaba desde la escalera, cortó su respiración.

—Parker, Matthew, ¿estáis ahí? —preguntó Edith mientras descendía por las estrechas escaleras.

—¡Oh, estoy perdida! —susurró Fiona para sí.

Su cabeza empezó a trabajar a toda velocidad, intentando encontrar una salida para aquella situación, pero se vio sorprendida cuando Matthew la cogió del brazo y tiró de ella para salir por la puerta por la que poco antes ella había entrado.

Ambos fueron recibidos por una persistente lluvia, que en pocos minutos empapó sus ropas. Para su desgracia, su madre se puso a trastear en el cuarto de la colada, impidiendo que pudieran volver a entrar.

Fiona sintió que su cabeza se despejaba con rapidez. Su piel estaba empapada, e intentando mantener el calor de su cuerpo, se abrazó a sí misma, mientras sus dientes castañeban.

—¡Todo esto es culpa tuya! —reprochó Fiona al hombre que permanecía a su lado, impertérrito.

—¡Oh, vamos, para ya! —replicó Matthew cansado—. Deberías ser más agradecida, si no llega a ser por mí, ahora estarías dando explicaciones a tu madre sobre tu borrachera.

—No estoy borracha, solo bebí un par de cervezas —le rebatió, irguiéndose, dispuesta a enfrentarle, a pesar de que le sacaba una cabeza.

Matthew giró su rostro, y achicó sus ojos, estudiando sus facciones. Sus ojos marrones echaban chispas, su pelo castaño estaba alborotado por la humedad y su piel húmeda le daba un aspecto de lo más sugerente. Conocía a Fiona desde que apenas levantaba un palmo del suelo, y la había visto crecer pegada a Parker, al que parecía disfrutar fastidiando. Pero algo había cambiado en aquel preciso instante, con las gotas de lluvia cayendo implacablemente sobre ellos. Una sensación que conocía demasiado bien se había apoderado de su cuerpo: la pasión. Su corazón comenzó a latir aceleradamente al ser consciente de la necesidad de besarla que le atenazaba. «¿Qué demonios me está pasando?», se preguntó, confuso. Y deseando borrar esa necesidad, decidió atacar a la joven para que se enfadara, considerando que así el deseo por ella se evaporaría.

—Vete con ese cuento a otro lado. Pensaba que tenías algo de sesera en esa cabecita tuya, pero parece que me equivoqué. Eres una más de esas estúpidas que prefieren malgastar su tiempo bebiendo y con chicos malos que solo buscan...

—¡Cállate! —gritó Fiona molesta—. ¿Quién te crees para darme lecciones de moral? —preguntó, mientras colocaba sus manos sobre sus caderas y acertaba la distancia que los separaba para enfrentarle de frente, clavando su mirada en su rostro—. ¿Crees que la gente no habla? —

siguió metiendo el dedo en la llaga.

Matthew sintió cómo la ira crecía en su interior y se dio cuenta de lo estúpido que había sido. Su propia trepa se había vuelto en su contra y se lo tenía merecido, pero eso no quería decir que le gustara que aquella mocosa hablara sobre aquel asunto.

—Fiona, no traspases la línea —le advirtió, bajando su cabeza para que sus miradas quedaran a la misma altura, intentando intimidarla con su rostro ceñudo.

La aludida sonrió, disfrutando del enfado de él, como lo hacía cada vez que chinchaba a su hermano.

—¿Acaso no es verdad lo que dicen de ti y Florence?

—Fiona —su voz era fría.

—Dicen que se quedó bastante desilusionada cuando...

Matthew aferró los brazos de Fiona y la elevó en alto para que sus miradas quedaran a la misma altura, quedando sus rostros a escasos centímetros.

—Cuando la dejé, y si lo hice fue por un motivo, pero no pienso dar explicaciones a medio pueblo.

—Bueno, lo que realmente se comenta es que fue ella la que te dejó porque no sabes cómo comportarte con una mujer, que la dejaste a...

—¿Y tú también crees eso? —preguntó Matthew.

—No lo sé, quizás debería comprobarlo por mí misma —expresó, antes de elevar su rostro para encontrarse con los labios masculinos, materializando la fantasía que la acechaba cada vez que el amigo de su hermano estaba cerca.

Matthew se quedó sin aliento cuando la joven unió sus suaves labios a los suyos. Durante un tiempo que no pudo precisar, se quedó quieto, sin capacidad de reacción, pero cuando aquella jugosa boca comenzó a jugar contra la suya, no pudo evitar coger lo que le ofrecía, sin importar quién era ella, solo lo que su cuerpo deseaba. Atrapó esos labios entre los propios y descubrió el sabor limpio del agua de lluvia, que había resbalado por su rostro, y que le excitó como nada lo había hecho nunca antes.

Sin su consentimiento, sus manos atraparon la cintura femenina, y la estrechó contra su cuerpo, disfrutando cuando unos puntiagudos pezones se clavaron en su pecho y se perdió en la nebulosa de la pasión.

—¡Matthew, ya tengo las cervezas! —se escuchó la voz de Parker en el interior de la casa, buscando a su amigo.

El aludido se apartó de Fiona al instante, dispuesto a entrar, pero antes de hacerlo, clavó su mirada en el rostro de la joven.

—Esto no ha sucedido, y no se volverá repetir —advirtió antes de traspasar la puerta sin mirar atrás, dejando a Fiona con el corazón acelerado.

La joven tuvo que apoyarse en la pared porque las piernas le temblaban. Aún notaba el sabor masculino en su boca y el calor que ascendía por su piel. «¿Qué he hecho?», se preguntó temblorosa, mientras se llevaba los dedos a los labios, que aún palpitaban por el beso compartido.

—¡Fiona! —le reclamó la voz de la señora Blair—. ¿Estás bien? —preguntó la mujer, preocupada.

—Claro —replicó ella mientras tiraba las bolsas en el cubo de reciclaje—, perdone, estaba pensando en mi abuela —mintió—. Ahora tengo que irme —se excusó antes de besar las mejillas

de la mujer y despedirse escuetamente antes de salir con atropello.

Matthew no apartó su mirada de la espalda de Fiona hasta que no desapareció tras la puerta. No había esperado encontrarla allí, a pesar de que sabía que había llegado el día anterior y, aun así, se había sorprendido del encuentro fortuito. Hacía años que Fiona había dejado Green Village para vivir en la ciudad y desde entonces no había regresado, para consternación de su familia, que la adoraba.

Como un fantasma venido del pasado, ante sus ojos se materializó la noche en que la besó por primera vez y a su pesar deseó retomar ese instante suspendido en el tiempo para probar nuevamente sus labios. «¿Qué demonios me pasa?», se preguntó molesto mientras entraba en la cámara para dejar la carne que donaba semanalmente al comedor social.

Dispuesto, regresó a la cocina y se despidió de la señora Blair. Se dijo a sí mismo que no podía malgastar tiempo en tonterías, ya que en el rancho le esperaba mucho trabajo del que tenía que ocuparse. Y con esa resolución, cerró la puerta de su coche con un sonoro portazo.

## CAPÍTULO 4

Fiona aparcó el Volvo frente al hostel Mackenzie y se sintió maravillada ante su imponente aspecto. Su estilo arquitectónico victoriano era encantador, su sola visión te hacía sentir en otra época. No le extrañaba que los clientes de su madre regresaran año tras año a pasar unos días allí. Había comenzado la temporada alta y, por lo que le había dicho su madre la noche anterior, todas las habitaciones estaban completas.

Bajó del coche y se dirigió hasta el pequeño tramo de escaleras que daban acceso al edificio y al traspasar la puerta, se sintió nuevamente en casa cuando el olor a flores nuevas, situadas en un jarrón sobre el mostrador de recepción, la recibió. En ese momento, su padre apareció por uno de los arcos que daban al comedor y cuando la vio una enorme sonrisa se dibujó en sus labios antes de dirigirse hasta ella y estrecharla fuertemente entre sus brazos.

—¡Qué alegría verte, mi princesa! ¿Qué haces aquí? —le preguntó tras apartarla de su cuerpo y fijar su mirada en su rostro.

—Pensé que necesitarías ayuda —contestó.

—Oh, no, cielo, yo puedo ocuparme —afirmó, a pesar de no estar del todo seguro de sus palabras.

Fiona sonrió al descubrir el tic nervioso del ojo derecho de su padre, cuyo párpado se movía imperceptiblemente. Le conocía demasiado bien como para no percatarse de su estado de estrés. No pensaba dejarle solo en aquel momento, cuando sabía que la necesitaba.

—Lo haré de una manera u otra, y lo sabes —expresó con una sonrisa.

Albert se derritió al descubrir la expresión que mostraba el rostro de su hija y que solía utilizar cuando quería salirse con la suya.

—Está bien, podrías llevar a un grupo a la excursión.

—¿Qué excursión? —preguntó Fiona confusa.

—Hija, nos hemos modernizado —expresó Albert con humor—. Ahora hacemos actividades por la zona, y especialmente jornadas sobre *la vida en un rancho* —dijo, utilizando sus dedos para formar dos comillas imaginarias—. Ya sabes cómo es la gente de ciudad —añadió con humor.

—¿Y es muy grande el grupo? —indagó Fiona interesada.

—En esta ocasión son seis personas. Una pareja de Nueva York y otras dos que vienen desde Luisiana.

Fiona meditó sobre sus palabras y observó las ojeras bajo los ojos de su padre. Definitivamente, estaba agotado. Su madre debía estar con los últimos detalles de la fiesta de Nana, que se celebraría al día siguiente, y su padre estaba cargando con toda la responsabilidad del hostel. No tenía mejores planes para aquel día y no se le ocurría nada mejor que hacer que ayudar a su padre.

—Yo me ocupo —se ofreció, dispuesta.

Fiona pudo leer en los ojos de su padre la esperanza, el alivio, pero como esperaba, sus palabras dijeron lo contrario.

—No, hija —expresó Albert acariciando su mejilla amorosamente—. Tú estás de vacaciones, ya trabajas demasiado el resto del año, y no estamos hablando de un pequeño hostel si

no de uno de los hoteles más importantes de Dallas —expresó con orgullo mal disimulado.

—Papá, por favor, soy una simple recepcionista, hablas como si fuera la dueña —dijo Fiona con humor—. Y ni sueñes con librarte de mí tan fácilmente. Este es el hostel Mackenzie, y yo soy una Mackenzie —concluyó guiñándole un ojo con una expresión traviesa.

Albert sonrió al escuchar sus palabras, aunque no pudo evitar sentir remordimientos al ocultarle que Edith y él pesaban traspasar el negocio que llevaba en la familia décadas.

—Está bien —aceptó finalmente.

—¿A qué hora es?

—Sobre las once.

—¿Dónde es? ¿Cómo iremos?

—Tú tranquila, Matthew vendrá a buscar a parte del grupo y tú llevarás al resto en el coche del hostel.

—¿Matthew? —repitió Fiona tontamente, notando como su rostro perdía parte de su color. «¿Cómo puedo tener tan mala suerte?», se preguntó, frustrada, mientras intentaba controlar la expresión de su rostro para que su padre no se percatara de su turbación. Había tenido la esperanza de no volverle a ver tras su encuentro una hora antes, pero parecía que el destino se confabulaba en su contra para demostrarle que él era quien mandaba.

—¿Pasa algo? —indagó Albert al ver el rostro ceniciento de su hija.

—No, nada, solo que no entiendo qué tiene que ver Matthew con todo esto. Pensé que la excursión sería en el rancho de Parker —replicó Fiona pintando una sonrisa en sus labios que no sentía.

Por nada del mundo quería que su padre se percatase de que no le hacía ninguna gracia pasar la mañana con Matthew, sobre todo porque eso le llevaría a preguntas que no estaba dispuesta a responder. «Eres una estúpida, eso es el pasado, seguro que él ni siquiera se acuerda de aquel primer beso y de lo que sucedió después. Es tu cerebro el que se empeña en recordar un pasado que ya está muerto».

Albert frunció el ceño y sus cejas oscuras casi llegaron a tocarse al curvarse.

—¿Tu hermano no te dijo nada ayer? —preguntó confuso.

—¿Qué tenía que decirme? —respondió Fiona con otra pregunta.

—Matthew y Parker se asociaron hace aproximadamente un año, cuando tu hermano decidió tomar las riendas del rancho. Ya sabes que aquel sitio estaba hecho un desastre y hacía falta mucho dinero para poder levantarlo. La verdad es que han logrado mucho en muy poco tiempo —prosiguió Albert con su discurso, ajeno a los pensamientos de su hija.

«No puede ser cierto», se dijo Fiona, pero estaba claro que sí lo era «¿Por qué Parker no me ha dicho nada?», se preguntó, decepcionada con su hermano.

—Cielo, no quiero presionarte, pero tengo mil cosas por hacer —prosiguió Albert al ver la hora que marcaba su reloj de pulsera—. Entonces, ¿te encargas tú de la excursión? —insistió para tachar esa tarea de la larga lista que tenía aquel día.

—Por supuesto, papá, no tienes que preocuparte más por eso —aseveró Fiona, aunque lo que realmente deseaba en aquel momento era coger el coche y plantarse en el rancho para pedirle explicaciones a su hermano, más cuando el día anterior habían hablado sobre el lugar.

—Perfecto, mi niña —dijo Albert distraídamente antes de besar su mejilla—. Y ahora te dejo, tengo que ir a recoger el pedido en el supermercado, si no, Pauline me matará. Los víveres ya deberían estar en su cocina —añadió mientras se dirigía a la puerta de salida con paso brioso.

Fiona se quedó sola en la entrada, incapaz de moverse a pesar de que estaba deseando ir a

saludar a Pauline. Necesitaba unos minutos para recomponerse de la tormenta que se estaba desatando en su interior. La perspectiva de pasar varias horas con el hombre que nunca había logrado olvidar había hecho que sus nervios se crisparan como hacía tiempo no lo hacían.

\*\*\*

Matthew comprobó el estado de la pata de *Pepper*, que permanecería unos días en su box hasta que estuviera completamente recuperada, y luego eligió los ejemplares que se utilizarían para la excursión del hostel. Los sacó del establo y los colocó en el redil cercano a la casa. Estaba comprobando las cinchas de las sillas que iban a utilizar cuando Parker se adentró en el apartado donde se guardaban las monturas.

—Matthew, menos mal que te encuentro —expresó Parker con voz aliviada.

El aludido se giró y descubrió a su socio vestido con el elegante traje gris que solo utilizaba para las reuniones de trabajo.

—¿Qué haces así vestido? —preguntó con sospecha—. Te recuerdo que hoy me tenías que cubrir en la excursión. Tengo un asunto importante del que ocuparme.

Parker parecía intranquilo, así lo denotaba su gesto nervioso cuando se acarició con los dedos la nuca.

—Lo sé, pero tendrás que encargarte tú —repuso directo.

Matthew sintió que un sudor frío recorría su cuerpo, y no porque fuera la primera vez que se encargaba de un grupo de turistas, pero por nada del mundo deseaba cruzarse nuevamente con Fiona, que era lo que pasaría si acercaba al hostel.

—Y una mierda, he quedado con mi prima...

—Eh, tranquilo, amigo —dijo Parker, sorprendido por el extraño comportamiento de Matthew en las últimas horas—. He recibido una llamada del señor Crawford, un posible cliente, que me ha pedido reunirme con él. Si no fuera importante no te pediría que te encargaras de la excursión, sé que las odias.

Matthew hubiera deseado negarse, mandar a la mierda a Parker, pero sabía que no tenía opción, y a regañadientes, asintió. Sabía que si Crawford aceptaba la oferta que le había hecho el rancho un mes antes, sería una sustanciosa cantidad de dinero la que entraría en las finanzas del negocio que ambos compartían.

—Está bien, no te preocupes, yo me encargo —dijo mientras sacaba su teléfono del bolsillo trasero de su pantalón y le mandaba un mensaje a Nina.

—Gracias, te lo compensaré —replicó Parker antes de caminar aceleradamente hasta su coche, aparcado a pocos metros.

Resignado, Matthew se acercó a la casa y decidió darse una ducha rápida y ponerse ropa limpia; aún tenía tiempo y no quería dar una mala impresión a los excursionistas. No porque se pasara la mayor parte del tiempo en el campo y con animales tenía que ir lleno de polvo y sudor. Nada tenía que ver con la posibilidad de encontrarse con Fiona, se dijo por enésima vez. No podía negar que su encuentro con ella aquella mañana le había desestabilizado y desempolvado recuerdos que creía ya olvidados. «Eso es pasado», se dijo, pero en el fondo no lo tenía tan claro.

Media hora después llegaba a Green Village y aparcaba en la calle principal, donde se encontraba el hostel Mackenzie. Miro a su alrededor y respiró cuando no descubrió el viejo Volvo de Albert aparcado a la entrada, que era el que había utilizado Fiona aquella mañana. Respiró aliviado al imaginar que Fiona no estaba allí. Más relajado, bajó de la furgoneta y se encaminó a

la casa victoriana con paso firme y alegre.

Entró por la puerta relajado, con la sonrisa que solía caracterizarle, pero cuando llegó al mostrador su sonrisa quedó congelada en sus labios. Frente al mismo descubrió a Fiona, que estaba con la mirada gacha, estudiando unos papeles situados sobre la superficie de madera. Hubiera deseado retroceder, volver al coche, pero ya era demasiado tarde. La mujer elevó su rostro y clavó sus ojos marrones en su persona.

—Hola, Matthew, te estaba esperando —expresó Fiona, notando cómo los nervios bullían en su interior.

El aludido no salía de su asombro. Él no esperaba verla allí, pero ella sí parecía saber de su llegada. «¿Qué significa esto?», se preguntó confuso. Y como si ella hubiera leído sus pensamientos, contestó a su pregunta.

—Mi padre está muy ocupado hoy, no podrá encargarse del grupo que tenía contratada la excursión al rancho.

—¿Y entonces? —preguntó Matthew ceñudo.

—Entonces seré yo la que acompañe al grupo —replicó Fiona llanamente. Estaba claro que a Matthew le hacía la misma gracia que a ella la idea de pasar varias horas juntos, pero no había otra opción.

«¡Maldita sea mi suerte!», se dijo Matthew frustrado. Nuevamente tuvo la imperiosa necesidad de escapar de aquella casa, de aquella mujer, pero el murmullo de voces procedentes de la escalera se lo impidieron.

Fiona, curtida en la atención al cliente, pintó una sonrisa en sus labios y recibió a los excursionistas amablemente, indicándoles cómo se dividirían los grupos en los dos coches, la ruta prevista para la tarde y las normas que debían seguir. Tras rellenar la documentación precisa, les alentó a salir del edificio para dirigirse a los coches. Se sintió agradecida cuando se situó tras el volante. Necesitaba el escaso tiempo del trayecto hacia al rancho para recuperarse de las emociones que había despertado en su cuerpo la presencia de Matthew.

Matthew explicaba pacientemente a las tres parejas que le acompañaban cómo debían colocar las sillas sobre los caballos y cómo anclar correctamente las cinchas, aunque luego él comprobaría que todo estaba correcto. Era parte del encanto de aquella experiencia, al menos eso era lo que se vendía en el folleto a todo color que reposaba sobre el mostrador del hostel Mackenzie y que tan buena acogida había tenido en los dos meses que llevaba en funcionamiento.

Fiona hacía rato que había preparado su caballo, y esperaba pacientemente a que el resto acabara para comenzar la ruta por los parajes más bellos que había visto en su vida y que había añorado desde que se había ido a vivir a la ciudad.

Sin pretenderlo, su pensamiento se fue a un pasado no muy lejano, cuatro años antes, cuando dejó todo lo que había conocido y a su familia con la esperanza de olvidar. En aquel tiempo ya trabajaba en el hostel junto a sus padres y sentía que tenía el mundo en sus manos. Había hecho un curso online sobre hostelería y se sentía pletórica. Tenía veinte años y ya sabía cómo tratar a los clientes y realizar casi todas las gestiones que requería el negocio. Pero todo se desmoronó pocos meses después, cuando su corazón se rompió en mil pedazos.

Recordó aquel doloroso día, cuando confesó a su familia que pensaba marcharse, que Green Village se le quedaba pequeño y que quería ir a Dallas junto a su prima Hannah. Pero eso era pasado, un pasado que nunca regresaría, porque era lo que tenía el tiempo, que nunca se podía recuperar.

Ahora sabía que volver a Green Village había sido un error, pero ya no había marcha atrás. No se podía pasar toda la vida huyendo de lo que su corazón sentía, lejos de una familia a la que adoraba. Ahora se daba cuenta de lo que había extrañado a su familia y lo que había sacrificado, y el culpable de todo tenía un nombre: Matthew Callaghan.

## CAPÍTULO 5

Matthew y Fiona cabalgaban al principio del grupo en completo silencio. Fiona, a pesar de la situación, decidió disfrutar del paisaje que tenía ante sus ojos. La gran explanada aún mantenía el verdor pese a lo avanzado del verano. Su padre le había dicho que la primavera había sido lluviosa y eso había ayudado a los ganaderos, que gracias a ello todavía alimentaban a sus reses con hierba fresca.

Matthew, por su parte, estaba perdido en los recuerdos de un pasado no muy lejano. La partida de Fiona fue un duro golpe para su corazón. A pesar de que lo había intentado con ahínco, no había podido evitar enamorarse de la hermana pequeña de Parker y eso solo le había llevado a sufrir, como había pronosticado desde el principio.

Aquel beso que compartieron en la parte trasera de la casa Mackenzie una tarde de tormenta fue el principio del fin.

Tras el beso, procuró evitar a Fiona todo lo que le fue posible, cosa absurda teniendo en cuenta que vivían en un pueblo pequeño. A pesar de que se había jurado ser fuerte al respecto, no era inmune a las miradas de reproche de la joven cada vez que sus caminos se cruzaban.

Aquel día de finales de agosto había ido, como cada domingo, al comedor social de la señora Blair. Se había convertido en una rutina para él ir a ayudar en lo que podía, lo hacía en honor a su abuela, que había sido la fundadora del lugar a pesar de que en esa época no fue visto con buenos ojos por sus vecinos, que pensaban que un comedor social en Green Village atraería a personas poco recomendables. Años después, el centro era el orgullo del pueblo.

Aparcó junto al edificio y sacó la caja de herramientas dispuesto a arreglar los ajados muebles de la cocina, como le había solicitado la señora Blair, la mujer que le había hecho el relevo a Megan Gallagher. La conocía desde que era un niño y para él era como la tía que nunca tuvo.

—Buenos días —saludó alegremente cuando entró por la puerta.

Liah Blair elevó su mirada del folio que estudiaba y sonrió al joven al que quería como a un hijo.

—Buenos días, cielo —le dijo mientras dejaba el papel sobre una mesa y se acercaba a él para estampar dos sonoros besos en sus mejillas—. Has llegado pronto.

—Lo sé, pero no tenía nada mejor que hacer. Mi padre tiene todo controlado en el taller y creo que emplearé mejor mi tiempo aquí.

—Eres un sol —expresó la mujer agradecida—. Pues me vienes de perlas, hoy empiezan los nuevos voluntarios y tengo mucho que hacer.

—Liah, ya sabes que no hay problema por eso. Te ayudaré en lo que pueda. Y, mientras llegan, me voy a poner con eso —dijo señalando la puerta de uno de los muebles altos—. Cualquiera día se te va a caer una encima de la cabeza —añadió con una sonrisa antes de dirigirse al lugar indicado.

Media hora después, y tras luchar con las bisagras, logró que las puertas se mantuvieran en

el lugar que les pertenecía y abrieran y cerraran correctamente. Estaba guardando las herramientas en la caja cuando la voz de la señora Blair le avisó de su llegada. Se giró con una sonrisa en los labios, pero al descubrir a una joven con la cabeza gacha junto a la mujer, su gesto se torció.

—Matthew, mira quien está aquí —exclamó Liah alegremente—. Fiona ha decidido apuntarse como voluntaria. Qué sorpresa, ¿verdad?

—Sí, lo es —replicó él sin apartar la mirada de la joven.

—Bien, pues su primera tarea del día va a ser descargar el camión de alimentos que acaba de llegar. ¿Le echas una mano? —indagó la mujer al percatarse de la expresión hosca del joven—. Hay cosas pesadas —añadió esperando su reacción.

Matthew hubiera deseado negarse y mandar al infierno a la señora Blair, a la que adoraba. No le apetecía enfrentarse a los ojos tristes que había descubierto en su rostro la última vez que se habían encontrado y que le torturaban noche y día. Pero aun así respondió afirmativamente.

—Por supuesto, no hay problema. —«Soy un gilipollas, estar con Fiona no es una buena idea, debería salir de aquí ahora mismo», se reprendió mentalmente.

—Perfecto —expresó la señora Blair más relajada—. Y ahora os dejo, tengo que encargarme del resto —añadió antes de desaparecer por la puerta.

—Vamos —fue lo único que indicó Matthew mientras caminaba hacia la puerta que daba al exterior.

Fiona observó su espalda, y a su pesar, su precioso trasero que se ajustaba perfectamente a sus *jeans*. Resuelta, sacudió la cabeza y comenzó a seguirle a regañadientes. «¿Por qué no le has dicho nada? ¿Quien se cree para tratarte así?», se reprochó, molesta consigo misma.

Media hora después ambos trabajaban en equipo, portando cajas al interior de la gran despensa de alimentos, pero sin dirigirse la palabra. Habían acabado con los productos que se podían conservar a temperatura ambiente, y el siguiente camión ya había llegado con los alimentos que había que meter en la nevera, una pequeña habitación situada al final del almacén.

—Ponte una chaqueta —le aconsejó Matthew sobresaltando a la joven, que frunció el ceño al escuchar sus palabras.

—No hace falta —respondió segura.

Matthew, que le había dado la espalda hasta entonces, se giró con resolución y clavó la mirada en su rostro.

—¿Por qué eres tan sumamente cabezota? —dijo contrariado.

—No tengo frío —insistió la joven dirigiéndose al exterior en busca del resto de mercancía. Quería acabar cuanto antes con aquello y alejarse de él.

Estaban organizando los estantes de la gélida sala cuando la puerta se cerró de pronto, provocando un sonido sordo. Ambos se giraron a la vez y corrieron hacia la entrada pero ya era demasiado tarde.

—¿Cómo ha podido suceder? —preguntó Matthew en voz alta—. Había puesto una lata grande de tomate para que no se cerrara.

Al girarse descubrió el rostro descompuesto de Fiona, que se mordía el labio inferior. Llevaba la palabra culpable reflejada en sus facciones.

—Lo siento —replicó Fiona, sabiendo que había metido la pata hasta el fondo. Su intención cuando había colocado la lata de tomate en el estante donde se encontraban las otras era simplemente la de ayudar, pero parecía que no había sido una buena idea.

—¡Maldita sea, Fiona! ¿No comprendes la gravedad del asunto? Estamos encerrados a varios grados bajo cero. ¿Y si nadie se da cuenta de que estamos aquí? —explotó Matthew

furibundo—. ¿Por qué demonios has tenido que quitar la lata? —añadió con voz dura.

El bombardeo de preguntas, y la forma de recriminarle molestaron a Fiona. Aunque en un principio se había sentido fatal por lo sucedido, que fuera culpable no quería decir que Matthew tuviera derecho a tratarla de esa forma y así se lo hizo saber.

—Nada de esto habría sucedido si me hubieras dicho que la puerta solía cerrarse, ¿no crees? No soy adivina —añadió mientras un escalofrío recorría su cuerpo, apenas cubierto con un jersey liviano de algodón. Sin ser consciente de ello, se protegió el cuerpo con los brazos.

Matthew se percató del gesto y a su pesar se sintió mal por la forma en que la había tratado. Sin dudarle se quitó la chaqueta vaquera y la colocó sobre sus hombros a pesar de que se había jurado no acercarse a ella.

Fiona se sorprendió por su acto, y a pesar de que agradeció el calor que le proporcionó la prenda, se quitó la chaqueta con ademanes bruscos y se la tiró a la cara.

—Gracias, no necesito tu caridad —replicó molesta mientras se giraba para darle la espalda.

Matthew atrapó la prenda en el aire y apretó la mandíbula al escuchar sus palabras. Quizás se había pasado, al fin y al cabo había sido un simple accidente, pero con su comportamiento solo estaba logrando que su enfado creciera.

—Sigues siendo una niña malcriada —le espetó mientras la obligaba a girarse y a ponerse la chaqueta. Estaba a punto de abrochar los botones de la misma, cuando ella le apartó con un fuerte empujón. Al elevar su mirada descubrió que sus mejillas estaban arreboladas, y que sus maravillosos ojos marrones estaban clavados en su rostro con intensidad.

—Matthew Gallagher, eres un estúpido.

—Pequeñaja, vigila esa lengua... —le reprendió él, logrando que la ira de ella fuera en aumento.

—Por si no te has dado cuenta aún, ya no soy una niña, sino una mujer.

—¡Oh, sí claro, toda una mujer! —exclamó Matthew con mofa, intentando restarle intensidad al momento y a lo que la pequeña de los Mackenzie le hacía sentir.

—No te burles de mí —expresó Fiona rechinando los dientes. Nunca en su vida había sentido tanta rabia como en aquel momento—. Aunque lo niegues, sé que el otro día, cuando nos besamos, sentiste algo, como yo. No te tenía por un cobarde. Incluso sentí admiración por ti cuando te atreviste a dejar a Florence, la chica más codiciada, la hija del alcalde. Ningún chico en su sano juicio lo habría hecho... pero en fin, parece que me equivoqué —añadió girándose y apartándose unos pasos de él.

Le escocían los ojos por el esfuerzo de contener las lágrimas. Un nuevo escalofrío recorrió su cuerpo y esta vez no tenía nada que ver con el frío que la rodeaba, si no por los sentimientos que se arremolinaban en su interior. Un dolor profundo en su pecho que nunca había sentido. Y sin poder evitarlo dejó que el llanto escapara de sus ojos y recorriera sus mejillas.

«No lo hagas, es una estupidez, Fiona no es para ti», se dijo Matthew, aunque ya caminaba a su encuentro. Podía ver cómo sus hombros temblaban y con lentitud apoyó la mano sobre uno de ellos.

—Lo siento, Fiona —dijo, con la esperanza de que esas simples palabras bastaran para sosegarla, aunque supo que no había sido así porque ella no se inmutó. Hubiera esperado que ella le hubiera enfrentado, echando fuego por esos ojos marrón caramelo que tanto le gustaban, pero no fue así.

—Fiona —volvió a intentarlo.

—Déjame —fue la escueta respuesta.

—No puedo hacer eso —replicó Matthew mientras aferraba ambos hombros y la obligaba a girarse. Sintió como si le hubieran dado un puñetazo en las costillas cuando vio las lágrimas en su rostro—. No llores, por favor.

Fiona clavó su mirada con intensidad en el rostro masculino, aquel que conocía desde que tenía uso de razón. Solo mirarle le dolía, y se maldecía a sí misma por haber sido tan estúpida como para enamorarse de él.

—Lo siento, pero no soy tan fuerte como tú —replicó con voz apagada—. Soy incapaz de controlar mis emociones, lo que siento por ti.

—¿Por qué me haces esto? —preguntó Matthew frustrado.

—¿El qué? —respondió Fiona con una nueva pregunta.

—Ser la mayor tentación que se ha cruzado en mi camino —dijo antes de coger su rostro entre sus manos y hacer lo que llevaba semanas obsesionándole.

Fiona se sintió sorprendida cuando los labios masculinos se apoderaron de los propios violentamente. En pocos segundos, su lengua penetró en su boca y un estallido desconocido surgió en lo más hondo de su estómago. Su sabor la mareó, y tuvo que aferrarse a sus fuertes hombros para no caer al suelo.

Matthew sabía que no era una buena idea, más bien era pésima, pero cuando se apoderó de los labios de Fiona su sabor le embargó y le hizo desear más. Sus manos aferraron su cintura y la obligó a pegarse completamente contra su pecho. Creyó enloquecer cuando Fiona colocó sus manos sobre sus hombros por unos instantes, para luego reptar en una caricia sutil hasta llegar a su cabeza, donde aferró fuertemente los mechones de su cabello. Una parte de su anatomía comenzó a engrosar de forma alarmante, y si minutos antes había notado cómo el frío penetraba en su piel, ahora un calor asfixiante hacía que le sobrara ropa. Quería más, necesitaba más, pero el sonido de la puerta de la nevera al abrirse le alertó y logró a duras penas apartarse de ella antes de que se abriera del todo.

—¡Chicos! ¿Estáis bien? —preguntó la voz preocupada de la señora Blair.

—Sí, menos mal que nos ha rescatado —expresó Matthew con esfuerzo. Y en verdad se sentía salvado por la campana. Sin la aparición de la señora Blair no sabía hasta dónde habría llegado con la locura que despertaba Fiona en su sangre.

—El señor Slatter, el conductor del camión de congelados, se extrañó por vuestra tardanza, y sospeché que esta maldita puerta nos la había vuelto a jugar. Me parece que tendré que llamar para que la reparen de una vez por todas. Fiona, ¿te encuentras bien? —preguntó a la joven, que permanecía estática, como una figura de hielo a pesar de sus mejillas sonrojadas.

—Sí, señora Blair, perfectamente —respondió finalmente—. Voy a por mi cazadora, estoy helada —mintió, con la única intención de huir de aquel lugar y de Matthew.

Llevaba semanas deseando que él le hiciera caso, y ahora que lo había logrado se sentía sobrecogida por lo sucedido en aquel pequeño cubículo.

—¡Matthew! —le llamó la voz de Fiona, que parecía molesta—. ¿Por dónde seguimos, ¿la ruta del sur o la del oeste? —preguntó.

El aludido necesitó unos minutos para volver al presente. Giró levemente su cabeza y descubrió al grupo de excursionistas situados a su espalda, esperando sus indicaciones.

—Iremos al oeste —respondió finalmente—, quiero enseñarles el lago.

—Perfecto —replicó Fiona, obligando a su montura a moverse.



## CAPÍTULO 6

Fiona observó su reflejo en el espejo y se sintió satisfecha con su aspecto tras cerca de una hora acicalándose. Por último se puso las sandalias de tacón que había elegido para la ocasión y bajó al salón de la casa de sus padres.

Como esperaba, su hermano ya la aguardaba para llevarla al rancho, donde se celebraría la fiesta sorpresa de la abuela. Aprovechó que él le daba la espalda para estudiar su aspecto. Tenía que reconocer que su hermano era un hombre muy atractivo, y no llegaba a comprender cómo todavía no había ninguna mujer a su lado.

—¡Oh! —exclamó, sorprendiendo a Parker, que se giró a la velocidad del rayo—, soy una mujer muy afortunada.

—¿Y eso? —preguntó su hermano confuso, mientras una de sus cejas se elevaba para enfatizar su desconcierto.

—Porque el hombre más atractivo de Green Village haya venido a recogerme, si no fuera tu hermana...

—Fiona, déjate de chorradas —replicó Parker incómodo por sus palabras—. ¿Estás lista? —prosiguió, huraño—, vamos a llegar tarde.

—Sí, definitivamente eres mi hermano, el mismo gruñón de siempre. No me extraña que las mujeres huyan de ti despavoridas.

Parker puso los ojos en blanco, hubiera deseado mandar a su hermana al cuerno, pero no tenía tiempo para eso. Con paso enérgico, se dirigió a la puerta. Parecía que en el tiempo que Fiona llevaba fuera de casa no había cambiado, se notaba que disfrutaba fastidiándole a pesar de que ya no eran unos niños.

Fiona subió al coche de Parker y agradeció el aire acondicionado que la recibió en el interior de la cabina. El verano estaba en el ecuador y los días eran cada vez más calurosos, si aquello era posible con casi 35° a la sombra.

Durante el corto trayecto apenas se dirigieron la palabra, cosa que entristeció a Fiona. Era su última noche en su hogar y ahora se arrepentía de haber fastidiado a su hermano. Su prima Hannah siempre le decía que tenía que madurar, que debía pensar más en los sentimientos de los demás.

—¿Estás bien? —preguntó Parker, que cuando había observado el rostro de su hermana a través del espejo retrovisor había descubierto una expresión de infinita tristeza.

Fiona giró su rostro, sorprendida por sus palabras, y nuevamente se colocó la máscara que solía usar a diario. Se pintó una sonrisa en los labios que no sentía y replicó a la pregunta que había formulado su hermano.

—Por supuesto, aunque me da pena irme. —Era una verdad a medias.

—No mientas. Hace años huiste de aquí, y estoy seguro que ha sido un enorme esfuerzo para ti regresar.

—¿Y por qué piensas eso? —preguntó Fiona herida.

—Tu comportamiento avala mis palabras —respondió Parker sin apartar la mirada de la carretera—. Pero tranquila, ya nos hemos acostumbrado a no tenerte. ¿Por qué crees que papá y mamá han decidido traspasar el hostel cuando lo más lógico es que tú cogieras las riendas del

negocio que lleva generaciones en la familia?

Fiona notó cómo su corazón comenzaba a bombear a toda velocidad, mientras un sudor frío recorría su cuerpo. Las palabras de Parker se repetían una y otra vez en su cabeza y aun así era incapaz de asimilar que sus padres fueran a dejar el hostel, y lo que era peor, que no le hubieran dicho nada.

—Estás bromeando, ¿verdad? —preguntó, con la esperanza de que así fuera.

«Mierda», pensó Parker al ser consciente de lo que había hecho. Suponía que sus padres ya habrían hablado con Fiona sobre el asunto, más teniendo en cuenta que se marcharía al día siguiente, pero parecía que no era así.

—¡Parker! —le gritó su hermana con voz estridente.

—No, no lo es, pensaba que papá y mamá ya te lo habrían contado.

—Pues no, parece ser que soy el último mono en esta familia —dijo Fiona mientras notaba un dolor lacerante en lo más profundo de su ser—. Incluso diría que ya no existo para vosotros.

Parker podía comprender su enfado, su decepción, pero no permitiría que culpara a sus padres o a él por algo de lo que ella era la única responsable.

—Fiona, para el carro, no puedes acusarnos a nosotros de apartarte cuando fuiste tú la que decidiste irte a la ciudad de la noche a la mañana para no volver.

—Eso no es cierto, nos vemos un par de días en navidad, alguno suelto en verano y estoy aquí ahora —rebatía ceñuda, mientras se cruzaba de brazos.

—Eso no es suficiente, y los dos lo sabemos —replicó Parker mientras accionaba el intermitente para entrar en el camino que daba acceso al rancho—, y ahora te rogaría que no les dijeras a papá y mamá que lo sabes y esperaras pacientemente a que ellos estén preparados para contártelo. No creo que pase de esta noche. ¿Puedes hacerme ese favor? —añadió mientras aparcaba la furgoneta frente a la casa, adornada con decenas de luces blancas que asemejaban estrellas.

Fiona hubiera querido negarse, gritarle a Parker que era un gilipollas y le había hecho daño, pero en el fondo sabía que tenía razón en todo lo que le había dicho.

—Está bien —aceptó antes de abandonar el vehículo y dirigirse al establo a grandes zancadas. Necesitaba unos minutos para recuperarse y así poder enfrentarse a la noche que tenía por delante.

Veinte minutos más tarde decidió regresar. Como esperaba, el gran porche del rancho estaba repleto de gente. Todos eran viejos conocidos que la saludaron efusivamente. Nuevamente tuvo que ponerse la máscara de alegría que no tenía nada que ver con lo que poblaba su interior y finalmente pudo saludar a su abuela, que la abrazó fuertemente contra su pecho, dándole el bálsamo que necesitaba.

Tras conversar animadamente con una antigua compañera de instituto, Fiona decidió acercarse a la mesa de las bebidas cuando ante sus ojos apareció Matthew. Hubiera deseado apartar la mirada, no disfrutar de la visión de su cuerpo cubierto por unos ajustados *jeans* y una camisa azul. No iba vestido de manera elegante, pero Fiona se sintió atraída por él irremediamente. Estaba a punto de apartar la mirada cuando Jessica Lenger se acercó a él y comenzó a coquetear descaradamente.

—Hacen muy buena pareja, ¿verdad? —expresó una voz a su espalda, sobresaltándola. Era su madre—. Aunque Matthew no parece muy consciente de las señales que le manda Jessica —añadió con humor mientras se situaba junto a su hija.

Fiona notó cómo comenzaba a temblar por los celos, y no entendía el porqué. Matthew ya

no era nadie, solo pasado. Aquello fue la gota que logró derramar el vaso de su paciencia, y sin pretenderlo explotó con el peor de su genio, pagando sus frustraciones con la persona que tenía más a mano.

—Mamá, ¿cuándo pensabas decirme lo del traspaso? —le recriminó con voz acerada.

Edith sintió que un sudor frío recorría su cuerpo, más al descubrir la mirada fría de su hija clavada en su persona.

—Hija, con todo lo de la abuela... —comenzó Edith, pero Fiona le cortó con un gesto de su mano.

—No quiero excusas, hablamos todas las semanas. Creí que era parte de la familia aunque no viva aquí, pero parece que no pertenezco a ningún lugar. Y ahora, si me disculpas, me duele la cabeza y mañana tengo un largo viaje. Despídeme de la abuela —añadió antes de girarse y caminar aceleradamente hacia el viejo Volvo de su padre, que permanecía aparcado en la entrada.

\*\*\*

*Una semana después.*

Fiona permanecía tumbada cómodamente en el sofá con la tenue luz de la lámpara que reposaba sobre una mesa cercana mientras acariciaba distraídamente el pelaje gris de Maggie, que parecía haber crecido vertiginosamente desde que la había adoptado. Agradeció el silencio reinante, necesitaba estar sola y pensar en el desastre en el que se había convertido su vida.

La culpa la asolaba cada día y no sabía cuánto tiempo más podría soportar aquella tensión. Sabía que su comportamiento en la fiesta de cumpleaños de la abuela no había sido el mejor, pero cuando había descubierto que sus padres pensaban traspasar el hostel se había sentido furiosa y había explotado de la peor forma con su madre, con la que aún no había tenido el valor de hablar. Desde entonces, su hermano la había vuelto loca con sus llamadas, a las que no había respondido. No tenía ganas de soportar una de sus charlas. Estaba segura de que la llamaba para afejar su comportamiento y no tenía fuerzas para soportarlo.

Con cansancio se frotó la frente y deseó que su mente se quedara en blanco, pero sabía que eso no sucedería. Estaba claro que necesitaba desahogarse más que el aire para respirar, pero tampoco tenía ánimos para eso. Su regreso a casa no había sido como esperaba. El encuentro con el hermano de Lindsay, semidesnudo en su apartamento, había sido toda una sorpresa, pero nada comparado a descubrir lo que hacía allí.

Sin poder evitarlo, se sentía decepcionada con Hannah. Hubiera esperado que un acontecimiento tan importante como mantener una relación con un atractivo bombero hubiera sido suficiente para que su prima descolgara el teléfono para contárselo, pero no había sido así. «¿Por qué nadie me cuenta nada? ¿Seré yo?», se preguntó frustrada.

Estaba tan perdida en sus propios pensamientos que no pudo evitar sobresaltarse cuando escuchó girar la llave en la cerradura. Rezó para que Hannah viniera sola, no le apetecía fingir y comportarse en presencia de nadie.

—Hola, cielo —la saludó alegremente su prima mientras dejaba el bolso colgado del perchero de la entrada.

Hannah se adentró en el salón al ver que su prima no respondía y al clavar su mirada en su persona se percató de que algo no iba bien, a pesar de que Fiona se puso una máscara y sonrió. Se

quitó los tacones y se sentó a su lado antes de sumarse a las caricias a la minina.

—¿Qué pasa? —preguntó directa.

—Nada —mintió Fiona—, solo que estoy algo cansada.

«Oh, Dios mío, esto es algo grave», se dijo mientras estudiaba su expresión y las bolsas bajo sus ojos. «He estado tan inmersa en mis problemas que no me he dado cuenta de que algo le pasa a Fiona», se recriminó apretando los dientes.

—Voy a por una botella de vino y hablamos —dijo abandonando su asiento.

—Hannah, de verdad, no pasa nada —intentó negar Fiona, pero su prima ya regresaba cargada con dos copas y una botella de vino blanco.

—No se te ocurra mentirme —dijo Hannah mientras le tendía una copa—. Te conozco como a mí misma. Sé que últimamente no he estado muy pendiente de ti, pero me preocupas. Ya sabes lo que siempre dice la abuela: Los problemas compartidos, son menos problemas. Quizás pueda ayudarte —le rogó.

Fiona dudó, y a pesar de sus pensamientos anteriores decidió que había llegado el momento de desahogarse. Tomó algo de vino y tragó lentamente antes de hablar.

—Está bien, se trata del hostel.

—¿El hostel? —preguntó Hannah elevando una de sus cejas. No entendía nada.

—Sí, en la fiesta de la abuela me enteré de que mis padres piensan traspasarlo —confesó con un gesto triste en su rostro.

Hannah se tomó unos minutos para procesar la información. Sabía que Fiona se había criado en aquel hostel, pululando entre los clientes y trabajadores. Adoraba aquel lugar, pero sus tíos llevaban regentando el negocio desde que tenía uso de razón.

—Bueno, cielo —comenzó mientras cogía la mano de su prima entre sus dedos—, quizás haya llegado su momento y quieran jubilarse. Las dos sabemos la responsabilidad y el sacrificio que conlleva un negocio así. ¿Qué hay de malo en que quieran disfrutar de lo que les resta de vida?

Fiona se mordió el labio inferior tras escuchar sus palabras. Si lo miraba desde el punto de vista de Hannah era totalmente comprensible, aunque eso le hacía percatarse de lo egoísta que estaba siendo al respecto. Una cosa era que ella quisiera que el hostel no cambiara, siguiera funcionando eternamente, pero los que realmente realizaban el esfuerzo eran sus padres.

—Tienes razón —dijo derrotada—, pero no puedo evitar sentirme triste. Ese hostel lleva en la familia décadas. Además, lo que realmente me molestó fue que no me lo contaran antes. ¡He estado en Green Village una semana!

—Quizás tenían tu reacción. Si tanto te importa el hostel, ¿por qué no lo llevas tú? —preguntó Hannah.

—No puedo volver a Green Village —dijo Fiona con voz estridente.

—¿Y eso por qué? —indagó Hannah sorprendida.

—Porque me gusta mi vida aquí —mintió Fiona, ya no estaba tan segura de lo que decía—. Y ahora, si no te importa —dijo levantándose y dejando la copa sobre la mesa—, estoy agotada —añadió antes de desaparecer por el oscuro pasillo.

Hannah se recostó sobre el sofá y le dio un pequeño sorbo a su copa. «Me está mintiendo, algo le pasa pero no me lo quiere contar, ¿qué es?», se preguntó frustrada. Fiona se había escapado esta vez, pero en cuanto solucionara el asunto de Lindsay se dedicaría a fondo a sonsacar a su prima lo que realmente le sucedía.

## CAPÍTULO 7

*San Antonio, Texas, finales de agosto de 2017.*

Fiona disfrutó de las maravillosas vistas que tenía ante sus ojos y suspiró pesadamente mientras se apoyaba en la barandilla de hierro forjado del paseo situado a la orilla del río. El Riverwalk de San Antonio parecía un lugar mágico. Hacía dos días que había viajado hasta allí para visitar a Hannah y no podía negar que se había enamorado instantáneamente del lugar.

Aún le costaba asimilar que su prima se hubiera casado y trasladado a vivir a San Antonio junto a Ryan Fitzpatrick, el hermano de la difunta Lindsay. No podía negar que desde su marcha la extrañaba, pero comprendía que quisiera alejarse de Dallas después de lo acaecido en el hotel Liberty.

—Fiona, ya tenemos mesa. Ryan nos espera —le indicó Hannah, que se había situado a su lado en la barandilla.

—Estoy deseando probar la gastronomía de San Antonio, he oído hablar muy bien de ella. Gracias por esta cena y traerme a un sitio tan magnífico.

—Es lo menos que podíamos hacer. Espero que este viaje te anime —dijo su prima mientras enlazaba su cintura con su brazo y la apretaba cariñosamente contra su costado—. Me fui preocupada por ti, y sigo estándolo.

—No tienes que estarlo —expresó Fiona, deseando huir de la mirada directa de Hannah—, estoy bien. Me gusta mi nuevo trabajo —aunque se sentía sola sin sus antiguos amigos— y mi nuevo apartamento está a cinco minutos andando. Espero que Maggie se porte bien y no destroce tus cojines —añadió intentando refrescar la conversación.

Hannah sonrió al recordar al travieso animal que le había hecho mucha compañía desde su mudanza. Estaba claro que en un principio no le hizo mucha gracia la idea de hacerse cargo de la gatita, pero cuando Fiona se lo rogó, porque en su nuevo apartamento no admitían animales, no se pudo negar.

—Se porta divinamente, y Ryan la tiene bastante entretenida con los extraños juguetes que le trae cada día. Es su niña mimada.

—¡Vamos, chicas! —las reclamó una voz masculina—. No ha sido fácil conseguir la mesa para cenar, y si no os apuráis me la quitarán.

Fiona se desperezó en el sillón que había usado en los últimos días para dormir, y su pie se encontró con el suave pelaje de Maggie. Estaba claro que había invadido el espacio del minino y no parecía dispuesto a cederlo.

—Eres una gatita muy mala —le recriminó Fiona mientras le daba un ligero empujón para obligarla a caer en el suelo. Como suponía, lo hizo de pie.

—¿Preparada para tu último día en San Antonio? —le preguntó la voz cantarina de Hannah desde el umbral de la cocina.

Fiona se giró y comprobó que su prima portada una bandeja en sus manos con lo que parecía un suculento desayuno.

—¿Me has preparado el desayuno? —indagó confusa mientras se sentaba en el sillón para dejar espacio a su prima.

—Pues claro, quiero darte una buena impresión para que vuelvas.

—Puedes estar segura que haré —afirmó Fiona segura.

—¿De verdad que no te puedes quedar un poco más? —le rogó Hannah formando un mohín lastimero con sus labios.

—Hannah, no seas mala —le rogó Fiona mientras cogía a su prima por los hombros y estampaba un sonoro beso en su mejilla—. Sabes que no puedo permitírmelo, llevo poco tiempo en el trabajo.

—¡Valeee! —expresó Hannah mientras se disponía a servir el zumo natural que había preparado—. Y ahora quiero hablar contigo de otro asunto —añadió poniéndose seria. Sabía que el tema que tenía que tratar no le iba a gustar nada a su prima, pero no por ello lo iba a dejarlo pasar.

Fiona giró su rostro y estudió la expresión del rostro de Hannah con sospecha.

—Si vas a hablarme de mis padres, puedes ahórrartelo —soltó molesta.

Hannah frunció el ceño al escuchar sus palabras.

—Escúchame bien, pelirroja, quieras o no vamos a hablar de esto. No es negociable, ¿vale?

Fiona se cruzó de brazos y frunciendo el ceño asintió con la cabeza. Dijera lo que dijera su prima, no pensaba cambiar de opinión respecto a coger las llamadas de su hermano y sus padres. En el tiempo transcurrido desde su visita a Green Village, el dolor que había sentido no había menguado.

—Te estás comportando como una niña pequeña y lo sabes.

—¡Oh, vamos, dispara de una vez y acabemos con esto!

—Me ha llamado tu madre, y está muy disgustada.

—Yo también lo estoy, por si no lo recuerdas.

—Fiona, no puedes estar enfadada toda la vida con tus padres por no contarte lo del hostel cuando tú crees que debían hacerlo. Imagino que actuaron así porque no querían estropear la celebración de Nana.

—¿Y por qué crees que hubiera estropeado el cumpleaños? —preguntó Fiona molesta con sus palabras.

—Porque hubieras montado un gran escándalo, tienes un carácter de mil demonios. Y no me digas que no —dijo elevando su dedo índice ante sus ojos—, porque es verdad.

—Vale, lo acepto, pero no estoy preparada para hablar con ellos. Estoy todavía muy enfada.

—Pues no tienes mucho tiempo —replicó Hannah.

—¿Y eso por qué? —preguntó Fiona confusa.

—Me ha llamado Parker, tus padres se van en unas semanas de viaje por Europa. Quieren cumplir su sueño de conocer Irlanda. Recuerda nuestros orígenes.

—¿Qué? —boqueó Fiona incrédula.

—Lo que escuchas, y que sepas que han puesto el hostel a tu nombre.

Si la anterior noticia había dejado a Fiona sorprendida, las últimas palabras de Hannah la habían dejado noqueada. Sintió que las fuerzas abandonaban su cuerpo y se dejó caer sobre el sofá.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Hannah preocupada al ver la palidez de su piel. Estaba claro que la noticia había impactado a su prima.

—Sí —logro balbucear Fiona—, pero eso no puede ser. Hablaré con mis padres —aseveró segura.

—¿Por qué no puede ser? —indagó Hannah mientras le tendía el vaso de zumo a Fiona para

que diera un trago.

Fiona prácticamente engulló el líquido naranja, que pareció recomponerla. Solo habló cuando acabó con el contenido del vaso.

—No estoy capacitada para llevar el hostel. ¿En que estaban pensando mis padres? —lanzó la pregunta al aire.

Hannah clavó su mirada en el rostro de su prima y sonrió antes de responder.

—Estás muy equivocada. Señorita Mackenzie, estás sobradamente preparada. Te has criado correteando en ese hostel y conoces sus engranajes.

—Pero... —intentó rebatir Fiona. Su prima se lo impidió con un gesto de la mano.

—No hay peros que valgan. Mañana me iré contigo a Dallas, te ayudaré a empaquetar tus trastos y te meteré en un autobús directo a Green Village —afirmó Hannah tajante.

—No puedo meter cientos de cajas en el autobús —protestó Fiona.

«Ha cedido», se dijo Hannah, sintiéndose triunfadora.

—Y no lo vas a hacer, las guardaremos en un trastero y en cuanto Ryan tenga unos días libres te los llevaremos.

—¿Vas a ir a Green Village? —indagó Fiona.

—Por supuesto, ya es hora de que le presente a Nana a mi flamante esposo.

—¿No tienes miedo de que trate de conquistar a Ryan? —replicó Fiona con humor, volviendo a ser la persona que Hannah adoraba por su frescura.

—No se atreverá a intentarlo.

\*\*\*

«Debería darme la vuelta, volver a subir a ese autobús y regresar a Dallas», se dijo Fiona cuando plantó sus pies en el asfalto de la pequeña estación de autobuses de Green Village. «¿Por qué estoy haciendo esto?», prosiguió con la conversación mental que mantenía consigo misma. «Siempre dejo que Hannah me convenza», se recriminó, frustrada, mientras sacaba su maleta del maletero del gran vehículo.

Todo había pasado demasiado deprisa, esa era la causa y lo sabía. Hannah se había empeñado en acompañarla a Dallas, como había prometido. En tiempo récord habían empaquetado sus cosas y una empresa las había trasladado a un trastero. Al día siguiente, Hannah la había acompañado a la estación y metido en el autobús que ya se perdía en la lejanía ante sus ojos.

No había tenido el valor de llamar a sus padres, nadie sabía de su llegada, y lo prefería así, creyendo que así evitaría que su madre tuviera preparado un discurso que estaba segura no le gustaría nada. Prefería el factor sorpresa.

«Vamos, tú puedes, eres una guerrera», se dijo, recordando la frase que su prima siempre le repetía cuando se sentía hundida, incapaz de afrontar la situación. Suspiró pesadamente y cogió la pequeña maleta que descansaba a su lado. Con energía renovada, comenzó a caminar por la carretera de tierra que conectaba la estación con el pueblo.

Matthew se subió a la furgoneta después de dejar un pedido de carne en uno de los restaurantes del pueblo y tras hacer una gestión en el banco decidió regresar al rancho para continuar con sus tareas cotidianas. Giró la llave y la música de la radio comenzó a sonar en la cabina.

Estaba saliendo del pueblo cuando en la lejanía descubrió la silueta de una mujer que se dirigía hacia él. Su aspecto llamó su atención, sobre todo su vestido rojo repleto de lunares blancos, que le recordaron a Fiona. «¿Otra vez pensando en ella?», se recriminó.

A su pesar, mientras se acercaba, no pudo apartar la mirada de la figura femenina hasta que descubrió su cabello suelto sobre sus hombros, de un color rojizo que reconoció al instante. Se quedó sin aliento. «No puede ser», se dijo mientras inconscientemente reducía la velocidad. «Es Fiona», se confirmó a sí mismo.

No sabía por qué se sorprendía, ya que estaba al tanto de todo gracias a Parker, que le había contado la intención de sus padres de traspasar el hostel a su hermana. En varias ocasiones había tenido que consolar a su amigo, que estaba muy enfadado con ella por su comportamiento. El regreso de Fiona iba a desatar una tormenta y hubiera preferido no estar en medio de la misma.

Dudó unos instantes sobre cómo proceder y finalmente pisó el pedal del freno al quedar a la altura de la joven, que al oír el motor del coche pareció sobresaltarse.

—¿Qué haces aquí, Fiona? —preguntó una voz profunda que la aludida reconoció al momento.

Como esperaba, al girarse se encontró con la intensa mirada gris de Matthew clavada en su persona, y como siempre, no parecía demasiado contento. «¿Quién se cree que es para hablarme de esa forma?», se preguntó, mientras notaba cómo la ira crecía en su interior a pasos agigantados.

—Que yo sepa, nadie me ha prohibido la entrada a Green Village —contestó con voz huraña.

Matthew chascó la lengua, molesto por sus palabras, y aún así abrió la puerta del acompañante antes de hablar.

—Sube, que te llevo.

Fiona se sintió molesta, le había parecido una orden, y no pensaba ceder ante él ni ante ningún hombre.

—No, gracias, puedo ir andando —rechazó su ofrecimiento mientras cambiaba la maleta de mano. Estaba a punto de seguir con su camino cuando la voz profunda de Matthew la retuvo.

—¿Con esos zapatos de tacón? —preguntó con sorna, logrando enfurecer aún más a la joven, que tras soltar un bufido comenzó a andar con paso ligero.

—¡Tú misma! —dijo Matthew mientras estiraba su cuerpo para cerrar la puerta de la furgoneta con un fuerte portazo antes de acelerar en dirección al rancho.

«Sigue siendo igual: altanera e irritante», se dijo Matthew mientras pisaba el pedal del acelerador sin ser consciente de ello. Y a su pesar, no pudo evitar sentirse culpable por dejar a Fiona andar casi dos kilómetros, que eran los que separaban la estación del centro neurálgico del pueblo. «¿Y qué iba a hacer? ¿Cargarla en volandas como si fuera un saco de patatas y meterla por la fuerza en el coche?», se preguntó intentando diluir esa sensación que atenazaba su pecho. «Ya es mayorcita», intentó convencerse mientras accionaba el intermitente para internarse en el rancho con la intención de olvidar el asunto.

## CAPÍTULO 8

Edith terminaba de organizar el ramillete de flores que había recogido aquella mañana en su propio jardín, y tras dar el visto bueno lo dejó en la mesa de la entrada que daba la bienvenida a los huéspedes. Albert, por su parte, estaba en el mostrador de roble envejecido donde revisaba las próximas reservas del hostel y así calcular los víveres que necesitaría Pauline para la siguiente semana.

—Los Dankworth han decidido repetir otra vez su visita —expresó Albert con alegría. Eran muchos los huéspedes que repetían año tras año y eso le llenaba de orgullo.

—¿Vendrán con sus nietos? —preguntó Edith curiosa.

—No, esta vez vienen solos, cosa que agradezco. Esos diablillos crisparon mis nervios con sus travesuras —dijo Albert con una media sonrisa al recordar a los gemelos pecosos que les habían visitado el año anterior.

Edith colocó más erguida una de las rosas y al escuchar el comentario de su marido elevó su mirada y la clavó en su rostro con el ceño fruncido.

—No hables así de esos angelitos.

—¿Angelitos? —replicó Albert elevando sus cejas—. Te cuerdo que su último día aquí decidieron utilizar tus flores como blanco con el tirachinas que habían fabricado con unas ramas de mi almendro.

Una sonrisa se dibujó en los labios de Edith al recordar la anécdota.

—Albert, por favor, no seas así. ¿Qué pasará cuando tengamos nuestros nietos?

La carcajada de su marido continuó a sus palabras y no pudo evitar fruncir el ceño molesta.

—Por favor, Edith, ¿qué nietos?

—Pues no contéis conmigo para eso —sonó una voz femenina desde la puerta.

Sorprendidos, ambos se giraron y clavaron la mirada en Fiona, que permanecía en el umbral de la puerta con una tímida sonrisa en los labios. Se quedaron quietos como estatuas, aguantando incluso la respiración.

El primero en reaccionar fue Albert, que salió de detrás del mostrador y se acercó hasta su hija para estrecharla fuertemente contra su pecho.

—¡Fiona, qué alegría! —expresó con emoción.

Edith, más comedida, y aún enfadada con su hija por su comportamiento, se acercó hasta ella con cautela.

—¿Por qué no has llamado antes de venir? —preguntó más bruscamente de lo que pretendía.

Fiona se alejó del abrazo de su padre y se enfrentó a ella, como suponía no estaba muy contenta, y podía llegar a entenderla. Desde que había pasado la pubertad, su madre y ella habían chocado constantemente. Su padre siempre decía que el problema radicaba en que ambas eran demasiado parecidas. Por una vez, y sin que sirviera de precedente, decidió ser ella la que cediera. Se acercó a su madre y estampó dos sonoros besos en sus mejillas antes de abrazarla, percatándose entonces de cuánto la había extrañado a pesar del poco tiempo transcurrido desde que se habían visto por última vez.

—Lo siento mucho, mamá —se disculpó por nada y por todo—. Te he echado de menos —añadió mientras apoyaba su mejilla en su pecho.

Edith, a pesar de su primera intención, reprocharle a su hija su huida y que no se dignara a

cogerles el teléfono, cuando escuchó sus palabras y sintió su abrazo sincero se derritió y no pudo evitar devolverle ese cariño.

—Yo también a ti, mi cielo. ¿Has comido algo? —añadió preocupada.

Una sonrisa se dibujó en los labios de Fiona, olvidando sus inseguridades anteriores. Su madre seguía siendo igual, preocupada por sus polluelos.

—No, mamá, estoy hambrienta —confesó, y el sonido de su estómago reafirmó sus palabras.

—Por Dios, eso no puede ser. Ve al salón, ahora te preparamos algo Pauline y yo —expresó Edith antes de desaparecer por la puerta que daba a la cocina.

—Gracias por volver, te necesitamos —añadió Albert mientras se acercaba a su hija y, colocando el brazo sobre sus hombros, la instaba a caminar hacia el comedor.

—Lo siento, papá, sé que tenía que haber cogido el teléfono, haber venido antes, pero...

—Eso ya es lo de menos, lo importante es que ya estás aquí. Tenemos poco tiempo y mucho por hacer, ahora que vas a llevar el negocio —dijo mientras separaba una silla de la mesa junto a la ventana y la invitaba a sentarse.

Fiona sonrió ante el gesto caballeroso de su padre, pero sus palabras lograron que su corazón se acelerara en su pecho. Saber que tendría que encargarse ella sola del hostel le hacía sentir un vértigo. Sinténdose como una niña elevó su mirada y la clavó en el rostro de su padre, que se había sentado frente a ella.

—Papá, no sé si voy a poder con todo, no estoy segura de estar preparada.

Albert alargó su brazo y atrapó la mano de Fiona entre sus manos.

—Cielo, estas sobradamente preparada. No tengas miedo, mi niña, eres más fuerte de lo que piensas. Además, ya sabes que tu hermano te ayudará en todo lo que pueda.

—No creo que Parker este muy dispuesto —expresó Fiona con mirada triste—, debe estar muy enfadado conmigo —añadió mordiéndose el labio inferior y apartando la mano que poco antes aferraba su padre.

—Todos conocemos el carácter de tu hermano, pero en el fondo es un pedazo de pan y en cuanto tú silbes, aparecerá por la puerta corriendo para echarte una mano. Eres su niña y siempre lo has sido.

—Lo sé, y lo agradezco, pero su actitud protectora a veces llega a desquiciarme. No comprende que soy una mujer adulta.

—Bueno, quizás este sea un buen momento para demostrárselo. Yo confié en ti plenamente. Y ahora, cambiando de tema. ¿Podría pedirte un favor?

—Por supuesto papá.

—Verás, estoy metido en un buen lío con tu madre.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Fiona preocupada.

—Le he dicho que tengo todo preparado para el viaje a Irlanda, pero es una gran mentira. He intentado organizar el viaje a través de internet, pero no me aclaro y aún no tengo ni el alojamiento —confesó Albert frustrado.

Una amplia sonrisa se dibujó en los labios de Fiona al escuchar sus palabras. Imaginaba a su padre peleándose con el ordenador y golpeando prácticamente las teclas mientras fruncía el ceño.

—No te preocupes, yo me encargó de eso. En nada tendremos el viaje preparado.

—Gracias, mi niña, me has salvado la vida.

En ese momento apareció Edith cargada con una gran bandeja donde portaba un succulento desayuno para Fiona, que se sintió abrumada.

—¿Vamos a desayunar los tres juntos? —preguntó cuando su madre dejó la bandeja sobre la mesa.

—No, señorita, es todo para ti. Si viene una ráfaga de aire te llevará. Debes de pesar menos que una pluma. Ya he encargado a Pauline que se ocupe de tu alimentación cuando nosotros no estemos.

Fiona puso los ojos en blanco, pero una mirada de su padre evitó que abriera la boca, evitando así una posible disputa.

\*\*\*

Parker estaba dando de comer a los caballos cuando vio una polvareda a la entrada del rancho. No le fue difícil reconocer la furgoneta roja de Matthew, que iba a toda velocidad. «¿Qué demonios le pasará?», se preguntó confuso. Conocía a Matthew desde que eran unos niños y siempre estaba de buen humor, era el hombre más optimista que conocía y contagiaba a todo el mundo. Si no hubiera sido por él nunca se habría animado a tomar las riendas del rancho. Preocupado, salió del redil de los caballos y se acercó a su coche, que acababa de aparcar junto a la casa.

—Matthew —le llamó, en aquel momento su amigo bajaba del coche dando un fuerte portazo—. ¿Qué sucede?

El aludido giró el rostro y clavó la mirada en Parker. Se acababa de percatar de su presencia.

—Nada —mintió mientras se dirigía a la parte trasera de la furgoneta y cogía las bolsas con los víveres que había comprado poco antes.

Parker cogió las restantes y le siguió hasta la puerta trasera de la cocina. Matthew estaba mintiendo y lo sabía.

—No me tomes por estúpido, sé que pasa algo. ¿Has tenido problemas en el banco? —indagó, dispuesto a descubrir lo que ocurría.

—Parker, te he dicho que no pasa nada.

El aludido apoyó su codera en una de las encimeras y se cruzó de brazos con el ceño fruncido.

—Déjame adivinar; te has cruzado con Florence. —Sabía que a su amigo no le hacía gracia la presencia de aquella mujer, que había llegado pocos días antes al pueblo. En el pasado había destrozado su vida y sabía que Matthew aún no lo había superado.

—No, listillo, no me he cruzado con ella, pero sí con tu hermana —confesó finalmente, sabiendo que la sola mención de Fiona lograría que Parker dejara de interrogarle. Ni se percataría de que su mal humor se debía a la llegada inesperada de la única mujer que lograba alterarle.

—¡Fiona! —exclamó Parker perdiendo la calma—. ¿Cuándo ha vuelto? ¿Por qué no ha llamado? ¿Dónde la has visto?

Matthew paró el bombardeo de preguntas de Parker elevando su brazo y plantando la palma de su mano frente al rostro de su amigo.

—Para con tus preguntas, no tengo respuesta para ellas. Solo te puedo decir que se dirigía andando hacia el hostel desde la estación de autobuses. Si quieres saber algo más, ya sabes lo que tienes que hacer.

—Es cierto —dijo Parker mientras se frotaba la nuca con los dedos—, y cuando la tenga delante, esa pequeñaja se va enterar —amenazó. Llevaba semanas intentando hablar con ella, pero la muy cabezota no respondía a sus llamadas.

—Eso lo dejo en tu mano, yo solo te he informado, el resto es cosa tuya. Y si no te importa, tengo un montón de trabajo que hacer —dijo Mathew deseando salir de aquella cocina y olvidarse para siempre de Fiona, cosa que era completamente imposible si ella había decidido regresar a Green Village para quedarse.

Parker, por su parte, se quedó en la cocina, tomándose un tiempo para calmarse. Se acercó hasta la ventana y dejó su mirada vagar por los amplios pastos frente a sí. Estaba deseando ir hasta el hostel y despacharse a gusto con Fiona, pero sabía que una nueva discusión entre ambos no ayudaría a solucionar la situación. Desde la intempestiva marcha de Fiona unas semanas antes, sus padres habían estado muy preocupados y ahora que la cabeza de chorlito de su hermana había decidido regresar no quería ser el culpable de una nueva huida por su parte.

—¡Perfecto! —exclamó una voz femenina a su espalda, y al girarse se encontró con el rostro furibundo de Alexia. «Maldita sea, ahora no», se dijo Parker, sabiendo que la joven estaba preparada para arrojar contra él su malestar—. ¿Qué pasa en esta casa, lo tengo que hacer todo yo?

—Alexia, no empieces, si mal no recuerdo, es parte de tu trabajo.

La joven morena dejó de sacar los víveres de las bolsas sobre la encimera y se acercó hasta él con las manos en las caderas. No parecía intimidada porque él le sacaba al menos dos cabezas de alto.

—Claro, *mi amo*. ¿Quiere que le lama los zapatos también?

—Alexia, no estoy de humor para tus tonterías. Y si tienes que pagar tu mal genio con alguien, hazlo con Matthew, que es quien ha dejado esas bolsas ahí. —Intentó evadir la culpa, lo que logró que el gesto de la joven se torciera aún más.

—Claro, es culpa de Matt. ¿Cómo ibas tú a malgastar tu tiempo guardando la comida que se pueda estropear en la nevera?

—No te pareces en nada a tu madre —replicó Parker perdiendo la paciencia. Conocía a Pauline desde que tenía uso de razón, y aquella mujer era una bendita, siempre dispuesta a ayudar.

La sola mención de su madre pareció enervar aún más a Alexia.

—Gracias a Dios, no. Ella solo vive por y para el hostel Mackenzie —replicó con rabia. Durante su infancia habían sido muchas las ocasiones en que había extrañado a su madre, sobre todo en las funciones escolares, porque siempre estaba trabajando en el hostel.

Parker, que tenía su mirada clavada en su rostro, pudo ver fugazmente el dolor reflejado en sus ojos azules y algo se removió en su interior. Le hubiera gustado mandar a Alexia al cuerno. Los dos meses que llevaba trabajando en el rancho, su vida se estaba convirtiendo en un verdadero infierno. Ahora se arrepentía de haber cedido ante Pauline cuando le rogó que le diera el puesto de cocinera a su hija.

—¿No vas a decir nada? —insistió Alexia. Pareciera querer provocar que la despidiera.

—No, absolutamente nada —expresó, esperando la respuesta airada de Alexia, pero se vio interrumpido por el sonido de la puerta de la cocina, que se abrió en aquel momento. Se trataba de Scott, uno de los trabajadores.

—Parker —le abordó, directo—, una de las vacas esta de parto y parece que hay problemas.

—Espera, ahora mismo voy —dijo Parker, agradecido de poder salir de aquella cocina y alejarse de los dardos que parecía lanzarle Alexia.

## CAPÍTULO 9

Fiona notaba la vista borrosa después de cerca de dos horas estudiando las anotaciones que le había dado su padre sobre cómo llevar el negocio. Al principio, cuando le había entregado el cuaderno manuscrito de su puño y letra se sintió aliviada, pero ya le dolía la cabeza de tanto intentar transcribir sus palabras. «Mañana seguiré», se dijo mientras cerraba el cuaderno.

Estaba a punto de levantarse del sofá, con la intención de hacerse un sándwich para cenar cuando escuchó el sonido de las llaves sobre la cerradura. Sin dudar se acercó a la puerta, pensando que sería su padre cuando descubrió que se trataba de su hermano, que al verla frunció el ceño, denotando así su estado de ánimo.

—¡Ah, eres tú! —expresó con desgana antes de girar noventa grados y encaminarse a la cocina, con la clara intención de ignorarle.

—Pequeñaja, no me trates así —dijo Parker mientras la seguía por el pasillo de mala gana—. No te vas a librar de mí tan fácilmente.

Fiona ya había sacado de la nevera los ingredientes para prepararse el sándwich y untaba la mantequilla en el pan de centeno que había elegido. Todo ello sin levantar la vista de su acción.

—Fiona Mackenzie, ¿quieres prestarme atención de una maldita vez?

La aludida elevó su rostro y clavó la mirada en él antes de contestar:

—No.

Parker apretó los puños, frustrado. Por un lado estaba deseando dejar el asunto estar, al fin y al cabo Fiona estaba cumpliendo con su obligación al hacerse cargo del hostel familiar, pero el mal genio que acarreaba desde su último encuentro con Alexia le jugó una mala pasada.

—¡Oh, claro! Al fin la princesa se ha dignado a hacer acto de presencia y venir como si fuera a rescatarnos a todos del desastre.

Fiona dejó el cuchillo sobre la encimera, provocando un sonido sordo, y plantó las palmas de sus manos sobre la superficie de mármol antes de volverse y enfrentar a su hermano.

—Parker, te estás pasando. ¿Me estas acusando de ser una egoísta? —preguntó elevando una de sus cejas.

—Sí —fue la respuesta directa de él.

—Pues no tienes ningún derecho. Te recuerdo que fuiste tú el que decidió encargarse del rancho del abuelo olvidando tus obligaciones para con el hostel.

—Eso es diferente —contraatacó Parker, aún sabiendo que su hermana tenía razón—. Yo nunca serví para regentar un hostel y los dos lo sabemos. En cambio tú estudiaste para eso y tienes experiencia.

—Sí, eso es verdad —admitió Fiona, olvidando parcialmente su enfado.

—Entonces, ¿por qué huiste? —pregunto Parker, ahondando en el pasado.

«Matthew». El nombre surgió en la memoria de Fiona, notando que nuevos alfileres se clavaban en su corazón.

—No huí —mintió—, solo intentaba ampliar mis conocimientos.

—¿Y por qué no volviste al acabar tus estudios? —indagó Parker, deseoso de saber más sobre el pasado de su hermana.

Fiona se sentía frustrada y acorralada. Con desánimo se sentó en una de las banquetas altas frente a la isla de la cocina y se frotó la frente con los dedos antes de contestar.

—Parker, por favor, dejemos el pasado atrás. Sé que no lo he hecho bien, pero estoy aquí, y pienso sacar esto adelante aunque me tenga que dejar la piel en ello.

Parker, al ver la reacción de su hermana no dudó en aproximarse a ella y abrazarla, cubriendo su espalda con su pecho en actitud protectora antes de besar su coronilla, como hacía cuando eran pequeños.

—Lo siento, cielo, a veces soy un troglodita. —Recordó el apelativo que solía usar Alexia en sus discusiones—. Poco importa lo que hayas tardado en volver, ahora ya estás aquí. Cuenta conmigo para lo que necesites.

Fiona se sintió reconfortada con su abrazo y apretó el antebrazo de su hermano con sus dedos.

—Gracias, hermanito, sé que el fondo, muy en el fondo —añadió con humor— tienes un corazoncito.

—¡Bah! —dijo Parker apartándose—. Eso son leyendas urbanas, soy un duro ranchero, y por cierto, hambriento. No he metido nada en el estómago desde esta mañana. ¿Me preparas uno de esos? —preguntó señalando el sándwich que Fiona había dejado a medio hacer.

Fiona bajo de la banqueta y siguió colocando los ingredientes sobre el pan. Había hecho las paces con su hermano, pero su comentario la sorprendió.

—¿Qué pasa? ¿Alexia no ha querido darte de comer hoy? —preguntó mientras dejaba el plato frente a su hermano.

—¿Esa bruja? —soltó Parker para arrepentirse al instante al descubrir la mirada interesada de su hermana.

—Alexia es una niña muy dulce... —comenzó Fiona, pero se vio interrumpida por la voz molesta de su hermano.

—¿Niña? —Para nada Alexia era una niña, era la mujer más escultural de Green Village—. ¿Dulce? —Su mal carácter no se podía calificar como dulce—. ¿Cuánto tiempo hace que no ves a esa bruja?

—Desde que íbamos juntas al instituto. Y te aseguro que entonces era una dulce florecilla, aunque nuestras compañeras sí eran unas brujas con ella. Sospecho que lo que les pasaba era que la tenían una envidia tremenda —comentó mientras acababa de montar su sándwich y se sentaba frente a su hermano, que ya daba el primer mordisco al suyo—. Luego las dos nos marchamos. Lo que no entiendo es qué hace aquí, tenía entendido que estaba trabajando en uno de los restaurantes más reputados de Texas con uno de los mejores chefs del país —relató en voz alta.

—Pues tendrás que preguntárselo a ella —replicó Parker huraño mientras se levantaba para ir a la nevera, de donde sacó un refresco de cola y una cerveza que dejó sobre la encimera—, yo no sé nada —y era verdad.

Llevaba varias semanas buscando una cocinera para el rancho, harto de comer comida precocinada, cuando su padre y Pauline aparecieron una tarde con Alexia, asegurando que la joven necesitaba un empleo y él una empleada y que no se arrepentiría. En principio no vio problema en contratar a la hija de Pauline, adoraba a aquella mujer. Apenas había tenido roce con la joven, pero después de casi un mes conviviendo con ella estaba a punto de volverse loco con sus continuas protestas.

—Y lo haré, y si te descuidas, me la llevaré al hostel —comentó Fiona mientras abría la lata de refresco—. Estoy segura de que trabajando con Mr. Flamcourt su currículum nos reportaría más clientela. Creo que su talento está desperdiciado en el rancho.

Sin ser consciente de ello, Parker frunció el ceño ante la posibilidad de que Alexia se

marchara. Y no porque cocinara bien, que lo hacía, si no porque tenía un contrato firmado con él que no iba a permitir que rompiera.

—Ni se te ocurra robarme a Alexia —expresó con más énfasis de lo pretendido.

—¿Robarte? —repitió Fiona sorprendida por la reacción de su hermano.

—Tú ya tienes a Pauline —intentó arreglarlo Parker, pero la mirada de su hermana estaba clavada en él con una expresión entre intrigada y cómica.

—¡Eh, para, ranchero! —replicó Fiona con humor—. Ni Pauline ni Alexia son de nuestra propiedad. ¿Hemos viajado en el tiempo y no me he enterado?

—Será mejor que dejemos ese asunto —zanjó Parker, dando un nuevo bocado a su sándwich — y hablemos de tus planes para el hostel. ¿Tienes algo pensado?

—Me gusta cómo es el hostel, su ambiente familiar, pero algo se me ocurrirá para darle un aire nuevo.

\*\*\*

Matthew condujo hasta el restaurante de Jane, donde había quedado con su prima Nina. Era la única familia que le quedaba y siempre que podían quedaban para hablar de sus cosas. Era la única persona con la que podía ser él mismo, confesar sus temores sus anhelos y desahogar su dolor.

Como esperaba, Nina ya le aguardaba sentada en una de las mesas del fondo. Cuando le vio elevó su brazo y lo saludó con una sonrisa en los labios. Sin dudar avanzó por el abarrotado local y se sentó frente a ella.

—Llegas tarde —le recriminó la joven antes de coger la pajita de su vaso y dar un sorbo a su refresco.

Matthew sonrió a su vez y se acarició la nuca antes de responder.

—No llevo reloj —dijo a modo de excusa, logrando que la risa cantarina de su prima se propagara, silenciando las conversaciones ajenas.

—Se te da fatal inventar excusas. Y bien, ¿cómo llevas el regreso de Fiona? —soltó Nina a bocajarro.

Matthew sintió cómo su cuerpo se tensaba ante su pregunta directa.

—Veo que las noticias corren como la espuma —expresó con voz huraña.

—Vamos, Matthew, vivimos en un pueblo pequeño ávido de noticias frescas —replicó Nina con humor, mientras jugueteaba con la pajita roja.

—Sí, eso parece —dijo Matthew rindiéndose a lo evidente.

—Pero bueno, cuéntame, ¿la has visto? —preguntó Nina impaciente.

—Sí —respondió Matthew.

—¡Oh, vamos primito! Cuéntame de una maldita vez lo que ha pasado, no me he traído el sacacorchos —dijo rebuscando en su bolso, como si en verdad buscara el objeto indicado.

—Utiliza tus dotes periodísticas. ¿Acaso no eres ahora la flamante directora del periódico de Green Village?

—No me dedico a la prensa amarilla —replicó Nina molesta—. Además, esto es un tema personal, jamás se me ocurriría contarle a nadie que aún sigues enamorado de Fiona Mackenzie.

—¡Eso no es cierto! —exclamó Matthew más que molesto—. Eso es solo el pasado, prefiero mirar al presente.

—Por eso mismo —le rebatió Nina—, Fiona está aquí, ahora, y podría ser un nuevo

comienzo.

Matthew iba a replicar a sus palabras, pero la llegada de la camarera para tomarles nota se lo impidió. Estaba a punto de retomar la conversación tras la marcha de la camarera, cuando una voz que conocía demasiado bien sonó a su lado, agriando más su carácter si aquello era posible.

—Hola, Matt, no pensaba encontrarme contigo tan pronto. —Florence había apoyado su mano, cuyas uñas mostraban una manicura perfecta, sobre su hombro.

Matthew elevó el rostro y estudió a la mujer. Hacía dos años que no sabía nada de ella, cuando decidió irse a vivir a California con su nuevo marido, un importante accionista en una empresa automovilística. Y a pesar del tiempo transcurrido no había cambiado nada. Su esbelto cuerpo iba cubierto por un vestido color crema que realzaba sus curvas, estaba claro que se trataba de un diseño de firma. Sus pies iban enfundados en unos altos tacones y su cabellera rubia caía suelta sobre sus hombros, intentando imitar naturalidad, aunque sus ondas eran del todo artificiales, producto de una buena sesión de peluquería.

«¿En serio?», se preguntó Matthew mientras apartaba de su cuerpo la molesta mano. No bastaba con el impacto recibido tras el regreso de Fiona, recordándole lo que había perdido. También estaba la aparición de Florence, la persona responsable de que hubiera perdido al amor de su vida.

—¿Qué haces aquí, Florence? —preguntó con voz acerada, deseando que desapareciera de su vista al instante.

—Visitar a mi padre —respondió la rubia con una sonrisa, como si no le hubiera afectado el tono frío de Matthew— y recordar viejos tiempos.

—¿Y tu marido? —indagó Matthew.

—¿Estás celoso, querido? —preguntó Florence con una pose seductora.

—Por supuesto que no —replicó Nina por él, sorprendiendo a ambos—, tiene cosas mejores que hacer que perder el tiempo con una tipa como tú. ¿Por qué no te largas? ¿No ves que no eres bien recibida? —concluyó, a punto levantarse de su silla para sacar a Florence del local si era necesario, pero Matthew se lo impidió cogiendo su muñeca.

Florence clavó su mirada en la joven, en la que no había reparado hasta el momento, y el gesto de su rostro se torció, desfigurando sus bellas facciones.

—¿Quién demonios te crees que eres para hablarme de esa forma? —preguntó airada.

—Nina Callaghan, y si te crees que vas a impresionarme con tu ropa de diseño o tu perfume, que está a punto de asfixiarme, estas muy equivocada...

—Florence, será mejor que te marches —expresó Matthew, intentando evitar un escándalo. Conocía demasiado bien el mal genio de Nina.

La rubia dudó unos instantes, pero finalmente se giró y caminó airadamente hasta la mesa que compartía con sus amigas de la infancia.

—Tu ex mujer es odiosa, ¿lo sabías? —exclamó Nina intentando controlar su mal genio.

—¿Por qué crees que ya no forma parte de mi vida? —replicó Matthew, aliviado de que la sangre no hubiera llegado al río.

—No deberías dirigirle ni tan siquiera la palabra después de lo que te hizo.

—No quiero hablar de eso —solicitó Matthew antes de dar un trago a su cerveza y saborearla antes de proseguir—. Prefiero que me cuentes cómo llevas los preparativos para la fiesta de Halloween.

Nina aceptó el cambio de tema.

—Estoy desbordada, no te lo voy a negar.

—Pues recuerda que fuiste tú solita la que decidió meterse en el ayuntamiento, como si no te bastara con llevar el periódico local.

—Lo sé, lo sé, no tengo la capacidad de decir la palabra «no» —confesó Nina con una media sonrisa.

## CAPÍTULO 10

Fiona llevaba cerca de dos semanas en Green Village y se estaba adaptando a sus nuevas rutinas. Ya manejaba todas las tareas del hostel, aunque el comienzo de la temporada baja, gracias a la llegada del otoño ayudaba bastante. En aquel momento estaba imprimiendo un cuaderno de viaje para su padre, además de los billetes que había reservado.

—¿Estás segura de que es necesario? —preguntó Albert clavando su mirada en el rostro ilusionado de su hija.

—Sí, papá, creo que un lavado de cara no le vendría mal al hostel. Solo cambiar el color de las paredes, algunos muebles... —indicó Fiona ilusionada.

—Pero tendrás que cerrar el hostel, y no hay dinero de sobra —rebatía Albert preocupado—. Además, tu madre y yo nos vamos en un par de días.

—Papá, estamos en temporada baja, y siempre hemos cerrado dos semanas en estas fechas. Y por el dinero, no te preocupes, tengo unos ahorros.

—Pero hija, no puedes gastar tu dinero...

—Ahora es mío, mi responsabilidad, y creo que es una estupenda idea.

Albert meneó la cabeza, pero finalmente aceptó. Al fin y al cabo era una mujer adulta y si le habían cedido el negocio debía confiar en ella. Sabía que a Edith no le harían demasiada gracia sus ideas revolucionarias, pero ya hablaría con ella.

—Entonces me parece bien —expresó, granjeándose una gran sonrisa por parte de su hija, que parecía aliviada con su respuesta.

—Perfecto —replicó Fiona mientras cogía los folios de la impresora y los grapaba antes de tenderse los a su padre—. Toma, es tu diario de viaje. Los billetes están incluidos.

—¿De verdad? —preguntó Albert emocionado. Llevaba evadiendo el tema del viaje ante Edith varios días y al fin podía mostrarle el itinerario que recorrerían—. No sabes lo que te lo agradezco, te debo un gran favor.

—Lo sé, y me lo vas a devolver antes de lo que piensas.

Albert elevó una de sus cejas y observó a su hija por unos instantes.

—¿De qué se trata? —preguntó, dispuesto a ayudar.

—Quiero que seas tú quien se lo cuente a mamá, y a poder ser cuando ya estéis subidos al avión.

Albert se tomó su tiempo para pensarlo. Contarle a Edith los planes de Fiona cuando ya estuvieran viajando hacia Europa era una estupenda idea. Aunque esperaba que eso no enturbiaran sus planes.

—¡Papá! —le sacó Fiona de sus pensamientos.

—Está bien, pero este favor vale por dos y lo sabes —expresó mientras se dirigía a la puerta. Tenía mil cosas que hacer antes de marcharse.

—Gracias, papá, sabes que te quiero ¿verdad? —expresó Fiona antes de que su padre desapareciera tras la puerta. Luego suspiró y volvió a sus quehaceres—. Tengo mucho trabajo por delante —se dijo mientras abría la tapa de su portátil y lo encendía.

Lo primero que pensaba hacer era investigar por internet revistas de decoración. Le encantaba el estilo *vintage*, y estaba segura que quedaría a la perfección en el hostel dada la

antigüedad del edificio. Una hora después ya tenía un montón de ideas bullendo en su cabeza, varias páginas impresas sobre la mesa, y una determinación por conseguir los antiguos muebles de la familia, aquellos que habían quedado relegados y que siempre habían estado en la buhardilla del hostel, donde ahora estaba la suite principal. Con determinación, cogió el móvil y marcó el número de su padre, que no tardó en responder.

—Papá, quería preguntarte que hiciste con los muebles de la buhardilla.

—¿Esos trastos? —preguntó Albert sorprendido por su extraña pregunta.

—Sí, esas «antigüedades». Por favor, dime que no las habéis tirado cuando hicisteis la reforma —rogó.

—No, los llevamos al rancho.

—¿Al rancho? —se preguntó pesarosa. Por nada del mundo quería ir allí, y no porque no adorara aquel lugar, si no por la posibilidad de encontrarse con Matthew, al que había conseguido evitar desde su último encuentro.

—Sí, hija, ¿por qué? ¿Hay algún problema? —indagó Albert al notar algo extraño en su voz.

—Ninguno —dijo Fiona con demasiada celeridad—. Iré a investigar.

—Perfecto, hija, ahora tengo que dejarte.

—Gracias otra vez, papá —dijo antes de que la línea se cortara.

Dejó el móvil sobre el escritorio y se recostó sobre la silla, elevando su cabeza para clavar su mirada en el techo. «No puedes dejar que la presencia de Matthew presida tu vida. ¿Por qué voy a renunciar a esos muebles solo por evitar ir al rancho?», se dijo enfadada consigo misma. «Soy una mujer adulta», se reprendió antes de levantarse con ímpetu y coger su bolso de la silla donde estaba.

Media hora después estacionó su coche frente al porche de la casa que había pertenecido a su familia desde hacía varias generaciones. No vio aparcada por ninguna parte la camioneta de Matthew, cosa que agradeció y, más relajada, se bajó del coche y se dirigió a la puerta de entrada. Como esperaba, estaba abierta, y no dudó en adentrarse en el interior hasta la cocina. Desde el pasillo escuchó el tarareo de una voz femenina, y al asomarse se encontró con Alexia, que pelaba patatas al ritmo de una pegadiza canción.

—¡Alexia! —exclamó mientras se internaba en la habitación. Hacía años que no veía a la joven de larga melena oscura y esbelta figura. No había cambiado nada desde que iban al instituto.

La aludida, al escuchar su voz, se giró como un resorte y al ver a Fiona, soltó el cuchillo, que poco antes cortaba diestramente la verdura, y corrió hasta ella para estrecharla entre sus brazos y besar sonoramente sus mejillas. Luego se apartó y clavó su mirada en el rostro de Fiona.

—¡Fiona, estás espectacular! Ha pasado una eternidad desde la última vez que nos vimos.

—Tú también te ves genial, incluso mejor que antes, diría yo —replicó Fiona con una sonrisa enorme en los labios.

Alexia se sintió incomoda con su comentario. No le gustaba demasiado recordar su época en el instituto, cuando llevaba gafas y unos horribles brackets.

—¿Y qué haces por aquí? ¿Buscar a Parker? —preguntó, intentando cambiar de tema—. No está, ha ido a la ciudad para una reunión de trabajo.

—No, en realidad no. Vengo en busca de unas antigüedades de la familia. Mi padre me ha dicho que estaban aquí.

—¿Tienes tiempo para un café? —ofreció Alexia—. Podríamos ponernos al día.

—¡Claro, estoy deseando que me cuentes cómo llegaste a trabajar con uno de los mejores chefs del país! —expresó Fiona con emoción, no se percató del cambio de expresión de su amiga,

que se volvió sombría. En aquel momento, Alexia se había dado la vuelta para cargar la cafetera.

Tras una agradable charla con Alexia, Fiona decidió ir al desván, donde suponía que estarían los viejos muebles. Subió por las escaleras y encendió la luz amarillenta que proyectaba la bombilla. Cuando llegó a la parte superior se sintió emocionada al descubrir un montón de bultos envueltos con sabanas viejas. Destapó el primero y se encontró con una cómoda con preciosas líneas redondeadas y patas curvadas. Estaba barnizada con un tono oscuro y estaba desconchada en algunas zonas. La imaginó pintada de un blanco roto desgastado que la emocionó. Siguió levantando telas hasta que dio con lo que buscaba, la vieja cama de hierro forjado que de sus bisabuelos. Esa cama había pertenecido al rancho y había acabado relegada al desván. Agradecía que nadie la hubiera tirado, porque era una verdadera joya. Con cuidado, acarició una de sus barras y descubrió que el óxido había provocado grandes daños, como varios agujeros en las barras torneadas. «Espero que tenga arreglo», se dijo preocupada.

—¿Qué haces tú aquí? —escuchó una voz a su espalda y un escalofrío recorrió su cuerpo al reconocerla.

«Mierda, ¿por qué demonios tengo tan mala suerte?», se preguntó antes de cuadrarse de hombros y girarse dispuesta a enfrentarse a Matthew.

—Si mal no recuerdo, esta es la casa de mi hermano, el rancho que ha pertenecido a mi familia durante generaciones. Quizás debería ser yo quien preguntara qué haces tú aquí.

—Fiona, no vayas por ahí. Soy socio de tu hermano —replicó Matthew molesto. Había subido al desván al ver desde el exterior que la luz estaba encendida. Lo que menos esperaba era encontrarse con Fiona allí.

—Pero eso no te da derecho a andar por esta casa como si fuera tuya. Estoy harta de encontrarme contigo en todas partes.

Las cejas de Matthew se elevaron sorprendentemente, y sin poder evitarlo explotó con el peor de su genio. Sin pensar en lo que hacía se aproximó a ella a grandes zancadas, situándose a escasos centímetros, fue entonces cuando se echó el sombrero hacia atrás.

—Escúchame bien, pequeña, eres tú la que se empeña en cruzarse en mi camino. Recuerda que fuiste tú la que decidió largarse hace años, el resto hemos seguido con nuestra vidas. ¿Acaso pretendes llegar después de tanto tiempo y revolucionarlo todo sin tener en cuenta a nadie? Sigues siendo una niña y una caprichosa...

—¿Que yo soy una caprichosa? —expresó Fiona fuera de sí. Sus palabras dolían, y mucho—. Creo que te equivocas. Tú eres el caprichoso, que un día jurabas que me amabas para al día siguiente prometerte con Florence.

Matthew fijó su mirada en el rostro de Fiona, y pudo ver en él hondo dolor que parecía sufrir, tan parecido al que a él le carcomía al recordar que la había perdido. Había pensado que su amor por ella había muerto, pero parecía que se había equivocado.

El regreso de Fiona había logrado que su corazón volviera a palpar desenfrenadamente con su sola presencia, pero ya era demasiado tarde.

—¿No me digas que aún sigues enamorada de mí? —expresó con sorna, dibujando una sonrisa cínica en sus labios que no sentía.

Fiona intentó insuflar aire a sus pulmones con esfuerzo. No era capaz de moverse, pero se imaginó estampando su mano contra el rostro masculino. Por el contrario prefirió golpearle con palabras, deseando hacerle daño.

—Ni por asomo, Matthew. Desde que te dejé atrás he descubierto que existen hombres de

verdad.

El aludido sintió un nuevo dolor en su pecho al imaginarla con otro hombre. No era estúpido, era de esperar que durante los años transcurridos Fiona no se hubiera mantenido célibe, pero su confirmación, y la imagen que se presentó ante sus ojos logró que algo en su interior volviera a quebrarse, como si aquello fuera posible.

—¡Fiona! —sonó una voz femenina en la escalera. Se trataba de Alexia, que en aquel momento alcanzaba la parte superior—. ¿Has acabado...? —preguntó antes de percatarse de la presencia de Matthew.

La postura de ambos le recordó a dos panteras a punto de saltar una sobre la otra. Ambos permanecían a escasos centímetros. El cuerpo de Matthew parecía tenso como una cuerda, mientras el rostro de Fiona estaba acalorado.

—Sí, he acabado —expresó Fiona apartándose de la cercanía de Matthew. Necesitaba alejarse de él, recuperar la respiración—. Mañana mandaré a alguien a buscar los muebles —añadió antes de caminar airadamente a su encuentro, para poco después bajar las escaleras de dos en dos.

Alexia la vio pasar por delante de sus ojos y tardó unos segundos en reaccionar. Giró su rostro y descubrió la figura de Matthew, que parecía una estatua. No se atrevió a pronunciar una sola palabra y siguió a Fiona, preocupada por su amiga. Estaba claro que algo había sucedido y no podía evitar sentirse apenada.

Matthew solo se movió del lugar que ocupaba cuando los pasos de las mujeres se alejaron en la escalera y escuchó la puerta cerrarse. Con lentitud se aproximó a la ventana y perdió su mirada en el exterior mientras se acariciaba la nuca, intentando destensar su cuerpo agarrotado.

Había tenido momentos duros en su vida, y hasta entonces el peor episodio había sido lo sucedido con Florence y la marcha de la mujer que amaba, pero parecía que se había equivocado por completo.

El regreso de Fiona le había hecho ver que seguía amándola. A pesar de que había intentado luchar contra ese sentimiento en las últimas semanas, ahora sabía que no podía escapar de lo que su corazón sentía. «Fiona, ¿por qué demonios has tenido que regresar?», se preguntó frustrado mientras golpeaba con su puño la jamba de la ventana frente así, intentando con el gesto apaciguar la frustración que recorría su cuerpo.

## CAPÍTULO 11

Cuando Fiona llegó al pueblo notó que sus manos aún temblaban. Se arrepentía de haber ido al rancho. «Tenía que haber llamado a Parker para que se encargara de los muebles», se recriminó mentalmente mientras apagaba el contacto y salía del vehículo dispuesta a entrar en el banco para sacar dinero para comprar lo que necesitaría para la restauración de los muebles.

Caminaba por la acera, con la intención de traspasar las puertas del banco, cuando una voz a su espalda la retuvo. Al girarse descubrió que se trataba de Florence y no pudo evitar que su cuerpo se tensara. «¿Por qué me he tenido que encontrar con ella?», se preguntó frustrada, deseando salir corriendo.

—¡Fiona! —exclamó la mujer ataviada con un abrigo liviano color crema a la última moda—. Qué sorpresa —expresó antes de plantar dos sonoros besos en sus mejillas.

Fiona deseó limpiarle las mejillas, pero se contuvo y dibujó en sus labios una sonrisa que no sentía. No pudo evitar fijar su mirada en el rostro de Florence, que seguía siendo tan hermosa como recordaba. Estaba claro que con el paso de los años se había vuelto más sofisticada, suponía que gracias a su nuevo marido, un empresario de éxito. «No la odies, ella no es la responsable de lo que sucedió. Toda la culpa la tiene Matthew», se dijo, intentando desterrar las ganas de tirar de los pelos a la rubia que tenía ante sí. «Eso es el pasado, céntrate en tu futuro», prosiguió con su charla interna.

—No has cambiado nada —dijo Florence, estudiando su aspecto sin coartarse—. No esperaba verte aquí, pensé que vivías en Dallas.

—Sí, pero he decidido regresar —respondió Fiona escuetamente—. ¿Y qué haces tú por Green Village?

Los labios rojos de la mujer formaron un mohín antes de responder.

—Me había jurado no volver a este lugar —dijo con desprecio, molestando a Fiona—, pero mi padre se ha empeñado en que lo hiciera, no se encuentra bien de salud.

—Lo siento —dijo Fiona. Odiaba a Florence, pero su padre le caía bien.

—¡Bah! —replicó Florence, barriendo el aire ante sus ojos con su mano—. Es un exagerado, se piensa que se va a morir mañana mismo.

«Definitivamente eres la mujer más odiosa que conozco», pensó Fiona.

—Quizás se sienta solo. Suele pasarle a los padres —respondió intentando ser lo más amable que pudo—. Si me disculpas, tengo algo de prisa —añadió deseando huir.

—Está bien, pero espero tomarme un café contigo uno de estos días —dijo Florence volviendo a besar su mejilla a modo de despedida antes de seguir con su camino con su inequívoco movimiento de caderas.

—Claro, por supuesto. —«Ni en sueños», pensó Fiona mientras se alejaba de ella con la necesidad de respirar. El fuerte perfume de Florence la estaba ahogando.

Tras esperar una larga cola en el banco se dirigió a la tienda de pinturas. Ya se encontraba más calmada, aunque para ello había tenido que bloquear la imagen del «innombrable». Estaba a punto de entrar en la tienda de Jeremiah, cuando el sonido insistente de su móvil la hizo detenerse. Rebuscó en el bolso hasta que dio con el teléfono y descubrió que se trataba de Hannah. Con una

sonrisa, descolgó.

—Hola, primita, qué sorpresa —expresó con alegría.

—Hola, preciosa —replicó Hannah desde el otro lado de la línea—. Llamaba para ver cómo va todo, espero noticias tuyas desde hace días —le reprochó, aunque no estaba molesta.

Fiona se mordió el labio inferior, mortificada. Hannah tenía razón, pero desde su llegada había estado demasiado ocupada y se le había ido de la cabeza.

—Lo siento —se disculpó con sinceridad.

—No te preocupes —dijo Hannah—, supongo que has estado desbordada. ¿Cómo va el hostel? ¿Y tus padres?

—Mis padres están a punto de marcharse para realizar el viaje de su vida —comentó Fiona con una sonrisa en los labios—. Y el hostel esta perfecto, pero voy a cerrarlo unas semanas para reformarlo.

—Oh, me parece una idea fantástica. Esa casa tiene mucho potencial.

—Sí, eso pensé yo, un estilo más *vintage*. Pero bueno, dejemos ese asunto, cuéntame, ¿cómo estáis vosotros?

—Pues muy bien, la verdad. Verás, yo te llamaba para pedirte un favor.

—Lo que necesites —replicó Fiona dispuesta.

—Quería que Ryan conociera Green Village, a la abuela...

—A Nana le va a encantar.

—Pero hay un problema —expresó Hannah.

—¿Cuál?

—Habíamos pensado ir a finales de octubre, pero mi madre ha decidido irse con su último novio a Las Vegas para celebrar la fiesta de los muertos vivientes. Me ha ofrecido la casa, pero no me sentiría cómoda, quiero estar con la familia. Aunque si has cerrado el hostel... —dudó.

—No seas tonta, os quedaréis en el hostel. La suite de la buhardilla está perfecta y no tenía pensado remodelarla. Os quedareis aquí.

—¿De verdad que no te importa? —indagó Hannah dudosa, no quería ser una molestia.

—Me encantará la idea, me vendría bien algo de compañía agradable.

—¿A qué te refieres? —preguntó Hannah preocupada.

Fiona se mordió la lengua. Por nada del mundo pensaba relatarle la guerra que se estaba produciendo entre ella y Matthew.

—Nada, nada. Bueno, Hannah, ahora tengo que dejarte. Te quiero —dijo rápidamente antes de colgar para que su prima no pudiera someterla a un tercer grado, que era lo que menos necesitaba en aquel momento.

\*\*\*

Parker estaba agotado tras una larga reunión con un posible cliente. Había llegado a última hora de la mañana a casa. Solo se sintió más recuperado después de una larga ducha. Más repuesto, se puso ropa cómoda y bajó a la cocina, con la esperanza de que la comida estuviera lista. Apenas había comido nada y estaba hambriento. Mataría por un buen estofado de ternera, pero cuando entró en la cocina, donde solían comer, encontró la mesa dispuesta y una caja de pizza en medio. Matthew estaba sentado en una punta de la mesa y Alexia en la contraria. El silencio se podía cortar con un cuchillo.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó ocupando su asiento.

—Nada —repuso Matthew antes de dar un trago a su cerveza.

—Claro, nada —repuso Parker mirando a ambos alternativamente. Conocía lo suficientemente bien a su amigo para saber que mentía—. ¿Alguien me puede explicar por qué hoy cenamos comida rápida? —preguntó clavando su mirada en el rostro pétreo de Alexia.

—Pregúntaselo a tu amiguito, es culpa suya —respondió Alexia, sin importarle las consecuencias.

—¿Mi culpa? —explotó Matthew, aquello ya era demasiado. Apreciaba a Alexia, pero las miradas asesinas que le había dedicado desde la marcha de Fiona habían colmado su paciencia—. No he sido yo el que ha estado toda la mañana cotorreando con Fiona.

—Eso no habría sucedido si tú no la hubieras puesto de tan mal humor. Me ha costado un triunfo tranquilizarla antes de que cogiera el coche.

Parker miraba a uno y a otro sin entender nada.

—Alexia, será mejor que dejemos el asunto, perdóname —dijo Matthew, temiendo que la joven hablara de más. Aun no estaba preparado para enfrentarse a Parker, que sería lo que pasaría si se enteraba de lo que había sucedido entre él y Fiona en el pasado—. Disculpadme, se me ha quitado el hambre —añadió antes de abandonar la mesa y alejarse para salir por la puerta trasera de la cocina.

Parker no se movió un ápice de su lugar, volviendo a clavar la mirada en el rostro furibundo de Alexia.

—¿Me puedes explicar de qué va todo esto? —le exigió con voz acerada.

Alexia, al escuchar su voz, giró su rostro y se percató en aquel preciso instante del lío en que se había metido. «Eres una estúpida», se recriminó. Parker mostraba una expresión huraña y estaba claro que quería respuestas, unas que ella no podía darle. Era Fiona quien tenía que contarle lo que había pasado entre Matthew y ella en el pasado.

—¿No me digas que no lo sabes? —preguntó mientras elevaba una de sus cejas expresivamente, intentando ganar tiempo. La mejor defensa era un buen ataque—. No me lo creo, pensaba que el señor y amo sabía todo lo que pasa en este rancho.

Parker perdió los nervios, se aproximó a Alexia y la cogió por los brazos, dispuesto a sacarle la verdad. Estaba a punto de exigirle que se dejara de jueguecitos y cantara de una maldita vez, pero al clavar su mirada en su rostro, descubrió su piel cenicienta y el temblor de su cuerpo bajo sus dedos le dejó sorprendido.

—¿Alexia? —la llamó preocupado.

La aludida tardó unos segundos en reaccionar, y cuando lo hizo su actitud sorprendió aún más a Parker, que no entendía nada.

—¡Suéltame! —gritó la joven forcejeando hasta que se deshizo de agarre—. Que sea la última vez que me tratas así —le recriminó antes de salir corriendo en dirección a las escaleras que daban acceso a la parte superior a través de la cocina.

Ya en la seguridad de su dormitorio Alexia cerró la puerta a su espalda y se tomó unos segundos para recuperarse. Luego se aproximó a la cama y se dejó caer sobre la misma. A su pesar, los malos recuerdos fluyeron y la envolvieron.

Ahora se encontraba en Texas, varios meses antes, cuando se creía que era el mejor momento de su vida. Había encontrado empleo en uno de los restaurantes más de moda en la ciudad. Tenía un buen sueldo y trabajaba para el chef Eric Flamcourt, uno de los más reputados del país. Al principio no fue fácil trabajar a sus órdenes, y en una infinidad de ocasiones había

estado a punto de abandonar, pero las ansias por aprender y la esperanza de ascender eran más fuertes.

Tras un año había logrado adaptarse al chef. Incluso se había convertido en su mano derecha tras la marcha de Cherry. Estaba segura de que el ascenso estaba a punto de llegar, pero todos sus sueños acabaron en el suelo, hechos trizas. Una noche, el chef le pidió que se quedara un poco más después de la marcha de sus compañeros. Alexia, ingenuamente, pensó que le iba a dar la noticia que llevaba semanas esperando, pero para su sorpresa el señor Flamcourt intentó besarla y ella le rechazó. Al día siguiente recibió la carta de despido y no tuvo más remedio que regresar al nido de su madre.

## CAPÍTULO 12

Parker solo fue consciente de la gravedad de la caída cuando sintió el casco de *Pepper* presionando su muslo. Un dolor insoportable le atravesó y estuvo a punto de desmayarse. Se sintió aliviado cuando el cuadrúpedo se alejó, y solo entonces dejó caer su cabeza sobre la tierra del suelo. Un sudor frío recorrió su frente y goteó por su mejilla hasta llegar a su cuello.

—¡Oh, Dios mío! —escuchó que exclamaba una voz que se aproximaba.

—¡Maldita sea! ¿Por qué tú? —expresó Parker entre dientes al descubrir quién era la persona que iba en su auxilio.

Alexia, que llegaba en aquel momento, le escuchó y gruñó molesta antes de hablar airadamente.

—Si quieres puedo volver por donde he venido —replicó, pero al percatarse de su tez cenicienta se arrodilló a su lado—. ¿Qué ha pasado? —indagó, dispuesta a hacerse cargo de la situación.

Parker permanecía con los ojos cerrados, y cuando los abrió se encontró con el rostro desencajado de Alexia. Trago saliva y contestó a su pregunta.

—*Pepper* me ha tirado y pisoteado. Supongo que le darás las gracias —añadió, intentando hacerse el gracioso.

Alexia ignoró su último comentario, no era el momento para una de sus disputas dialécticas. Recorrió su cuerpo con la mirada hasta dar con el lugar por donde manaba la sangre, empapando la tela de sus *jeans*.

—¡Mierda! —exclamó sin poder contenerse.

«Tranquilízate, Alexia», se ordenó mientras intentaba controlar su respiración. «Piensa, joder», se reprochó antes de tomar medidas. En un movimiento diestro se quitó el cinturón y rodeó el muslo de Parker. Enlazó el cuero con la hebilla y tiró hasta lo que considero que estaba lo suficientemente ajustado. Luego hizo un nudo y volvió a tirar para ejercer mayor presión.

—¡Joder, Alexia, me duele! —protestó Parker.

—Lo sé, pero tenía que hacer esto —replicó la joven mientras buscaba en su bolsillo su móvil. Cuando lo consiguió, el aparato resbaló de sus dedos gracias a la sangre impregnada en sus dedos—. ¡Mierda! —exclamó antes de volver a cogerlo y marcar el número de emergencias—. Sí, necesito una ambulancia —dijo cuando una voz mecánica contestó al otro lado de la línea—. Ha habido un accidente en el rancho de Parker Mackenzie —Alexia se silenció, escuchando nuevamente la voz al otro lado de la línea—. Sí, le he hecho un torniquete. —Luego colgó, volviendo su atención a Parker.

—Tengo la boca seca, dame agua —le exigió Parker.

—No puedo —dijo Alexia, por temor a no hacer lo correcto—. Espera un momento —dijo antes de ponerse en pie y correr a toda velocidad hasta la casa. Poco después regresó con un paño limpio y una botella de agua en la otra. La abrió y empapó la tela antes de acercarla al rostro de Parker y mojar sus labios. Luego recorrió el resto de su piel para refrescarle. El permanecía con los ojos cerrados, y Alexia temió que estuviera dormido, por lo que se acercó y habló junto a su oído.

—¿Estás despierto? —preguntó con cautela.

Parker se encontraba perdido en una bruma que le hacía sentir embotado. Cuando escuchó la

voz de Alexia, y sintió su aliento sobre la piel abrió los ojos con esfuerzo, como si sus párpados pesaran una tonelada.

—Sí, estoy aquí, no creas que te vas a librar de mí tan fácilmente. Tengo pendiente contigo alguna que otra discusión —añadió con humor, intentando esbozar una sonrisa.

Alexia se sintió aliviada tras escuchar su voz, había temido que estuviera inconsciente. En un gesto reflejo, acarició su mejilla dulcemente antes de hablar.

—Me alegra que estés bien, aunque eres un capullo —añadió no tan dulcemente—. Me has dado un susto de muerte.

—¿No me digas que temías por mí? —replicó Parker elevando una de sus cejas—. Los dos sabemos que no me soportas.

—Ni tú a mí —replicó Alexia con demasiada celeridad.

El sonido de la ambulancia se escuchaba en la lejanía y Alexia elevó su rostro para asegurarse de que se acercaban.

Parker habría replicado a sus palabras, pero se quedó observando su perfil con deleite, disfrutando de su belleza mientras notaba que los párpados le pesaban demasiado. «Debo estar a punto de desmayarme para ver hermosa a esta bruja», se reprochó molesto antes de sucumbir al sopor que le envolvía.

Alexia, tras comprobar que la ambulancia estaba a pocos metros, fijó nuevamente su mirada en el rostro de Parker para descubrir que estaba inconsciente. «Esto no es bueno», se dijo mientras se inclinaba y rodeaba el rostro masculino con sus manos.

—Parker —le llamó con urgencia—, por favor, despierta —añadió con el temor recorriendo cada poro de su piel antes de que uno de los paramédicos se aproximara y la obligara a retirarse para poder examinar al herido.

\*\*\*

Fiona dio la última lijada al cajón y se alejó de la cómoda para observarla desde otra perspectiva. Dejó la esponja de lija en una mesa cercana y sonrió satisfecha al ver el resultado de su trabajo.

—No me ha quedado nada mal —dijo en voz alta.

«Ahora solo falta que lleguen el resto de los muebles, sobre todo la cama», pensó con una sonrisa en los labios. Tenía pensado vivir en la pensión, y para ello había decidido ocupar la buhardilla, donde pensaba crear un pequeño apartamento a su gusto. Sabía que su madre pondría el grito en el cielo, alegando que tenía su dormitorio en casa, pero si no quería acabar loca de atar, necesitaba vivir lejos de sus padres. Ya era una mujer adulta. Estaba a punto de limpiar la pieza con un trapo cuando el sonido insistente del timbre la sobresaltó. Molesta por tener que dejar su trabajo, cogió un trapo y se limpió el polvo de las manos antes de subir la escalera.

«¿Quién será?», se preguntó frustrada cuando llegó a la puerta, pero su ceño se frunció más, si aquello era posible, cuando se encontró con Matthew.

—¿Qué haces tú aquí? —le reprochó molesta, dispuesta a cerrarle la puerta en las narices.

—No he venido a discutir —contestó Matthew con seriedad—, vengo a avisarte de que Parker ha tenido un accidente en el rancho.

—¿Qué? —boqueó Fiona, sobrecogida. Sintió que su corazón se detenía un instante y que un sudor frío recorría su piel.

«Mierda», pensó Matthew. Al descubrir que su rostro había cambiado de color, hizo el

amago de sostenerla, pensando que las piernas le iban a fallar, pero ella se apartó de su proximidad.

—Matthew, dime qué ha sucedido de una maldita vez —le exigió Fiona más repuesta tras la sorpresa inicial.

—No sé mucho, solo que se ha caído de un caballo. Me ha llamado Alexia hace un rato. Deben de estar ya en el hospital.

—Tengo que ir —dijo Fiona, dispuesta a cerrar la puerta, pero Matthew se lo impidió—. ¿Qué demonios haces? —le preguntó con fiereza.

—Estás loca si piensas que vas a conducir en el estado en que te encuentras —expresó Matthew con seguridad mientras abría la puerta del todo para entrar—. Iremos juntos —afirmó tajante.

—¿Quién te crees que eres, mi padre? —expresó Fiona fuera de sí. Por nada del mundo pensaba compartir espacio con él.

—Fiona, deja de comportarte como una cría. Tu hermano esta en el hospital y me mataría si te dejara ir sola. Iremos juntos, te guste o no. ¿Te preparas? —le preguntó exigente—. Estamos perdiendo un precioso tiempo.

Fiona iba a seguir discutiendo, pero sabía que Matthew tenía razón. «Puedo ignorarle si me lo propongo», se intentó convencer mientras asentía con la cabeza y se giraba para subir la escalera de dos en dos. No tenía tiempo que perder.

«Gracias a Dios», pensó Matthew mientras elevaba su rostro al techo con exasperación. Estaba claro que iba a ser el viaje más eterno que había hecho en su vida a pesar de que eran apenas cuarenta y cinco minutos.

\*\*\*

Alexia volvió a clavar su mirada en el reloj de pared que presidía la sala de espera del hospital. Llevaba cerca de una hora allí y todavía no sabía cómo estaba Parker, y eso estaba acabando con sus nervios. «Por el amor de Dios, ¿quieres tranquilizarte de una maldita vez?», se reprochó mentalmente mientras se mordisqueaba los nudillos con nerviosismo. «No hagas eso, niña», le pareció escuchar la voz de su abuela Betty recriminándole.

—¿Familiares de Parker Mackenzie?

Alexia, al escuchar la voz del médico se levantó del asiento y se aproximó al hombre que portaba una carpeta que ojeaba en aquel momento.

—No hay ningún familiar —explicó con nerviosismo—. Soy una de sus empleadas —añadió.

—Está bien —replicó el hombre—. El señor Mackenzie ha sufrido un aplastamiento, pero gracias a Dios los músculos no han sufrido daños irreversibles. Está estable, aunque le hemos tenido que sedar. Ya está en planta y puede recibir visitas, aunque aún tardará un tiempo en recuperar las consciencia.

—Muchas gracias, doctor —agradeció al facultativo, que ya se giraba para entrar en los boxes.

Aturdida, caminó hasta el mostrador de administración, donde le indicaron la habitación donde se encontraba Parker, luego subió al ascensor y llegó a la planta tres. Tras salir se dirigió a la habitación 303 y se tomó su tiempo antes de entrar. Como imaginaba, fue una fuerte impresión descubrir a Parker, que permanecía tumbado en la cama situada junto a la ventana.

Se acercó con cautela y se situó a su lado, a pocos centímetros. Tenía los ojos cerrados, su rostro estaba relajado y Alexia se permitió el lujo de estudiarle a su antojo. Su cabello castaño, que siempre llevaba muy corto, estaba revuelto. Sin ser consciente de lo que hacía, elevó su mano e intentó colocarlo, como si con sus dedos pudiera domarlo. El tacto de su cabello entre sus dedos era suave, como el pelaje de un caballo. Luego clavó su mirada en las largas pestañas oscuras que protegían sus ojos, unos ojos azules e intensos que le recordaban al mar. En California, cuando se tomaba un día libre en el restaurante, solía ir a la playa. Allí siempre se permitía el lujo de perderse en el pasado, en su pueblo natal, e inevitablemente en el recuerdo de Parker, aunque él nunca se tomó la molestia de posar su mirada en ella.

«Eres una estúpida, olvídale», se recriminó mientras apartaba el dedo con el que había acariciado sus gruesos labios masculinos y se alejó de cama en el preciso instante en el que la puerta se abría con ímpetu.

—¿Cómo está mi hermano? —preguntó la voz angustiada de Fiona, que corrió hasta la cama. Matthew la seguía muy de cerca.

—Está bien —respondió Alexia—. El médico ha dicho que los músculos se salvarán. Ahora está sedado para que no tenga dolor —explicó Alexia con el corazón acelerado. Había estado a punto de ser descubierta por su amiga.

—Gracias a Dios —expresó Fiona cogiendo la mano de su hermano entre sus dedos sin apartar la mirada de su rostro ceniciento.

—¿Qué ha sucedido exactamente? —indagó Matthew.

—La verdad es que no lo sé —respondió Alexia—. Yo estaba en la cocina cuando escuché un fuerte golpe y al salir le encontré en el suelo. Creo que estaba montando a *Pepper*.

Matthew clavó la mirada en el rostro de Alexia y fue consciente de su palidez. Estaba claro que se había llevado un gran susto y aún necesitaba reponerse.

—¿Quieres que te traiga un café? —ofreció amablemente.

Alexia sonrió ante la amabilidad de Matthew y aceptó.

—Me vendría genial, necesito cafeína para seguir en pie.

—¿Con dos de azúcar y leche? —indagó él con una sonrisa.

—Exactamente, gracias Matt —agradeció Alexia.

Ninguno de los dos fue consciente de que Fiona los observaba desde su posición con una mirada indescifrable. «¿De verdad estás celosa de Alexia? ¿Crees que es el mejor momento y lugar?», se reprochó mentalmente mientras apartaba la mirada, molesta consigo misma y las garras de los celos que atenazaban su estómago.

## CAPÍTULO 13

Alexia se dio una ducha rápida y preparó una pequeña bolsa con ropa cómoda y un neceser para pasar otros dos días en el hospital. Cuando bajó las escaleras y entró en la cocina para tomarse un café, descubrió a Matthew, que se ofreció para llevarla al hospital. Al principio dudó, sabiendo de antemano que a Fiona no le haría gracia la idea de encontrarse con él, pero finalmente aceptó.

Matthew se quedó en el aparcamiento y ella decidió tomarse el café al que había renunciado poco antes. Metió la moneda, accionó el botón de la máquina expendedora y esperó a que su capuchino estuviera listo. Apoyó su cuerpo contra la máquina y cerró los ojos durante unos segundos.

—¿Te encuentras bien? —preguntó una voz a su lado que la sobresaltó.

—Sí, estoy bien —mintió mientras dibujaba una sonrisa en los labios dirigida a Fiona, que había pasado la noche acompañando a su hermano.

—Pues tienes unas ojeras que te llegan a las rodillas —expresó Fiona sincera y preocupada.

—Eres muy amable —replicó Alexia molesta—. Pero de verdad que estoy bien. Puedes irte tranquila —insistió mientras recogía el capuchino de la máquina.

—Vale —aceptó Fiona mientras bostezaba. A pesar de que había intentado dormir algo aquella noche, la silla junto a la cama de Parker era incómoda.

—Matthew te espera abajo —comentó Alexia de pasada, sabiendo que la situación no le gustaría a Fiona. La reacción de su amiga no se hizo esperar.

—¿Por qué no le has dicho que se marchara? —le reprendió esta torciendo el gesto.

—Fiona, tranquilízate, ¿vale? —espetó Alexia, no estaba de humor para discutir con Fiona—. Matthew ha sido muy amable al ofrecerse a traerme, y lógicamente, ha pensado en llevarte de vuelta. ¿Quieres pasar una hora y media de viaje en autobús y hacer un transbordo para llegar a casa? —preguntó elevando una de sus cejas.

«Quizás Alexia tiene razón, estás demasiado cansada», se dijo Fiona mientras se frotaba los ojos con los dedos. «Puedo comportarme como una persona adulta», se convenció antes de aceptar.

—No quiero, iré con Matthew.

—Pues será mejor que bajes o le pondrán una multa.

Alexia observó a Fiona hasta que desapareció tras las puertas del ascensor y dio el primer sorbo a su café, disfrutando del momento, pero una discusión al fondo del pasillo llamó su atención. Al girarse descubrió a dos enfermeras discutiendo frente a la puerta de la habitación 303.

—¿Otra vez la está liando? —dijo Alexia en voz alta antes de dirigirse allí con paso acelerado.

—¿Qué sucede? —preguntó a ambas. En los días que Parker llevaba ingresado aquellas enfermeras se habían convertido en rostros conocidos.

—El señor Mackenzie —expresó la rubia— casi me tira la bandeja de comida encima, no estoy dispuesta a volver a entrar ahí —dijo señalando la puerta entreabierta.

—Lo siento, Helen, pero yo me lavo las manos —replicó la morena mientras se cruzaba de brazos—. Mi turno ha acabado y me largo. —Luego se giró y desapareció por la puerta de

enfermería.

—Morgan... —la llamó Helen, pero su compañera la ignoró—. ¡Maldita sea mi suerte! —farfulló, aún portando la bandeja en sus manos.

Alexia no pudo evitar apiadarse de la joven y para sorpresa de la misma cogió la bandeja de sus manos.

—Tranquila, yo me encargo, estoy acostumbrada a enfrentarme con el dragón —añadió con humor mientras le guiñaba un ojo.

La joven dudó unos instantes, pero finalmente aceptó su ayuda.

—Gracias —pronunció antes de desaparecer con miedo a que Alexia se arrepintiera de su ofrecimiento.

Una sonrisa adornaba sus labios cuando traspasó el umbral de la puerta, pero al escuchar la voz molesta de Parker se le borró de golpe.

—¡No pienso comerme esa bazofia! —exclamó señalando la comida que Alexia traía.

—No me extraña que ninguna enfermera quiera atenderte —concluyó ella dejando la bandeja sobre la mesa junto a la cama.

—Claro, y que tú me llames «dragón» seguro que ayuda —refunfuñó mientras observaba el bol de soslayo.

—¡Oh, por favor! Deja de comportarte como un crío. Vas a comértelo todo y punto.

Parker clavó su mirada en el rostro femenino y achicó sus ojos.

—Estás disfrutando con esto, ¿verdad?

—¿Con qué? —preguntó Alexia haciéndose la desentendida.

—Con la situación, haciendo de mamá oso conmigo.

—Puede ser —respondió Alexia con una sonrisa—. A mí me gusta la sopa de calabaza —dijo mientras cogía la cuchara y la introducía en el bol.

—Pues no te cortes, toda para ti.

—¡Parker! —exclamó amenazante mientras acercaba la cuchara a su boca.

—Solo me comeré esa bazofia a cambio de algo.

—¿Una golosina? —expresó Alexia elevando una de sus cejas.

—No, quiero jugar una partida de póker.

—¿Te han dicho alguna vez que eres muy pesado? —preguntó frunciendo el gesto—. Te he dicho un centenar de veces que no sé jugar.

—Yo te enseñare.

—¿Me tomas el pelo?

—No, *calabacita*.

—¿Calabacita? —repitió ella con el ceño fruncido.

—Si tú tienes derecho a ponerme un apodo, creo que yo también lo tengo.

—Vale, tienes razón, pero centrémonos en la comida.

—Sabes lo cabezota que puedo llegar a ser, ¿verdad?

Alexia elevó sus ojos al techo y deseó mandar al cuerno, pero finalmente cedió.

—Vale, jugaremos, pero abre la boca de una maldita vez.

Dos horas más tarde las cartas estaban situadas sobre las sábanas blancas. Alexia había acabado sentada a los pies de la cama y una gran sonrisa iluminó su rostro cuando colocó las cartas boca arriba.

—¡Te he vuelto a ganar! —exclamó triunfal tras ganar tres manos.

—Es solo cuestión de suerte —replicó Parker ofuscado.

—Quizás la alumna superó al maestro, ¿no crees? —dijo guiñándole pícaramente el ojo, dejando noqueado a Parker sin percatarse.

—Bueno, quizás deberíamos hacer más interesante la partida.

—¿A qué te refieres? No pienso apostar dinero —le advirtió.

—Pensaba en algo más divertido.

—¿Tú, divertido? Esta sí que es buena —exclamó Alexia conteniendo la risa.

—Estoy hablando en serio —dijo Parker molesto.

—Está bien, no te enfades. ¿Cuál es tu idea?

—Quien pierda tendrá que responder a una pregunta del ganador.

Una alerta se encendió en la cabeza de Alexia, pero la ignoró, segura de volver a ganar a Parker.

—Está bien, aunque te advierto que no pienso que tu vida sea demasiado interesante como para formular una pregunta.

—Quizás te sorprendería —comentó él enigmáticamente.

Media hora después, Alexia colocaba las cartas sobre las sábanas, con el rostro triunfal. Disfrutó con la expresión compungida de Parker, pero cuando él dejó las suyas junto a las de ella, su reacción fue muy diferente.

—Trío de ases, Calabacita, ¡He ganado! —exclamó orgulloso.

—No es justo —expresó Alexia furibunda.

—¿Por qué dices eso?

—Estoy segura de que me has dejado ganar para ahora darme el hachazo.

—¡Eh, ha sido el azar! —se justificó Parker elevando sus brazos en el aire.

—Vale, vale —dijo Alexia, aunque no estaba del todo segura de que el azar tuviera nada que ver con lo que había sucedido—. ¿Y ahora qué?

—Quiero mi premio —respondió Parker seguro.

Alexia soltó un sonoro bufido, pero aceptó.

—Está bien, dispara.

—Mi pregunta es la siguiente: ¿qué sucedió para que regresaras?

—¿Y a ti qué te importa? —explotó Alexia molesta.

—Quiero comprender.

—¿Qué quieres comprender?

—Por qué con tu talento has vuelto a Green Village, no lo entiendo.

Alexia dudó durante largos minutos. No le había contado a nadie el porqué de su regreso. A su madre le había dicho que extrañaba su hogar, pero no era verdad. Había huido, esa era la realidad, y no podía evitar sentirse avergonzada.

—No te juzgaré, y mantendré la boca cerrada, te lo juro —expresó Parker al ver la duda dibujada en el rostro de la joven.

Alexia, tras escuchar sus palabras, elevó su rostro, que había mantenido bajo hasta entonces y clavó su mirada en el de Parker. Lo estudió atentamente y encontró algo que le dio la confianza para confesarse.

—Todo iba bien. Me había adaptado a Texas y por fin había encontrado una oportunidad para luchar por mi sueño. Cuando me dieron un puesto en uno de los restaurantes más prestigiosos de la ciudad no podía créemelo, pero allí estaba, trabajando junto al cocinero más reputado de la ciudad, el señor Flamcourt.

—¿Y qué pasó? —indagó Parker.

—Todo se fue al garete cuanto el «afamado» chef decidió que le gustaría meterse en mi cama. Cuando le dije que no, me dejó de patitas en la calle —concluyó con la rabia transluciéndose en su voz.

—¡Qué hijo de perra! —exclamó Parker sin poder controlarse. Si hubiera tenido a ese tipo delante habría estampado su puño contra su cara.

Alexia podía ver la tensión en el rostro masculino, y a pesar de ello, no pudo evitar esbozar una sonrisa enternecida al descubrir que Parker realmente se preocupaba por ella. «¿Qué significa esto?», se preguntó confusa, mientras borraba la sonrisa de sus labios.

Parker no sabía por qué había empezado con aquel absurdo juego. Quizás solo tenía curiosidad, pero ahora que sabía la verdad no sabía si se sentía mejor.

—Tranquilo, eso ya es agua pasada.

—¿Y cómo te sientes?

—Ahora bien, aunque al principio no me tomé demasiado bien la idea de regresar a Green Village. Cuando mamá me habló del empleo en el rancho fue un duro mazazo para mí, no te lo voy a negar.

—Ya sé que soy un ogro —expresó Parker algo molesto.

—Pero eso fue antes de conocerte mejor —intentó rebatir Alexia—. Estos días en el hospital ha cambiado mi opinión sobre ti, pero no te hagas ilusiones —añadió con la necesidad de puntualizar.

Parker la observó sorprendido por sus palabras inesperadas. A él le pasaba lo mismo que a Alexia, ahora que había tenido la oportunidad de conocerla mejor se sentía irremediabilmente atraído por ella.

—¿Y eso es bueno o malo? —preguntó con la imperiosa necesidad de saber qué opinión tenía Alexia sobre él.

—Ni una cosa ni la otra —expresó Alexia enigmáticamente antes de abandonar el lugar que ocupaba a los pies de la cama. Necesitaba salir de aquella habitación—. Voy a tomarme un café. —Y sin más, abandonó aceleradamente la habitación.

Parker se sintió defraudado con la huida de Alexia, pero prefirió no ahondar en ese sentimiento y decidió agrupar las cartas dispersas sobre la cama. Estaba tan concentrado, perdido en sus pensamientos, que no se percató de la entrada de alguien en la habitación.

—Señor Mackenzie —le nombró una voz desde la puerta, y al levantar la vista se encontró con su médico—. Tengo buenas noticias para usted.

—¿De qué se trata? —preguntó curioso.

—Mañana a primera hora le daré el alta. La inflamación ha bajado gracias a la medicación y puesto que no hay fractura de hueso, puede irse a casa. Le daremos un tratamiento y tendrá que respetar al menos una semana más de reposo.

Parker llevaba varios días esperando esa noticia, pero ahora que la recibía no estaba tan contento como habría esperado. Estaba seguro que ya no compartiría los momentos de intimidad que tanto le gustaban con Alexia.

—¿No se alegra, señor Mackenzie? —preguntó el médico confuso con su extraña expresión.

—Por supuesto que sí, doctor —replicó Parker con demasiada celeridad.

—Entonces nos veremos mañana —indicó el hombre antes de abandonar la habitación para seguir con su ronda.

## CAPÍTULO 14

Parker permanecía en su despacho, sentado en un cómodo sofá mientras apoyaba la pierna mala sobre un pequeño taburete. Sobre sus muslos reposaba el ordenador con el que trabajaba, aunque era incapaz de fijar su atención en la tabla de *Excel* frente a sí.

De nuevo Alexia ocupaba sus pensamientos, imposibilitando que pudiera centrarse en lo que debía. Desde que había regresado del hospital su relación había vuelto a mutar. Ahora le trataba fríamente, como antes del accidente, y a pesar de que había intentado acercarse a ella, recuperar la camaradería que compartían, todo había sido en vano.

—¡Maldita sea! —exclamó frustrado mientras cerraba el portátil con más fuerza de la aconsejada.

Matthew, que entraba en aquel momento, se quedó sorprendido ante el comportamiento brusco de Parker.

—No creo que el pobre aparato te haya hecho nada. ¿Qué te pasa? —preguntó preocupado mientras se acercaba a su amigo y ocupaba el pequeño sofá frente a él.

—Nada —mintió Parker, dejando el portátil sobre una mesa cercana. No le apetecía hablar.

Matthew achicó los ojos hasta convertirlos en pequeñas rendijas y tras unos segundos decidió hablar.

—No me mientas, amigo, nos conocemos demasiado bien.

—¿Qué pasa, que no puedo tener secretos? —replicó Parker al sentirse acorralado—. Estoy seguro de que tú también los tienes.

Matthew sintió que un sudor frío recorría su espalda al escuchar sus palabras. «Tiene toda la razón», se dijo, pero no pensaba admitir qué era lo que le estaba escondiendo.

Parker se frotó la frente con los dedos y cerró los ojos durante unos instantes. Estaba demasiado tenso y no era justo pagarlo con Matthew.

—Lo siento, tío, soy un gilipollas.

—Tranquilo, Parker, si no quieres contármelo, no tienes por qué...

—Claro que tengo que hacerlo, eres mi mejor amigo, y quizás si me desahogo me encuentre mejor.

Matthew no estaba seguro de querer saber nada de aquel asunto, pero estaba claro que Parker estaba al límite.

—¿De qué se trata? —preguntó con cautela.

—Es Alexia —respondió Parker escuetamente.

—¿Alexia? —preguntó Matthew confuso—. ¿Habéis vuelto a discutir? —preguntó preocupado.

—No, es mucho peor que eso. En el tiempo que he estado ingresado nuestra relación ha... mejorado hasta un punto peligroso.

A pesar de las enigmáticas palabras de Parker, Matthew entendió a que se refería en una milésima de segundo.

—¿Tú y Alexia? —no pudo evitar preguntar.

—Sí, maldita sea, sí. Me siento atraído por ella y pensaba que ella también, pero desde que volvimos del hospital se ha alejado de mí.

—Vaya —exclamó Matthew sorprendido. Habría esperado cualquier cosa, pero no que Parker se hubiera enamorado de Alexia—. ¿Y qué piensas hacer?

—Dímelo tú, para eso te lo he contado. ¿Qué consejo me das? —preguntó Parker esperanzado.

Matthew meditó sobre la situación, sintiendo que él estaba en la mismo punto que su amigo. «Consejos vendo que para mí no tengo», recordó la frase que tanto le gustaba a su abuela.

—Está bien —comenzó—, creo que deberías intentarlo. Quizás ella se aleja porque tiene tanto miedo como tú, pero si no lo intentas no sabrás nunca lo que podría haber sido.

—Tengo miedo a que me rechace —confesó Parker.

—Todos tenemos miedo.

Parker se frotó la barbilla varios instantes y por fin se decidió. Matthew tenía razón y no se tenía por un cobarde.

—Lo haré, aunque no va a ser fácil —expresó con seguridad.

—Vamos, a ti te encantan los retos —replicó Matthew con una sonrisa.

—Y ahora tú.

—¿Yo? —preguntó Matthew confuso—. ¿A qué te refieres?

—Tu secreto —contestó Parker clavando su mirada en su rostro.

—No sé a qué te refieres.

—Claro que lo sabes, antes no había sospechado que tenías uno, pero conozco cada expresión de tu rostro y el tono de tu voz y ahora estoy seguro de que ocultas algo.

Matthew supo en aquel momento que no tenía sentido seguir posponiendo lo inevitable. No podía seguir ocultando lo que había sentido por Fiona a su mejor amigo ni un minuto más.

—Está bien, tengo que decirte algo que sé que no te va a gustar.

—Te escucho —le incitó Parker.

—Es algo que me cuesta confesarte, sobre todo porque debí hacerlo hace muchos años —comenzó mientras se frotaba la frente.

—Supongo que hace unos cuatro años, que fue cuando se marchó Fiona —indicó Parker con seguridad.

En el hospital había tenido mucho tiempo para pensar. Sin percatarse, los recuerdos y sucesos se hilaron en su cabeza dando forma y sentido al comportamiento extraño de su hermana y su mejor amigo. Y había esperado pacientemente a que él diera el primer paso y hablara sobre el asunto.

Matthew clavó su mirada en el rostro de Parker, intentando descubrir en su expresión cuál sería su reacción. Su amigo siempre había sido muy intuitivo, pero nunca hubiera imaginado que fuera adivino.

—¿Me equivoco? —insistió Parker, deseando escuchar la respuesta.

—No, no te equivocas. Hace cuatro años me enamoré de Fiona. Me resistí con todas mis fuerzas —intentó excusarse—, pero no lo logré y acabé loquito por ella.

—¿Y ella te correspondió?

—Sí, lamentablemente sí.

—¿Y qué pasó? —indagó Parker.

—Fueron las mejores semanas de mi vida, pensaba confesarte lo que sentía, dispuesto a enfrentarme a ti si era necesario para estar con la mujer que amaba, pero entonces... —Parker fue testigo de cómo su rostro se ensombrecía— Florence se cruzó en mi camino y...

—Y dejaste a mi hermana. —Parker acabó la frase por él.

Ambos permanecieron en silencio largos minutos. Matthew expectante ante la reacción de Parker, y este asimilando toda la información.

—Lo siento, Parker, no pude evitar enamorarme —se disculpó Matthew.

—Matthew, no deberías hacerlo —replicó Parker—, nadie elige a quién entrega el corazón.

—Pero era tu hermana pequeña... —intentó rebatirle.

Una sonrisa se dibujó en los labios de Parker.

—Sí, es mi hermana, pero yo no soy su dueño. No soy nadie para decirle qué debe hacer o no con su vida. Y si te eligió a ti, te aseguro que lo hubiera respetado, incluso celebrado, porque eres el mejor hombre que conozco. Ahora espero que soluciones esto, porque estoy seguro de que aún sigues enamorado de ella. ¿No es verdad? —indagó Parker, clavando la mirada en su rostro con intensidad.

—Eso fue hace mucho tiempo.

—El tiempo es lo de menos —insistió Parker perdiendo los nervios—. ¿La quieres o no? —presionó.

—Sí, aún la quiero —confesó Matthew.

—¡Pues lucha por ella! —le exigió.

—¡Joder, Parker, no digas gilipolces! —explotó Matthew—. Te repito, eso fue hace años, no tengo nada que hacer. Fiona nunca me perdonará.

—No te tengo por un cobarde. Si no lo intentas, no lo sabrás. Todo va a salir bien —intentó tranquilizarle.

—¿Y si no? —rebatió Matthew.

—Si eso pasa, no creo que estés peor que ahora —replicó Parker con seguridad.

Matthew meditó sobre las palabras de Parker, y sin percatarse una leve sonrisa asomó a sus labios.

—Lo pensaré —concedió.

—Con eso me basta.

\*\*\*

Nina revisaba su libreta e iba tachando cosas de su lista. Ahora se arrepentía de haber aceptado hacerse cargo de la organización de la fiesta de Halloween, pero ya no había marcha atrás. «Vamos, nena, tu puedes con esto y con más», se animó mentalmente.

—¿Cómo va todo? —preguntó la señora Evanston a Nina, que estaba sentada en un banco frente al ayuntamiento.

Nina levantó la mirada de la libreta y la clavó en la mujer responsable del berenjenal donde se encontraba. Con esfuerzo, dibujó una sonrisa en sus labios y respondió:

—¡Genial! Todo va como la seda.

—Me alegro —dijo la mujer—. ¿Has comido algo? —preguntó con preocupación.

—Estaba a punto de hacerlo —dijo señalando el sándwich que reposaba a su lado en una bolsa de plástico.

—Está bien, bonita, no te molesto más, tengo mil cosas por hacer —concluyó la señora Evanston antes de alejarse con paso acelerado, cosa que Nina agradeció.

—¿Te has olvidado de que me debes un café? —preguntó la voz de Alexia a su espalda.

—¿Hoy? —indagó Nina girando su rostro para descubrir la sonrisa de su amiga—. No puedo, estoy hasta arriba.

Alexia se sentó a su lado y le tendió un vaso de plástico con una sonrisa cómplice.

—Lo imaginaba, por eso vine al rescate.

—Gracias —dijo Nina agradecida dando un sorbo al café antes de que el sonido de su móvil la sobresaltara.

—¡Estoy hasta el moño! —exclamó antes de contestar a la llamada—. Hola, David... —el sonido de la voz al otro lado de la línea logró que el rostro de Nina, hasta entonces sonriente, cambiara drásticamente—. No me fastidies, David, me lo prometiste —un nuevo silencio—. Está bien, pero esta te la guardo —le advirtió antes de colgar la llamada.

—¿Qué pasa? —preguntó Alexia preocupada.

—David Salt me ha dejado tirada. Tenía que estar en el pasaje del terror, pero el muy capullo se ha rajado —dijo frustrada—. ¿Y ahora qué voy a hacer?

—Llama a Rony, estoy seguro de que estaría encantado.

Nina meditó sobre sus palabras unos instantes.

—Tienes razón, es algo friki.

—Cómo te pasas —le reprochó Alexia.

—Puede ser, pero tengo que apañarme con lo que tengo. Por cierto, ¿me puedes hacer un favor?

—Nina, me das miedo cuando pones esa mirada.

—Tengo que hacer unas quince calabazas para el atrezo y encargar varias tartas. ¿Me ayudarás? —rogó con una mirada capaz de derretir un iceberg.

—¡Nina! Faltan tres días para Halloween.

—Lo sé, lo sé, pero tú eres una experta cocinera, y yo no. ¿Quieres que intoxique a medio pueblo?

—Eres una chantajista —respondió Alexia.

—Pero me vas a ayudar, ¿verdad?

—Sí —aceptó Alexia a regañadientes.

—¿Sabes que eres un amor? —dijo Nina antes de estampar un sonoro beso en la mejilla de Alexia.

—Y tú una zalamera. Y ahora tengo que irme —dijo abandonando el banco—, tengo que hacer la compra.

—Vale, mañana mando las calabazas al rancho.

—Está bien —respondió Alexia mientras le tiraba un beso con la mano antes de caminar aceleradamente al supermercado.

## CAPÍTULO 15

Fiona estaba entusiasmada ante la llegada de los muebles al hostel. Había decidido almacenarlos en el sótano, donde había más espacio para restaurarlos. El día anterior había puesto el cartel de cerrado y no podía negar que había tenido una sensación de vértigo, pero estaba decidida a darle un nuevo aire a su negocio.

Tampoco había sido fácil convencer a Pauline para que se tomara unas semanas de vacaciones, pero gracias a una amiga de Dallas, que trabajaba en una agencia de viajes, había conseguido una estancia en Florida para la cocinera, que no se había podido negar.

Aquella mañana se había levantado con muchas energías. Se había puesto unos viejos jeans y un jersey azul y tras peinar su larga melena había optado por una coleta alta para estar más cómoda. El día anterior había ido a la ferretería de Freeman y había comprado varias herramientas, entre ellas una fabulosa lijadora de disco.

Estaba bebiendo un zumo de naranja cuando escuchó el sonido de un camión a la entrada. Dejó el vaso en la pila y corrió hacia la entrada para salir como una exhalación, pero toda su alegría se esfumó al descubrir a Matthew cargando la cómoda que tanto le había gustado con uno de los empleados de la empresa que había contratado para trasladar los muebles.

«¿Qué demonios hace él aquí?», se preguntó cruzando los brazos sobre su pecho inconscientemente.

—Buenos días, señorita Mackenzie —dijo el empleado que ayudaba a Matthew con el voluminoso mueble—. ¿Dónde quiere que dejemos los muebles?

—En el sótano —replicó Fiona.

—Pues allá vamos —dijo el hombre jovial, pero se paró en la acción de volver a coger el mueble cuando Fiona tomó la palabra.

—Matthew, ¿podemos hablar? —preguntó, no quería discutir con él delante de los empleados.

El aludido dudó, estaba claro que a Fiona no le había hecho ni pizca de gracia su presencia. Le había parecido una buena idea cuando Parker le había animado a ir a llevar los muebles al hostel, pero ya no estaba tan seguro de ello.

—Por supuesto, en cuando bajemos esto —dijo en alusión a la cómoda.

Fiona asintió, y cuando ambos desaparecieron, centró su atención en los otros dos trabajadores, que en aquel momento descargaban otra pieza. Estaba apoyada en la barandilla del porche cuando la voz de Matthew la sobresaltó.

—Ya estoy aquí.

Fiona tomó aire, lo retuvo en los pulmones y, tras cuadrarse de hombros, se giró dispuesta a enfrentarse a él.

—Ya lo veo, pero no entiendo el porqué —atacó directa.

«Esto ha sido una pésima idea», pensó mientras se frotaba la nuca con nerviosismo. «Aunque ya no hay marcha atrás», se intentó animar.

—He decidido venir con los chicos para asegurarme de que los muebles no sufrían ningún percance.

—Eres muy amable —replicó con esfuerzo—, pero no hacía falta. Yo sola puedo apañarme.

—Bueno, siento haberte molestado —dijo Matthew contrariado—. Voy a seguir para salir de tu vista lo antes posible —concluyó antes de girarse con virulencia y caminar con paso firme hasta el camión.

Fiona se mordió el labio inferior al ver su cuerpo tenso. «Me he pasado», se recriminó. «Matthew solo pretendía ayudarte, ¿no puedes comportarte como una persona adulta y dejar el pasado atrás?», se preguntó mientras entraba en la casa dispuesta a preparar limonada fresca para cuando los hombres terminaran con la faena.

Una hora después, los trabajadores, tras degustar el refrigerio preparado por Fiona, se fueron. Después de dejar los vasos en el lavavajillas decidió ir a inspeccionar el sótano para asegurarse de que no se habían olvidado nada. Para su sorpresa descubrió que no estaba sola: Matthew encontraba allí, organizando los muebles, colocándolos pegados a la pared para dejar un espacio de trabajo en el centro.

Decidida a ignorarlo, comenzó a observar uno a uno los enseres. Cuando dio una vuelta completa a la «u» formada por los mismos, se percató que faltaba la cama de hierro forjado. Aquel mueble era al que más estima le tenía y a pesar de su intención de no dirigir la palabra a Matthew, no lo consiguió.

—¿Y la cama? —preguntó con voz fría.

Matthew, que estaba a punto de abandonar el sótano, se giró al escuchar la voz de Fiona, que tenía la mirada clavada en él con intensidad.

—Estaba demasiado mal como para poder restaurarla.

Fiona se acercó hasta él con paso acelerado.

—¿No la habrás tirado? —preguntó con el corazón en un puño.

—No, la dejé donde estaba.

—¿Quién te crees que eres para tomar decisiones que no te competen? ¿Por qué no dejas de meterte en mis asuntos de una maldita vez?

—¿Siempre tienes que discutir conmigo? —respondió Matthew con otra pregunta. Cuando había hablado con Parker había llegado a pensar que su amigo tenía razón, que quizás había esperanza, pero estaba claro que no.

—No me culpes a mí, eres tú el que no deja de provocar y encender lo peor de mi genio. Quiero esa cama aquí a primera hora de la tarde —ordenó Fiona tajante.

Matthew había intentado controlar su enfado hasta el momento, pero la paciencia no era algo que le caracterizara.

—No soy uno de tus empleados, no puedes darme órdenes.

—¡Agggh! Me desquicias los nervios —expresó Fiona mientras apretaba los puños a los costados y daba un pequeño saltito fruto de la frustración—. Te divierte fastidiarme, ¿verdad?

—Preferiría hacer algo muy distinto a fastidiarte —confesó Matthew con honestidad, imaginándose besando aquel morrito que formaban en aquel momento los labios de Fiona.

Fiona volvió a fijar su mirada en el rostro masculino y se sorprendió al encontrar una mirada traviesa y unos labios que le sonreían ladinamente. Se sintió desconcertada ante la extraña situación.

—Prefiero no saber a qué te refieres —dijo, dispuesta a huir escaleras arriba, pero él se lo impidió.

—¿Tienes miedo? —la retó Matthew, notando cómo el cuerpo de Fiona temblaba ligeramente. «Quizás no todo está perdido», se dijo, recuperando las esperanzas que segundos antes había perdido.

—¿De ti? —preguntó Fiona elevando su rostro para no sentirse intimidada por la altura de Matthew.

—No, de lo que te hago sentir. Te he visto temblar.

—¡Eso es mentira! —mintió Fiona, apartándose inconscientemente.

—¿Sabes lo que me gustaría hacer en vez de discutir contigo? —insistió Matthew, acortando la distancia que ella había puesto entre ambos.

—No lo sé, ni me interesa —replicó Fiona, percatándose de que su espalda chocaba con una viga, impidiéndole seguir retrocediendo—. Déjate de ya de jueguecitos —le advirtió, mientras buscaba una posible vía de escape.

—Fiona, no estoy jugando —dijo Matthew olvidando su humor anterior.

La aludida no sabía si la asustaban más sus ganas de jugar, con aquella mirada pícaro clavada en su rostro, o la actitud seria que ahora dominaba su expresión.

—Matthew, no es una buena idea —dijo cuando él se cernió sobre ella, colocando sus labios a escasos centímetros. Podía sentir su aliento sobre sus mejillas y cómo el pulso se le aceleraba.

—Pues yo pienso que es la mejor del mundo —replicó Mathew antes de atrapar los labios femeninos entre los propios.

Fiona pensó en resistirse, pero se quedó en eso, en un pensamiento, porque su cuerpo actuaba por cuenta propia. Debería haber cerrado la boca, rechazado la caricia, pero cuando la lengua masculina lamió su labio inferior su cabeza dejó de pensar y solo pudo sentir. Todo su cuerpo tembló como no lo había hecho desde hacía cuatro años a pesar de haber conocido a otros hombres. Cuando sus grandes manos atraparon su cintura y descendieron hasta su trasero, una corriente eléctrica recorrió su cuerpo. «Tienes que detenerle», se ordenó mentalmente, pero sus propias manos actuaban por cuenta propia y ya avanzaban por el amplio pecho masculino.

Matthew se sentía en la gloria degustando a Fiona. Nada había cambiado, su sabor era el mismo y seguía subyugándole. Cuando sus lenguas se unieron y las manos femeninas empezaron a reptar por su pecho, un zumbido muy conocido comenzó a presionar sus sienes a la vez que una parte de su cuerpo comenzó a engrosarse. Viendo que Fiona estaba más que dispuesta, se atrevió a dar el siguiente paso en su avance y metió sus dedos entre el ajustado pantalón vaquero y la suave piel de las lumbares de ella para descender hasta su redondeado trasero.

Din, don, din, don... El sonido del timbre sacó a ambos de la marea de la pasión que los envolvía y, para desilusión de Matthew, Fiona se apartó y le observó con ojos desorbitados, asustada por lo que acababa de suceder.

—Tengo que abrir —pronunció la joven antes de salir prácticamente corriendo por las escaleras del sótano.

—¡Mierda! —exclamó Matthew molesto mientras la seguía a corta distancia.

Fiona se sintió aliviada mientras se detenía frente a la puerta. Notaba la respiración acelerada y el corazón latiendo atropelladamente contra su pecho, pero a salvo de él. «¿De verdad ha sucedido?», se preguntó incrédula, aunque la prueba la tenía en sus labios, hinchados por los besos de Matthew, que gracias a su barba de varios días habían dejado su piel irritada.

El timbre volvió a sonar y abrió con premura. Se quedó desconcertada al descubrir la presencia de Hannah y Ryan. «Mierda, ¿ya es viernes?», se preguntó, percatándose de que se le había pasado la semana volando.

—¿No vas a invitarnos a entrar? —preguntó Hannah con una amplia sonrisa al ver el

desconcierto de su prima. Estudiando más atentamente su aspecto descubrió sus mejillas sonrojadas y sus labios rojos, y no por el pintalabios.

—Claro, por supuesto —expresó Fiona apartándose a un lado para dar paso a la pareja—. No voy a mentir, pensaba que veníais mañana —dijo antes de abrazar cariñosamente a su prima.

—Entonces, ¿volvemos mañana? —dijo Ryan con humor antes de dar a Fiona un abrazo de oso.

—Claro que no, tengo la habitación preparada. ¿Habéis ido ya a ver a la abuela?

—No, queríamos dejar antes las maletas y comer algo.

—Iremos al restaurante de Jane... —dijo Fiona, no tenía nada en la nevera, pero cuando iba a disculparse por dicha situación, la voz de Matthew cortó su discurso.

—También podríais ir al rancho, estoy seguro de que Alexia habrá hecho carne de sobra.

Fiona se giró como un resorte y se encontró frente a frente con él, el culpable de todas sus desdichas. Le hubiera gustado decirle nuevamente que se metiera en sus asuntos, pero no quería dar un espectáculo delante de su prima y su marido.

—¡Matthew! —exclamó Hannah ilusionada mientras se acercaba a él y se abrazaban fuertemente—. Hace una eternidad que no nos vemos.

—Hannah, estás fantástica —expresó Matthew apartando a la joven de su cuerpo y clavando su mirada en su rostro iluminado—. ¿Y qué te ha hecho regresar a este pequeño pueblo perdido de la mano de Dios? —preguntó con humor.

—Vigilar a esta pequeñaja —indicó Hannah, sabiendo que en aquel momento su prima estaba con el ceño fruncido por sus palabras. Observó atentamente el aspecto de Matthew, el mejor amigo de su primo, y con el que había pasado muy buenos momentos al compartir el mismo grupo de amigos en su adolescencia, y no le pasó desapercibido su pelo revuelto y la humedad de sus labios. «¿Qué está pasando aquí?», se preguntó, curiosa.

—Y supongo que este debe ser tu marido —indicó Matthew clavando su mirada en el rostro de Ryan, que parecía demasiado atento a su presencia. Si no resultara ridículo, juraría que lo que leía en sus ojos eran celos por la confianza que mostraba con Hannah.

—Sí, soy el afortunado —replicó el aludido—. Ryan Fitzpatrick —se presentó mientras le tendía su mano.

—Matthew Callaghan —replicó a su vez Matthew apretando fuertemente los dedos de Ryan.

—Matthew, ¿no tenías trabajo que hacer en el rancho? —expresó Fiona sin poder contenerse ni un segundo más, necesitaba que Matthew desapareciera de su vista y cuanto antes, mejor.

Hannah, que había estado pendiente de la presentación entre su marido y Matthew, se quedó de piedra ante el comportamiento descortés de Fiona, y tras mirar alternativamente a su prima y a Matthew, una luz se encendió en su cabeza.

—Cariño —dijo girando su rostro y sonriendo a su marido—, ¿por qué no subes las maletas a la habitación y te adelantas tú al rancho con Matthew? Luego iremos Fiona y yo, necesito cambiarme, estoy helada —dijo en alusión a su rebeca, demasiado ligera.

Ryan observó a su esposa con sospecha, estaba claro que quería deshacerse de él para quedarse a solas con su prima.

—Claro, cariño —replicó sumiso—. Pelirroja, ¿en qué piso está? —preguntó directamente a Fiona.

—En el tercer piso, es la suite.

—¿Y no hay ascensor? —preguntó, aunque ya sabía la respuesta. Se veía subiendo varias

veces aquellas escaleras con las múltiples maletas que Hannah había insistido en que necesitaban.

—¡Oh, vamos, bombero! —replicó Fiona con humor—. No creo que te venga mal subir unas cuantas escaleras.

Matthew no se sintió cómodo con la camaradería que compartían Fiona y aquel hombre, aunque en el fondo sabía que la sensación que recorría su cuerpo eran los celos.

—Yo te ayudo —se ofreció, deseando salir de allí cuanto antes.

—Gracias —replicó Ryan agradecido mientras abría la puerta a su espalda, la que poco antes había atravesado.

## CAPÍTULO 16

Hannah vio desaparecer a los dos hombres tras la puerta y se giró para clavar la mirada en su prima, que parecía algo más recompuesta. Estaba claro que algo sucedía y no cejaría en su empeño en descubrir lo que era.

—¿Quieres un café? —ofreció Fiona, deseando que la mirada inquisitiva de su prima dejara de atravesarla.

—Claro, me vendría genial. No sé por qué se queja tanto —expresó Hannah en alusión a su marido mientras seguía a su prima a la parte trasera del hostel, donde se encontraba la cocina—, si solo son tres maletas, alguna bolsa y el trasportín de Maggie.

—¡Ay, mi dulce cachorrita! —dijo Fiona. Había extrañado mucho al minino—. Estoy deseando achucharla. ¿Te apetece un café? —preguntó servicial.

—Sí, gracias. ¿De verdad que no te importa que se quede con nosotros en la habitación? —preguntó Hannah preocupada—. Si quieres la puedo llevar al rancho de Parker...

—¡Ni hablar! —exclamó Fiona con más énfasis del pretendido.

Hannah, que se había sentado en una silla próxima mientras Fiona preparaba el café, se quedó sorprendida ante su reacción. Estaba claro que su prima estaba más tensa que una cuerda, y ahora sospechaba que el responsable era Matthew. Necesitaba saber qué pasaba, y pronto.

—Fiona, ¿qué está sucediendo? —preguntó directa, como era su costumbre, dejando a su prima noqueada.

—Nada —mintió Fiona, intentando que sus manos dejaran de temblar.

—Oh, por favor, Fiona. A mí no puedes mentirme —dijo Hannah con seguridad.

Fiona guardó silencio mientras su cabeza buscaba algo que decir.

—No pierdas tu tiempo inventando una mentira —le dijo Hannah—, recuerda que te conozco mejor que tú misma. ¿Qué sucede entre Matthew y tú? —inquirió directa, no pensaba andarse por las ramas.

Un gran estruendo se extendió por la cocina cuando la lata de café cayó de las manos de Fiona, que observó a Hannah con espanto. Adoraba a su prima, había sido así desde su más tierna infancia. Cuando había ido a Dallas, Hannah la acogió como a una hermana y era su mejor amiga, su confidente, pero nunca le había confesado su relación con Matthew y cargaba con esa culpa desde entonces.

—¿Estás bien? —preguntó Hannah preocupada mientras se acercaba a encimera para ayudar a Fiona a recoger los restos del café con un trapo.

—¿Cuándo lo has sabido? ¿Quién te lo ha contado? —preguntó Fiona con desconfianza.

Las palabras de Fiona dejaron desconcertada a Hannah. «¿Cuánto tiempo?, está claro que aquí hay algo más de uno simple escaqueo surgido a su vuelta».

—Eso es lo de menos —dijo Hannah para ganar tiempo—, lo importante es por qué no me lo contaste tú.

Fiona, ajena a la táctica de su prima, se frotó la frente con los dedos y cerró los ojos durante unos segundos antes de responder.

—Todo empezó hace mucho tiempo, era apenas una cría y me gustaba el mejor amigo de mi hermano. Nunca pensé que me haría caso y cuando lo hizo tuve miedo de contárselo a alguien por miedo a que él se alejara...—Fiona siguió relatando su historia de amor con Matthew de un tirón, como si llevara demasiado tiempo deseando confesarse.

Hannah escuchaba atentamente cada una de sus palabras, intentando disimular su sorpresa. Sabía que su prima siempre había ocultado algo, a pesar de mostrarse abierta a relaciones que al final no la llevaban a ninguna parte. Ahora comprendía el porqué, su corazón seguía perteneciendo a Matthew. Solo habló cuando Fiona se silenció para tomar algo de aire tras su larga parrafada.

—Y si dices que ya no sientes nada por él, que eso solo es el pasado, ¿por qué os estabais besando cuando llegamos? —preguntó Hannah.

Fiona soltó un largo suspiro y notó que sus mejillas se coloreaban. Había creído que su prima no se había percatado de nada, pero parecía que se equivocaba. «¿Y qué más da ya?, Hannah ya sabía todo».

—Fue él quien me besó —se defendió.

—Y tú le respondiste —replicó Hannah segura.

—Pero... —intentó rebatirle Fiona, pero Hannah no se lo permitió.

—Fiona, deja de engañarte, sigues tan enamorada de Matthew como hace cuatro años. Deja de negar lo evidente.

—¿Y de qué sirve admitir que me siento atraída por él?

—Las dos sabemos que es algo más que físico, como te he dicho antes; aún amas a ese hombre. Recuerda que ningún otro ha logrado que asientes la cabeza, y eso es porque tu corazón, el corazón de Fiona, estaba aquí, en Green Village.

—Pero él...

—Por el amor de Dios, Fiona, según tú; te estaba besando. Deja atrás el pasado y construye un futuro. Recuerda a Lindsay —pronunció Hannah con tristeza—, ella no tuvo esa oportunidad y no te perdonaría que tú no aprovecharas la tuya de ser feliz.

—Eso ha sido un golpe bajo —le reprochó Fiona.

—Lo sé, pero necesitas un baño de realidad. Y ahora sírveme ese café que me prometiste y salgamos al rancho.

—Está bien —replicó Fiona rindiéndose.

\*\*\*

Alexia se mordía el labio inferior mientras creaba una boca terrorífica con el cuchillo sobre la calabaza que poco antes había vaciado. Era la quinta que completaba y ya se arrepentía de haberse comprometido con Nina para llevar las calabazas que decorarían el escenario que estaban montando los carpinteros en la plaza del pueblo.

El pitido del horno la alertó y dejó el cuchillo sobre la encimera antes de abandonar la banqueta frente a la isla para comprobar que el asado estaba listo. Observó a través del cristal y descubrió la piel dorada de la carne.

—En su punto —dijo en voz alta antes de girar el botón para apagar el electrodoméstico—. Ahora solo falta la guarnición —dijo antes de aproximarse a la olla donde cocían las verduras.

—¿Qué demonios está sucediendo aquí? —preguntó una voz a su espalda, e inmediatamente su ceño se frunció.

—Nada —replicó Alexia enfrentándose a Parker, que parecía ofuscado, su estado habitual.

Apenas recordaba haberle visto sonreír nunca.

—¿Nada? —rebatío Parker mientras señalaba con su mano la mesa de la cocina, donde estaban situadas las calabazas acabadas y las que estaban a medias.

—Vamos, ¿qué problema hay? —indagó Alexia aproximándose a la misma, interponiéndose entre ella y Parker, temiendo que él tirara algo y estropeará su trabajo.

—Que tenemos invitados —informó Parker, preparándose para el mal genio de Alexia. Realmente no le enfadaba que ella se estuviera ocupando de los detalles decorativos de Halloween, pero la mejor defensa era un buen ataque.

—¿Qué? —expresó Alexia con voz incrédula mientras abría sus ojos desmesuradamente—. Es broma, ¿verdad?

Parker clavó su mirada en el rostro ovalado en Alexia, y descubrió que sus ojos marrones desprendían chispas. «Sí, definitivamente se va a montar una gorda, y todo gracias a Matthew», rumió para sí mismo.

—¿Me vas a contestar? —insistió Alexia.

—No tengo por qué darte explicaciones —respondió él.

Alexia apretó los puños a los costados, sintiéndose más frustrada que nunca en su vida. «Eres el hombre más odioso que he conocido en mi vida».

—Bueno, teniendo en cuenta que soy la cocinera, creo que sí deberías —dijo con voz cargada de ira—. Quizás no haya asado para todos.

—Aún no te he dicho cuántos seremos, además, sé perfectamente la carne que traje esta mañana.

—¿Entonces te vas a encargar tú? —indicó elevando una de sus cejas.

—No, lo vas a hacer tú —dijo señalándola con un dedo autoritariamente.

—No soy uno de tus sucios vaqueros —replicó Alexia.

Parker fijó su mirada en Alexia, que vestía unos gastados *jeans*, en aquel momento llenos de manchas de la carne de la calabaza. Completaba el conjunto un jersey fino de color rosado que también estaba decorado con pequeñas manchas de salpicaduras. Normalmente mantenía a raya su cabello oscuro en una coleta alta, pero en aquel momento estaba algo revuelto, con varios mechones sueltos enmarcando su rostro.

—Pues no veo tanta diferencia entre ellos y tú —dijo en alusión a su actual aspecto desaliñado.

Alexia no lo pensó, lo hizo en un acto reflejo: cogió la tarta que había sacado aquella mañana del horno y la estampó contra el rostro sonriente de él.

—¿Qué demonios has hecho? —dijo Parker mientras se limpiaba los restos del pastel de la cara con ambas manos antes de clavar su mirada en el rostro divertido de Alexia. Era la primera vez que veía esa expresión en su rostro, y se quedó sin aliento al percatarse de lo hermosa que estaba cuando sonreía.

—Darte a probar el pastel que tenía reservado para el postre. ¿Te ha gustado? —preguntó juguetonamente.

—No estoy seguro —respondió Parker con una sonrisa diabólica en los labios que sorprendió a Alexia, pero no tanto como lo que sucedió a continuación.

El hombre se aproximó a Alexia, que al percibir su cercanía retrocedió hasta que sus muslos chocaron con la mesa, deteniendo sus pasos. Apoyó sus manos sobre la superficie de madera y clavó su mirada en sus intensos ojos azules, que parecían divertidos.

—¿Qué tal si la pruebas? —pronunció Parker antes de alargar su mano, repleta de los restos

de la tarta, y restregarla por las mejillas femeninas.

—¡Parker para! —suplicó Alexia mientras elevaba una de sus manos para aferrar la muñeca masculina para que dejara de embadurnar su rostro.

Con su gesto perdió el equilibrio. Se imaginó cayendo sobre las calabazas situadas sobre la mesa, pero una amplia mano masculina se situó sobre su espalda y la sostuvo. Elevó su mirada y descubrió el rostro de Parker a pocos centímetros del propio.

—Me encanta la calabaza —susurró Parker con voz áspera y seductora antes de atrapar los labios femeninos entre los propios, disfrutando de su sabor, aderezado con el de la tarta.

Alexia notaba su corazón acelerado dentro de su pecho a causa de la invasión de la lengua masculina. Sabía que debía apartarse, rechazarle, pero aquel beso era demasiado intenso, salvaje y maravilloso para poder resistirse.

Parker no sabía por qué se había comportado como lo había hecho, había sido algo impulsivo, pero ahora que tenía a Alexia entre sus brazos no se arrepentía. Había intentado ignorar con todas sus fuerzas la atracción que sentía por ella, pero había perdido la batalla. «Quiero más de ti, lo quiero todo», se dijo mientras sus manos recorrían su espalda por debajo de su jersey.

—Parker —pronunció Alexia como una súplica, tras apartarse unos centímetros de sus labios.

—¿Sí? —replicó el aludido, perdido en la bruma de la pasión.

—He oído un coche en la entrada —pronunció a regañadientes. Quería acabar con lo que habían empezado.

Parker, tras escuchar sus palabras, se sintió más que frustrado. De mala gana se apartó de Alexia y la ayudó a incorporarse, casi habían acabado tumbados sobre la mesa.

—¡Maldita sea! —exclamó para poder desfogar su frustración.

—La culpa es tuya —dijo Alexia sorprendiendo a Parker—. Te dije que era una pésima idea tener invitados.

El aludido estalló en sonoras carcajadas tras escuchar sus palabras. Le hubiera encantado tomarla nuevamente entre sus brazos, pero el ruido de la puerta principal al abrirse le hizo cambiar de opinión.

—Voy a cambiarme —dijo mientras se dirigía hacia la escalera que daba a la parte superior.

—¿Y me dejas aquí con todo el marrón? —preguntó Alexia con voz estridente mientras señalaba su ropa, que estaba más pringosa que antes—. Eres un cobarde —le recriminó molesta.

—Te juro que te compensaré, Calabacita —respondió Parker con humor antes de desaparecer por la escalera.

## CAPÍTULO 17

Alexia cargaba la última caja en la parte trasera de la camioneta antes de fijar la mirada en su reloj de pulsera para comprobar que se le había hecho tarde. Hacía media hora que debería haber llegado al ayuntamiento para entregar a Nina las calabazas. Comprobó nuevamente su carga y cerró la puerta con un sonoro portazo antes de encaminarse al asiento del conductor, cuando una voz a su espalda la retuvo.

—No me lo puedo creer —expresó Parker al ver el disfraz que había elegido Alexia para aquella noche.

Cuando la joven se giró pudo estudiar con más atención su atuendo y no podía negar que le gustaba lo que veía. Sus largas piernas iban enfundadas en unas medias de rayas negras y naranjas, aderezadas con unos altos tacones negros. Su exiguo vestido era de un tejido de raso de color naranja fulgurante ajustado a su pecho, donde estaban dibujados los ojos y la sonrisa diabólica. Los tirantes eran de un verde brillante, pero lo que le daba gracia al traje era la falda en forma abombada imitando la forma voluminosa de la calabaza. Su cabello oscuro iba recogido en un moño y adornado por una diadema de tul formando rosetas naranjas. Estaba espectacular.

—Parker, no tengo tiempo para tonterías —dijo Alexia mientras se ponía una rebeca negra que había rescatado del coche para evitar el frío de la noche. No quería deslucir su disfraz.

Iba a ser difícil olvidar el escrutinio al que la había sometido Parker durante un minuto que le pareció eterno. Ahora se arrepentía de su elección cuando había clikeado la compra en una conocida página de internet. A su pesar, su cuerpo había vuelto a temblar como cuando la había besado un par de días antes. Desde entonces había logrado evitarle, pero parecía que su buena suerte se había agotado.

Parker se acercó a ella y la acorraló entre el coche y su cuerpo.

—Pues tendrás que conseguir ese tiempo, tenemos que hablar.

Alexia notó que su corazón se aceleraba en su pecho gracias a su cercanía y la forma en que pronunció aquellas palabras.

—No tenemos nada de qué hablar —replicó con esfuerzo. La colonia masculina había poblado sus fosas nasales y sus piernas temblaron ligeramente. «¿Por qué demonios me siento atraída por ti?», se preguntó molesta consigo misma.

—Pues yo creo que sí, sobre lo que ocurrió el otro día en la cocina. Llevas días evitándome y eso no sé si es bueno o malo —expresó Parker sus dudas.

—No recuerdo nada —negó Alexia con nerviosismo, apartándose de él unos centímetros, no tenía mucho más espacio.

Parker colocó las palmas de sus manos a ambos lados del rostro de Alexia y sonrió ladinamente. «Me encantas, Calabacita», se dijo, como llevaba pensando desde el día de su accidente. Al principio se había cuestionado lo que le había hecho sentir la preocupación de la joven por su persona cada día que había pasado junto a su cama cuidándole. Había sido algo único y especial sentirse protegido por ella teniendo en cuenta que su relación no había sido demasiado buena desde su llegada. Ahora no tenía dudas, se sentía irremediabilmente atraído por ella, y no solo porque fuera una mujer atractiva, si no porque le encantaba su ímpetu, su fuerza y, por qué no, su mal carácter.

—Si quieres puedo refrescarte la memoria —dijo Parker mientras acortaba la distancia que los separaba, quedando a escasos milímetros de sus labios.

—¡Vale, vale! —exclamó Alexia, colocando la palma de sus manos sobre sus hombros intentando detenerle—. Me acuerdo, pero solo fue un arrebato, un simple beso, no tenemos por qué darle importancia.

—No te engañes, Calabacita, tiene mucha importancia.

—Está bien, podemos hablarlo, pero ahora tengo que llevarle a Nina las calabazas y las tartas. —Alexia podía notar el aliento de Parker sobre su mejilla, y cada vez le resultaba más difícil resistirse a lo que su propio cuerpo necesitaba.

Parker no quería hablar más y sin dudar atrapó los labios femeninos de forma feroz, penetrando con su lengua en su cavidad. Nada más probar su sabor se sintió en la gloria, pero quería más y con necesidad mal disimulada atrapó su cintura entre sus manos y la pegó aun más a su cuerpo.

Cuando Parker poseyó sus labios y sus lenguas se encontraron, Alexia dejó de pensar e incluso de respirar. Pero lo que de verdad la desarmó fue cuando sus manos entraron en contacto con su cuerpo. Cuando la estampó literalmente contra su ancho pecho se sintió avergonzada al percatarse de que tenía los pezones enhiestos gracias a la acción del frío de la noche.

Con esfuerzo, Parker la separó de su cuerpo, que estaba a punto de explotar por la necesidad de ella.

—Vamos dentro —susurró contra sus labios con voz enronquecida.

Alexia, rendida, apoyó la frente contra el pecho de Parker. Estaba deseando hacer lo que él le pedía, pero tenía que cumplir con su palabra.

—Tengo que ir al ayuntamiento —rebató con desgana.

—No te preocupes por eso —dijo Parker con seguridad.

Alexia elevó la cabeza y clavó su mirada en Parker, que la sonreía de aquella forma que lograba que su estómago diera un vuelco de ciento ochenta grados. Él, con total parsimonia sacó su móvil del bolsillo trasero de su pantalón y tras fijar en la pantalla su mirada durante unos segundos, colocó el aparato junto a su oído.

—Matthew, necesito que me hagas un favor —dijo con seguridad. Tras escuchar a su interlocutor prosiguió hablando—. Sí, ¿podrías llevar a Nina unas calabazas y unas tartas que ha hecho Alexia?, te dejo las llaves puestas en el contacto de la furgoneta. Gracias —expresó antes de cortar la llamada—. Problema solucionado. Y ahora vamos a acabar con esta conversación en un sitio más íntimo.

—Escucha, Parker... ¡Ah! —exclamó Alexia, que no esperaba que Parker la cargara en sus brazos con un movimiento diestro.

—Lo único que quiero escuchar —susurró él cerca de su oído— son tus gemidos cuando recorra cada centímetro de tu piel con mis labios.

Alexia iba a protestar, a rebatir sus palabras, pero un nuevo beso se lo impidió. Se sorprendió cuando en vez de subir las escaleras, Parker tomó otra dirección, la de la cocina, cosa que confirmó cuando él la colocó sobre la isla, que notó fría bajo su trasero.

—¿Por qué me has traído aquí? —preguntó confusa cuando la dejó de besar.

—Porque llevo días imaginando una docena de formas de hacerte el amor aquí. Es una lástima que le hayas mandado a Nina todas las tartas de calabaza —comentó apenado.

—¿Y si viene alguien? —preguntó Alexia incoómoda.

—No te preocupes, Calabacita, he dado la noche libre a todos en el rancho. Estamos solos,

y tu y yo.

—¿Lo tenías planeado? —preguntó Alexia sorprendida.

Una sonrisa ladina se dibujó en los labios de Parker al escuchar su pregunta.

—Para nada, nena, pero cuando he salido y te he visto así vestida me he puesto como una moto. Por nada del mundo permitiría que ningún hombre disfrutara con la visión de mi Calabacita —dijo mientras aferraba su cintura y la acercaba a su cuerpo, dejándola al borde de la encimera—. Me hubiera gustado que esto hubiera empezado de otra forma —confesó mientras su rostro descendía para quedar a escasos centímetros del rostro femenino—, invitarte a cenar, quizás ir al cine... pero te deseo demasiado —dijo antes de capturar su boca con ardor.

Alexia se entregó gustosa a la danza que protagonizaban sus lenguas, al igual que disfrutó de las manos masculinas recorriendo su cuerpo. Contuvo el aliento cuando una de ellas se detuvo en su muslo y con pericia se deshizo del enganche del ligero negro que sostenía la media rayada. Con lentitud, acariciando la parte interior del mismo, la fue bajando hasta dejarla a la altura de su rodilla, y con la misma caricia rítmica volvió a trepar por su piel hasta llegar al vértice entre sus piernas, donde sus braguitas estaban ya húmedas. Un gemido surgió de la garganta de Alexia, pero apenas fue consciente de ello.

—¿Quieres matarme? —susurró Parker junto a su oído, mientras luchaba frenéticamente con los botones de sus pantalones para poder liberar su virilidad mientras con los dedos de la otra apartaba la exigua tela de la ropa interior y frotaba circularmente el clítoris de Alexia.

—¿Y tú a mí? —jadeó Alexia mientras mordisqueaba su cuello—. Hazlo ya —le exigió cuando notó la punta de su pene rozando la zona más sensible de su cuerpo.

—Tus deseos son órdenes para mí —respondió Parker antes de acometer una fuerte embestida para penetrarla y comenzar a moverse mientras clavaba sus dedos en su trasero.

\*\*\*

Matthew guardó el móvil en el bolsillo del pantalón con desgana. Hubiera deseado negarse, decirle a Parker que no pensaba ir al pueblo aquella noche, pero no podía darle una explicación coherente por lo que no le quedó más remedio que colocarse la chaqueta y salir del pequeño apartamento sobre el garaje que ocupaba.

Como le había dicho Parker, las llaves estaban en el contacto. Arrancó la furgoneta antes de coger el camino que le llevaría a Green Village. Como imaginaba, cuando llegó las calles estaban repletas de gente que iba y venía ocupados en los últimos preparativos para la noche de Halloween.

Se sintió agradecido cuando logró aparcar frente al ayuntamiento, donde descubrió a su prima dando órdenes a varios muchachos del último curso del instituto. Salió de la furgoneta, se aproximó a ella y esperó a que acabara para hablar.

—Primita, tienes mala cara —expresó con humor.

Nina, que no se había percatado de su presencia hasta el momento, frunció el ceño, molesta.

—Te crees muy gracioso, ¿verdad?

Matthew elevó sus brazos en señal de rendición antes de hablar.

—Eh, tranquila, no hace falta que me muerdas.

—Estoy harta, júrame que la próxima vez que me ofrezca para algo parecido me atarás a la silla más próxima.

—Prometido.

—Bien —respondió Nina mientras volvía a clavar la mirada en la lista de la carpeta que tenía ante sus ojos—. ¿Y qué querías? —preguntó sin prestarle demasiada atención.

—Te traigo lo que le encargaste a Alexia.

Solo cuando Matthew expresó aquellas palabras, Nina levantó la mirada de la hoja que estudiaba.

—¿Está bien Alexia? —preguntó preocupada. Hacía menos de media hora que había hablado con ella y no le había dicho nada del cambio de planes.

—Creo que sí —respondió Matthew confuso mientras se rascaba la nuca—, yo solo recibo órdenes.

—No entiendo nada, ¿puedes ser más explícito?

—Nina, ya te he dicho que no sé nada, solo que Parker me pidió que cogiera el coche de Alexia y te trajera unas calabazas.

—Maldita sea, todo me sale mal hoy —comentó Nina frustrada.

Matthew no pudo evitar sentir lástima por su prima y a pesar de que lo que realmente le apetecía era volver a la soledad de su casa, se sorprendió a sí mismo cuando habló.

—¿En qué puedo ayudar? —Pudo ver la esperanza en el rostro de Nina y supo en aquel instante que se arrepentiría.

—Verás, hace unos días me llamó David para decirme que no podría participar en el pasaje del terror, convencí a James, pero me acaba de llamar para decirme que no puede venir, que Lyanna está de parto...

—No —expresó Matthew con rotundidad, quería ayudar a Nina, pero no estaba dispuesto a disfrazarse porque lo odiaba. Ni siquiera en su más tierna infancia lo había hecho y no empezaría a hacerlo ahora que era un adulto.

«Esto va a ser difícil», se dijo Nina clavando su mirada en el rostro de él. Conocía lo suficiente a su primo como para saber el motivo de su negativa, pero no por ello iba a dejar de intentarlo. Dibujó en su rostro la expresión más compungida de la que fue capaz y se colgó de su brazo.

—Por favor, necesito al hombre encapuchado, nadie te reconocerá, es fácil, solo tienes que asustar un poco a la gente. En tu vida cotidiana tampoco se te da tan mal —expresó con humor sin poder contenerse.

—¿Te crees muy graciosa? —refunfuñó Matthew intentando deshacerse de su agarre—. Ya te he dicho que no, ¿eres sorda?

—Perdona, perdona, no lo soy, pero estoy desesperada. Si lo haces puedes pedirme lo que quieras —rogó mientras soltaba su brazo y juntaba las palmas de sus manos a modo de súplica.

—No suena mal —dijo Matthew interesado mientras se acariciaba la barbilla haciéndose el interesante.

—Todo menos ir a visitar a la prima Virginia, no soporto a sus seis monstruitos —expresó Nina con el ceño fruncido.

—No pensaba en eso exactamente. Y ahora dame ese disfraz antes de que me arrepienta —la advirtió.

## CAPÍTULO 18

Fiona permanecía sentada en la cama mientras su prima terminaba de vestirse con el disfraz que había elegido. No era fácil ser original en la fiesta de Halloween, pero tenía que reconocer que el traje de bruja a Hannah le quedaba de muerte, «y nunca mejor dicho», pensó mientras una sonrisa se dibujaba en sus labios.

—Fiona, ¿a qué esperas? —preguntó Hannah, clavando su mirada en su prima a través del espejo.

—Ya voy —replicó la aludida con desgana mientras abandonaba su cómoda postura sobre la cama.

—De pequeña te encantaba esta noche. ¿Te acuerdas cuando nos juntábamos en casa de tu madre para ver películas de miedo?

—Sí —respondió Fiona con nostalgia mientras cogía la percha que colgaba del armario—, y también recuerdo que te zampabas todas las palomitas.

—Era cosa del miedo, cuando estoy nerviosa me da por comer, ya lo sabes —dijo Hannah con humor mientras se sentaba en una silla cercana.

—Y no engordabas ni un gramo —replicó Fiona, sin disimular su envidia mientras se embutía en el vestido que había elegido su prima—. ¿Estás segura que este es el disfraz más oportuno? —dijo estudiando su reflejo en el espejo.

—Por supuesto que sí, recuerda que nuestros orígenes, para nosotros el *samhain* es una fecha especial.

—Verás cuando me vea la abuela —dijo Fiona, no demasiado confiada.

—Te dirá que a la mayoría de las hadas en Irlanda les gusta traer desgracias y mala suerte a los mortales que se les acercan, pero son solo leyendas.

—No estoy segura.

—Estás espectacular, verás cuando te vea Matthew, caerá rendido a tus pies.

—¿Otra vez con eso? —refunfuño Fiona mientras se maquillaba—. Ya te dije que no creo que tirarme a los brazos de Matthew sea una buena idea.

—Oh, vamos, Fiona, no te tengo por una cobarde.

—Y no lo soy —rebatió la aludida molesta—, pero no quiero hacer el ridículo otras vez...

—Chicas, ¿estáis listas? —preguntó Ryan mientras se asomaba a través de la puerta entreabierta.

Ambas tardaron unos segundos en responder al ver el disfraz del bombero. Ryan había optado por disfrazarse de diablo, pero no a la forma clásica. Había dejado los cuernos y la cola en forma de flecha y había optado por un traje negro, con camisa del mismo color y una corbata roja. Su pelo estaba peinado hacia atrás gracias a la gomina y su rostro, a pesar de una ligera capa de maquillaje, era atractivo.

Tras un sonoro silbido por parte de Fiona, fue su mujer quien se aproximó a él y besó levemente sus labios.

—Estás increíble, mi amor.

—¿De verdad, mi brujita? —preguntó Ryan melosamente con la intención de repetir el beso y ahondar en él.

—¡Ehhh! Ni se os ocurra —les advirtió Fiona—, no quiero sufrir un ataque de diabetes con tanta... dulzura.

Ryan y Hannah se despertaron del embrujo que ambos sentían el uno por el otro y estallaron en sonoras carcajadas al escuchar sus palabras.

\*\*\*

Matthew estaba arrepentido de haber cedido ante Nina. Él estaba al principio del recorrido y su función era salir de la oscuridad para indicar a los invitados por dónde debían seguir. Gracias a Dios no tenía que hablar, porque si hubiera sido así ya estaría saliendo de la carpa donde su prima había montado aquel tinglado.

Cada quince o veinte minutos, nuevos visitantes atravesaban la puerta. Matthew suspiró frustrado cuando escuchó nuevamente el sonido chirriante de la hoja de madera y se acercó a la misma, pero se quedó estático en el sitio al descubrir al grupo que entraba al pasaje.

A la cabeza del grupo apareció Ryan, seguido de su esposa, Hannah. Inevitablemente, Matthew buscó a Fiona, pero no halló rastro de ella. Tras el flamante matrimonio se encontró con dos parejas de adolescentes que temblaban como hojas, y por fin localizó al objeto de su obsesión.

Por un instante se quedó sin aliento a ver su aspecto. Parecía una verdadera hada de los bosques con aquel vestido de varias capas de raso y gasa que le llegaban hasta los tobillos. Su esplendorosa melena rojiza iba suelta a su espalda, entre las dos alas de tul que llevaba prendidas de los omoplatos. Su piel cremosa le daba realismo al disfraz.

Impulsivamente la cogió del brazo, pudo ver la sorpresa y el temor en su rostro, y sin dudar tapó su boca con sus dedos antes de arrastrarla prácticamente hasta la puerta oculta tras una cortina de terciopelo rojo.

Fiona respiraba con dificultad, mientras su mente trabajaba a toda velocidad. «Tengo que huir», pensó mientras aquel desconocido la arrastraba. «¿Y si es un violador, un asesino?», se preguntó con angustia. Cuando aquel hombre la obligó a entrar en un pequeño cuarto iluminado por una bombilla desnuda, sus ojos tardaron unos segundos en adaptarse a la luz. Oteó a su alrededor y descubrió que era el vestuario de los personajes del pasaje del terror. Decidida a huir de aquel peligro, no dudó en morder con todas sus fuerzas los dedos que sellaban su boca, logrando su objetivo: que el supuesto monje la soltara.

—¡Maldita sea, Fiona! —exclamó Matthew molesto mientras se masajeaba la zona agredida.

—¡Matthew! —exclamó Fiona notando cómo la ira ascendía por su cuerpo.

El aludido se bajó la capucha que cubría su cabeza y parte de su rostro y observó a Fiona con el ceño fruncido.

—Casi me arrancas un trozo de piel —la reprendió.

Fiona no salía de su asombro.

—¿Por qué demonios me has traído aquí? Me has dado un susto de muerte.

—Quería hablar contigo —respondió Matthew.

—Definitivamente, tú no estás bien de la cabeza —expresó Fiona frustrada, mientras enfatizaba sus palabras tocándose la sien con un dedo—. Me largo —añadió girándose con la intención de salir por la misma puerta por la que había entrado.

—Todavía no —dijo Matthew, cerrando la puerta que Fiona había estado a punto de abrir con un fuerte golpe.

Fiona, que daba la espalda a Matthew, se giró con rapidez, pero supo al instante que había sido un error. Ahora se encontraba a pocos centímetros de Matthew, acorralada entre su pecho y la puerta.

—¿Qué demonios quieres? —siseó, molesta por su comportamiento.

—Ya te lo he dicho, que hablemos.

—¿Sobre qué?

—Lo sabes muy bien.

—No, Matthew, no lo sé.

—Sobre lo nuestro.

Fiona elevó su barbilla y clavó su mirada en el rostro masculino. Notaba cada músculo de su cuerpo tenso.

—¿Lo nuestro? —repitió antes de que una risa estrambótica escapaba de su garganta—. No hay «nuestro» ni «nosotros», eso murió hace años. ¿Por qué no lo asumes?

—Porque es una gran mentira, porque cada vez que te beso te deshaces en mis brazos y porque estoy seguro de que aún me amas.

—Ni en tus sueños —escupió Fiona mientras elevaba las manos y empujaba el pecho masculino para apartarlo de ella, pero no tuvo demasiado éxito, Matthew no se movió ni un centímetro.

—Deja de ser tan testaruda.

—Como no me dejes salir de aquí voy a gritar como una loca.

Una sonrisa diabólica se dibujó en los labios de Matthew.

—Inténtalo —la tentó.

—¡Socorr...!

La voz de Fiona fue interrumpida cuando Matthew atrapó su boca para apoderarse de sus labios en un beso salvaje y devastador. Penetró con su lengua en la cavidad de su boca y disfrutó de su dulce sabor. Sus dedos buscaron el contacto de su piel con desesperación y soltó un gruñido gutural cuando acarició sus suaves mejillas. Llevaba una eternidad deseando aquello y ni una bomba nuclear lograría separarle de ella en aquel momento.

Fiona se quedó sin aliento cuando su boca fue invadida por la lengua de Matthew, sin pretenderlo respondió a la caricia y sintió como la temperatura de su cuerpo subía vertiginosamente. Sabía que aquello era una locura, que debía detenerle; pero una cosa era la consciencia de lo que debía ser y otra las necesidades de su cuerpo, largamente olvidadas en los últimos tiempos. Cuando las manos masculinas acariciaron su rostro y descendieron por su cuello escuchó un gruñido que surgió de la garganta de él y supo que estaba perdida cuando la estampó contra la puerta y la presionó contra la misma para que todo su cuerpo entrara en contacto con el suyo.

Él siguió saqueando su boca y en un gesto rápido atrapó su cintura y la elevó, obligando a sus piernas a abrirse para enlazarle.

—Te deseo —susurró Matthew separándose unos milímetros de sus labios—, parece que llevo una vida esperándote —añadió antes de volver a atrapar su boca para mordisquearla.

—Matthew, no es buena idea —replicó Fiona entre jadeos cuando él le dio una tregua.

—Me importa una mierda si es o no una buena idea. Te necesito y tu a mí, los dos lo sabemos —dijo mientras acariciaba el muslo femenino hasta llegar al vértice de sus piernas,

donde apartó la tela que ocultaba lo que buscaba. Como esperaba, estaba húmeda y caliente—. ¿O es mentira? —la retó jadeante.

Unos golpes en la puerta interrumpieron lo que estaba a punto de suceder.

—¡Matthew! —sonó la voz ofuscada de Nina—. ¿Qué demonios te pasa?

El aludido hubiera deseado mandar al cuerno a su prima por su inoportunidad, más cuando vio el rostro de Fiona, que con movimientos bruscos bajó las piernas y le empujó.

—¡Matthew! —volvió a gritar Nina.

—¡Maldita sea, Nina, ahora voy! —gritó Matthew frustrado.

## CAPÍTULO 19

Matthew permanecía asomado a la ventana, observando la violencia del cielo desatarse sin misericordia. Resuelto, se apartó y comenzó a caminar de una pared a la otra denotando su nerviosismo. Parker, que estaba sentado en torno a la mesa, le observaba atentamente mientras calentaba sus manos rodeando la taza de café que poco antes se había servido mientras la radio situada sobre una de las encimeras comenzaba con las noticias.

—...la tormenta Eugene ha llegado a su punto más álgido, se recomienda a los ciudadanos no abandonar sus hogares y que cierren puertas y ventanas ante las fuerzas rachas de aire y lluvia. Se pronostica un posible corte del servicio eléctrico...

—Nada, no me coge el teléfono —dijo Alexia, que entraba en la cocina en aquel preciso instante.

—Maldita sea —exclamó Parker con el ceño fruncido—. Cuando la llamé ayer le dije que se viniera al rancho. No me gusta la idea de que esté sola ¿Por qué demonios tiene que ser tan cabezota? —Golpeó la taza contra la mesa.

—Le dijo la sartén al cazo —replicó Alexia sentándose a su lado antes de coger la taza que Parker había abandonado para dar un sorbo.

—Iré a buscarla —dijo Parker con seguridad.

—Tú no vas a ir a ninguna parte —soltó Alexia tajante, clavando su mirada con intensidad en su rostro.

—Calabacita, es mi hermana —intentó rebatirle él.

—Cariño, aún no puedes conducir. ¿Qué quieres? ¿Tener un accidente? —argumentó, intentando hacerle recapacitar.

—Pero...

—Iré yo —intervino Matthew, que hasta aquel momento había permanecido en silencio escuchando su conversación—. Al fin y al cabo, yo soy el responsable de que no esté aquí.

—¿Y porque estás tan seguro de eso? —indagó Parker curioso.

—Hace unas semanas tuvimos una conversación que no acabó bien. —No pensaba entrar en detalles, Parker no tenía por qué saber que había estado a punto de hacerle el amor a su hermana en el pasaje del terror—. Será mejor que salga ya —dijo mientras volvía a otear el exterior a través del cristal.

Veinte minutos después, Matthew llegó a Green Village. A duras penas logró obligar al vehículo a apartarse de la carretera desierta, esquivando varios árboles arrancados de raíz que encontró en su camino. Solo respiró cuando se encontró en una zona segura. Oteó el exterior a través de la luna delantera. El cielo estaba gris, más gris de lo que había visto en toda su vida mientras decenas de rayos y truenos explotaban sin orden ni concierto.

«Maldita sea», se dijo mientras bajaba del coche y un torrente de agua empapó su ropa. Con paso acelerado se acercó hasta el hostal, pero antes de llegar al porche, una rama que volaba por los aires impactó sobre su cabeza, dejándolo aturdido. Cuando se llevó la mano a la ceja, descubrió el tacto pastoso de la sangre.

Llamó al timbre, pero la casa parecía desierta. Sin dudar, intentó abrir la puerta, pero estaba cerrada, lo que le hizo maldecir nuevamente. Se cubrió la mano con la manga de su chaqueta y rompió uno de los cristales rectangulares de la puerta. Una vez logrado, quitó el pestillo y entró.

—¿Qué demonios has hecho? —protestó una voz a su espalda.

Al girarse, Matthew descubrió a Fiona, que permanecía en el último escalón de las escaleras. Iba enfundada en una chaqueta larga de color verde botella. Permanecía inmóvil, abrazada a sí misma, lo cual le daba un aura de fragilidad que le dejó sin aire.

—Entrar —explicó mientras cerraba la puerta a su espalda antes de enfrentarse a ella. Estaba claro que a pesar de la imagen relajada que mostraba, el tono de su voz no había sido nada amistoso.

—¿Y no has podido llamar? —indagó Fiona contrariada.

—Lo hubiera hecho, pero no me apetecía que otra rama impactara contra mi cara —replicó Matthew molesto.

Fiona iba a replicar, dispuesta a montar una buena bronca, pero al escuchar sus palabras y fijar su mirada en el rostro masculino, descubrió la pequeña brecha en su ceja derecha, de donde manaba sangre.

—¡Dios mío! —exclamó antes de acercarse hasta él y ponerse de puntillas, ya que él era al menos veinte centímetros más alto que ella. Estudió la herida antes de palparla con la yema de sus dedos.

Matthew, al notar su contacto, se apartó, y no porque le hubiera hecho daño, sino porque su proximidad le afectaba más de lo que quisiera admitir.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó preocupada, sorprendiendo a Matthew, que olvidó por un instante su enfado anterior.

—Me he cruzado en el camino de una rama —respondió con humor.

—Hay que curar esa herida —resolvió ella mientras cogía la mano de Matthew y tiraba de él en dirección a la cocina.

—Fiona, no es nada —intentó rebatir Matthew, incómodo con el contacto de su piel contra la de ella.

—Sí lo es, tiene una pinta muy fea, espero que no necesites puntos.

Matthew sonrió levemente, enternecido por su preocupación, aunque estaba seguro de que no necesitaba puntos. No era la primera vez que se abría una ceja. Agradeció cuando llegaron a la cocina y Fiona soltó su mano para ir a la despensa en busca del botiquín. Diligentemente, abrió la caja de hojalata sobre la mesa de la cocina y rebuscó hasta dar con las gasas y el desinfectante.

—Siéntate —le ordenó con firmeza, señalando una silla frente a sí.

—A sus órdenes —expresó Matthew con una medio sonrisa mientras ocupaba el lugar indicado por Fiona.

No hubo respuesta por parte de Fiona, que ya se cernía sobre él con la gasa en la mano. Esperaba que él protestara, pero no fue así, simplemente la miraba intensamente con sus maravillosos ojos grises. Hacía una eternidad que no le estudiaba de cerca, y pudo apreciar que en los años transcurridos unas ínfimas arrugas adornaban el contorno de sus ojos. Su corazón comenzó a latir con fuerza en su pecho y aceleró la limpieza de la herida para alejarse de él.

—Ya está —anunció azorada mientras buscaba unas pequeñas tiritas para utilizarlas a modo de punto.

—¿Hay que coser? —preguntó Matthew, embelesado con su aroma, que gracias a la cercanía que habían compartido había llegado a sus fosas nasales.

Fiona sintió que su cuerpo temblaba levemente ante la idea de volver a acercarse a él, pero como era su carácter, decidió enfrentarse a sus miedos y con seguridad volvió a situarse entre las rodillas masculinas para pegar una a una las tiritas.

—No, la sangre es muy escandalosa.

Matthew llevaba demasiado tiempo conteniendo las ganas de aproximarse a Fiona, y sin importarle las consecuencias elevó sus manos y tomó su cintura entre sus dedos para obligarla a acercarse más a su cuerpo.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Fiona con voz estridente.

—Lo que tuve que hacer desde el mismo día en que regresaste, cuando te encontré en la carretera, caminando con tu pequeña maleta y ese vestido rojo que tantos recuerdos me trae — declaró mientras se levantaba, rozando su cuerpo con el propio, arrancando un suspiro rápido de los labios femeninos.

«Se acuerda de ese día», se dijo Fiona sorprendida, tras la alusión a su vestido rojo de lunares, uno de sus favoritos. Quizás no estaba a la moda, y tenía demasiados años y tendría que haberlo tirado hacía tiempo, pero con él se sentía capaz de comerse el mundo, como sucedió el día que lo estrenó, varios años antes. Sin pretenderlo, sus palabras lograron llevarla al pasado, aquel que había intentado olvidar con todas sus fuerzas.

Habían pasado varios días tras lo sucedido en la cámara frigorífica del comedor social, y desde entonces su camino no se había cruzado con el de Matthew. Tras la marcha precipitada de él se había sentido decepcionada, y que él procurara evitarla desde aquel suceso, no ayudaba.

Aquella tarde había quedado con Nina y Jane para ir al cine. A pesar de ser un pueblo pequeño, una vez al mes se proyectaba una película en una sala del ayuntamiento. Había decidido estrenar su vestido nuevo, uno de color rojo repleto de lunares. A su madre no le había gustado demasiado cuando le mostró la percha de donde colgaba la prenda, alegando que el color se llevaba a matar con su cabellera pelirroja, pero Fiona se empeñó y finalmente salió de la tienda con las asas de la bolsa aferradas a sus dedos.

Cepilló su larga melena y la dejó suelta a su espalda, se dio un poco de rímel en las pestañas y brillo en los labios. Luego se puso unas sandalias de piel y cogió un pequeño bolso del mismo material. Salió de su dormitorio con la intención de pedirle a su hermano que la acercara al ayuntamiento, que estaba situado en la otra punta del pueblo, pero Parker parecía haber desaparecido de la faz de la tierra, y tras buscarle por toda la casa y no dar con él, decidió ir andando.

Llevaba cinco minutos caminando cuando el sonido de una moto tronó en la lejanía hasta hacerla ensordecir cuando se situó a su lado. Fiona giró su rostro y se sorprendió cuando Lee Bronson aparcó junto a ella.

—Hola, preciosa, ¿dónde vas? —preguntó el joven con actitud despreocupada mientras apagaba el motor.

Fiona conocía a Lee desde que iban al parvulario, y siempre le había ayudado con los deberes hasta que este dejó los estudios para trabajar en el rancho de su padre. Hacía mucho que no le veía y se alegró del encuentro inesperado.

—Al cine, he quedado con las chicas —respondió con una sonrisa—. ¿Te animas? —preguntó, sonriendo al ver su expresión sorprendida.

—No puedo, tengo trabajo —replicó él algo más repuesto—. Pero si me estás pidiendo una

cita, puedo hacerte un hueco —concluyó con humor, ganándose una mirada malhumorada por parte de la joven.

Fiona iba a responder mordazmente a Lee cuando una voz que conocía demasiado bien les sobresaltó a ambos.

—¿Todo bien, Fiona? —preguntó Matthew, que había aparcado junto a la acera.

Iba de camino a casa cuando se fijó una situación extraña en la acera. Al ver a Bronson, con su moto cruzada impidiendo el paso de Fiona, no pudo evitar frenar en seco. «No son celos, solo estoy protegiendo a la pequeña», se dijo mientras se aproximaba a la pareja que parecía conversar.

La aludida dejó de prestar atención a Lee y clavó su mirada en el rostro de Matthew. «¿Por qué tiene que ser tan guapo?», se preguntó. «Recuerda tu propósito de olvidar lo que sientes por él», se recriminó.

—Perfectamente —respondió a la pregunta de él—. ¿Querías algo?

Matthew se sintió molesto por su tono cortante.

—No, pero estoy seguro de que a Parker le gustaría saber a dónde vas. Y más si subes en la moto de Lee.

Sus palabras molestaron sumamente a Fiona, y a pesar de su intención de no discutir, de olvidar cualquier cosa que tuviera que ver con él, explotó sin poder controlarse.

—Pues a mi hermano le puede gustar o no lo que yo hago, pero no es asunto suyo, ni tuyo —añadió, retándole con la mirada.

Lee, incómodo con la situación, y sintiendo que estaba fuera de lugar, decidió que era el momento de largarse. No quería tener ningún problema con Matthew Callaghan.

—Bueno, Fiona, me tengo que ir. Nos vemos por ahí —dijo antes de montarse en su moto y arrancar para girar la rueda delantera y adentrarse en la carretera.

Matthew y Fiona apenas se percataron de su marcha, inmersos en una guerra visual, sin apartar la mirada el uno del otro.

—Ya se ha ido Lee, ¿ahora me vas a dejar en paz? —preguntó Fiona, queriendo perder de vista de una maldita vez a Matthew.

—No me hables así —expresó Matthew. No le gustaba el tono que estaba empleando Fiona.

—¿Y cómo te hablo?

—Como si me odieras. Yo solo me preocupo por ti.

—Gracias, pero ya tengo un hermano mayor, y con él me llega. Te agradecería que dejaras de seguirme y vigilarme —concluyó, dispuesta a seguir con su camino y dejar a Matthew atrás.

—¿Vigilarte? —preguntó Matthew, y sin ser consciente de lo que hacía aferró el brazo de Fiona para que no se marchase.

Fiona sintió que un escalofrío recorría su cuerpo, y a pesar de lo que el contacto de Matthew provocaba en su cuerpo, intentó deshacerse de su agarre forcejeando.

—Sí, vigilarme. Como te he dicho, no quiero más hermanos mayores.

—No soy tu hermano, ni pretendo serlo, solo me preocupo por ti —rebatía Matthew—. Y quiero que me digas ahora mismo dónde vas.

—No es asunto tuyo —dijo Fiona, librándose finalmente de su agarre.

—Lo es si esta noche acabas otra vez con una cerveza de más —respondió Matthew hiriente.

Sus palabras se clavaron en el orgullo de Fiona, que en un acto reflejo estampó la palma de su mano contra su rostro. Matthew se había pasado de la raya.

—¿Por qué no me dejas en paz de una maldita vez?

—No puedo —adujo Matthew antes de chascar la lengua molesto al ver que por el paseo se aproximaba la señora Albertson, una de las mayores cotillas del pueblo. Nuevamente atrapó el brazo de Fiona y la obligó a acercarse al coche con la intención de que subiera.

—¿Qué demonios te crees que estás haciendo? —preguntó Fiona, mientras intentaba liberarse.

—Sube al coche —ordenó él sin tener en cuenta sus protestas.

—No —se negó ella, ignorando la puerta que él había abierto.

—La señora Albertson se acerca y no quiero cuchicheos.

—Pues vete y déjame tranquila. Creo que ya nos hemos dicho todo.

—No, esta conversación no ha acabado —indicó Matthew—. Por favor —rogó, sorprendiendo a la joven, que subió al asiento del acompañante antes de que la anciana de pelo grisáceo llegara a su altura.

Matthew agradeció a los cielos que Fiona se hubiera rendido. Cerró la puerta y ocupó su asiento antes de arrancar el motor.

—¿Dónde vamos? —preguntó Fiona.

«Eso quisiera saber yo», se preguntó Matthew. Necesitaba un lugar tranquilo para seguir con aquella conversación, para enfrentarse a lo que Fiona le hacía sentir y asumir lo que pasaría si aceptaba lo que su corazón parecía proclamar. Inconscientemente, tomó la dirección del viejo rancho de los abuelos de Fiona, donde solían refugiarse con Parker.

—¿Vamos al rancho de mi abuelo? —preguntó Fiona al reconocer la dirección que tomaba el vehículo.

—Sí, necesito un sitio tranquilo, donde nadie nos pueda interrumpir.

Cuando llegaron al rancho Matthew aparcó frente a la casa, que estaba en un estado ruinoso, y giró la llave para apagar el motor sin saber muy bien cuál era el siguiente paso que iba a tomar. «¿Por qué la has traído aquí...?».

—¿Qué pretendes? —verbalizó Fiona su siguiente pregunta, una pregunta para la que no tenía respuesta.

—No lo sé —respondió con sinceridad.

Fiona se sintió confusa con su respuesta.

—Entonces será mejor que regresemos y me dejes en el ayuntamiento. He quedado allí con Nina y Jane para ir al cine.

—No puedo.

—«No sé», «no puedo»... —repitió Fiona molesta con la situación. No le gustaba jugar, y menos cuando sus sentimientos estaban en juego— ¿Qué narices quieres entonces de mí? ¿Qué problema tienes? —preguntó girándose en el asiento para enfrentarse a Matthew.

—El problema es que quiero todo de ti —confesó Matthew mientras revolvía su pelo castaño de forma nerviosa—, y no estoy seguro de que sea una buena idea.

Fiona notó cómo su corazón se aceleraba en su pecho mientras su cuerpo flotaba como si estuviera sobre una nube. Sus últimas palabras, que evidenciaban sus dudas la despegaron del suelo en el que parecía estar. Había una luz al final del túnel, una puerta entreabierta, y no pensaba permitir que Matthew se echara atrás.

—Sí que es una buena idea, no lo dudes.

Matthew, que tenía su mirada clavada en la nada, al escuchar su voz se giró y la clavó en el rostro de Fiona. «¿Por qué tiene que ser tan dulce y bonita?», se preguntó al ver su rostro

iluminado por la emoción. Pero seguía pensando que no era una buena idea. «Es la hermana pequeña de mi mejor amigo, es demasiado joven, con una vida por delante...».

—¡Matthew! —pronunció su nombre como una súplica, suave y dulcemente, y esa fue la perdición de él.

—¡Está bien! —exclamó iracundo, sorprendiendo a Fiona—. Pero que conste que es una pésima idea y los dos lo sabemos —concluyó antes de aproximarse a ella como un lobo acechando a su presa.

En un movimiento diestro sostuvo su rostro entre las manos y descendió para atrapar sus dulces labios. El solo contacto de sus pieles logró que un ramalazo de deseo recorriera su espina dorsal, pero nada comparado a cuando ella cogió su labio inferior entre los propios y lo mordisqueó. Ese fue el principio del fin. Saqueó su boca a su antojo, como llevaba días deseando.

Fiona sintió que aquel beso era el comienzo de algo único. Cuando Matthew ahondó en él, sintió que su cuerpo se debilitaba, que se volvía de plastilina cuando las manos masculinas comenzaron a rozar su cuello con las yemas de sus dedos, a la a vez que un hormigueo desconocido recorrió su espina dorsal hasta llegar a su estómago.

## CAPÍTULO 20

Fiona regresó de los recuerdos del pasado cuando el aliento de Matthew acarició su rostro. Colocó las palmas de sus manos contra su pecho e intentó apartarse de aquella cercanía que tanto la estaba afectando.

—Matthew, no creo que sea una buena idea —expresó, deseando huir de lo que el hombre al que había entregado el corazón varios años antes provocaba en ella.

Matthew, al escuchar sus palabras, se sintió desesperado. Ya la había dejado escapar en el pasado, había sido un cobarde al no ir a buscarla cuando había descubierto el engaño de Florence, pero esta vez no pensaba perder la oportunidad de ser feliz con la mujer a la que amaba.

—Sí lo es —dijo mientras la estrechaba entre sus brazos, acortando la distancia que los separaba a pesar de los brazos de Fiona, que empujaban en sentido contrario—. Sé que no querías regresar, que te negabas a enfrentarte a lo que ambos sentimos, pero el destino te trajo hasta mí y no pienso perderte otra vez.

Fiona tenía sentimientos encontrados. Por un lado deseaba rendirse a lo que sentía, a lo que Matthew le ofrecía, pero la ira y el dolor sufrido volvieron a apoderarse de su cuerpo, haciendo que estallara de la peor manera.

Matthew esperaba expectante su reacción, y cuando ella le empujó con todas sus fuerzas para separarle le pilló desprevenido.

—¿Que no piensas dejarme escapar?! —gritó fuera de sí, alejándose todo lo que pudo de él—. Por supuesto que no pienso escapar, he regresado y no pienso marcharme. Voy a seguir mi vida donde la dejé, junto a mi familia, a la que nunca debí dejar atrás por ti. Pero eso no quiere decir que vaya a caer nuevamente en tu trampa. Me engañaste una vez, pero ya no soy una jovencita tonta e inocente.

«¿Qué esperabas?», se dijo Matthew mientras daba un paso atrás y aposentaba su trasero sobre la mesa a su espalda. Con gesto cansado se frotó el rostro con ambas manos y se tomó unos segundos para recapacitar.

—Nunca te engañé, solo hice lo que pensaba que era lo correcto, lo que se esperaba de mí —confesó clavando su mirada en el rostro de Fiona—. Soy un hombre honrado y leal, firme en sus convicciones...

—¿Honrado y leal? —expresó Fiona con sorna—. Que yo recuerde, comenzaste una relación conmigo, me dijiste que me amabas, y de un día para el otro te casaste con la perfecta y maravillosa Florence —concluyó con rabia mal disimulada. Estaba llena de ira, una ira acumulada durante años.

—No conoces toda la historia.

Fiona se cruzó de brazos y apoyó su cadera en la encimera a su espalda. Su mirada estaba perdida en la tormenta que se desataba en el exterior. Le hubiera gustado marcharse, alejarse de Matthew y sus mentiras, pero no tenía más opción que quedarse allí, encerrada con él. Tras unos minutos de silencio, giró su rostro y clavó su mirada en él, que esperaba expectante.

—Está bien, no tengo otra cosa mejor que hacer, pero que te escuche no quiere decir que vaya a cambiar de opinión —añadió.

—Con que me escuches me conformó —replicó Matthew con cautela. «¿Cómo empiezo?», se preguntó, mientras los nervios bullían en su interior. Se sentía como si estuviera ante un tribunal

que dijera lo que dijera le declararía culpable.

—¿Vas a empezar? —preguntó Fiona irritada.

—¿Nos sentamos antes? —preguntó Matthew mientras le ofrecía la silla que él había ocupado poco antes.

Fiona no respondió, simplemente se acercó y se sentó, observando a Matthew, que hacía lo propio situándose frente a ella. Colocó los codos sobre la mesa y comenzó a retorcerse las manos, denotando un nerviosismo que la sorprendió.

—Nunca pretendí hacerte daño. Cuando empecé a salir contigo lo hice porque sentía algo por ti, me enamoré sin apenas darme cuenta.

—Perdona que lo dude —expresó Fiona sin poder contenerse.

—Fiona, déjame acabar antes de juzgarme —le rogó Matthew, no pensaba perder la calma, se jugaba mucho.

—Está bien, sigue —replicó Fiona con desgana. Intentaría morderse la lengua, aunque estaba segura de que si lo hacía se envenenaría.

—Pensaba pasar el resto de mi vida contigo, había encontrado a la persona que me hacía feliz y no pensaba dejarte escapar, pero entonces Florence apareció en mi puerta y me dijo que estaba embarazada.

—¡No puede ser! —exclamó Fiona, a pesar de su intención de no hablar—. Hacía dos meses que habías roto con ella.

—Eso le dije yo, pero me aseguró que ese era el tiempo que llevaba encinta. Le dije que era mentira, que no podía ser, pero me enseñó una prueba de embarazo que coincidía en todo. Creí volverme loco, estuve una semana como un muerto en vida. Solo me confesé con mi abuela, y ella me dijo que tenía que hacer lo correcto.

—Entonces me dejaste y te casaste con ella —prosiguió Fiona con el hilo de su relato—. Pero, ¿dónde está ese niño? —preguntó curiosa.

—Nunca existió, me engañó como a un idiota y yo caí en su trampa. Cuando varios meses después me percaté que no se producía ningún cambio en su cuerpo, le pedí explicaciones y no dudó en confesarme que todo había sido una farsa.

—¿Pero no te enseñó la prueba de embarazo?

—Era de una amiga suya del internado donde la había metido su padre. Ese verano vino con la intención de hacer su vida, de escapar de las garras de su padre...

—Y pensó que el matrimonio era la mejor opción —expresó Fiona. Siempre había pensado que Florence era una bruja, pero con la historia que le estaba contando Matthew su maldad había subido de nivel.

—Eso parece, y yo fui lo suficiente estúpido para caer en su trampa. Después de conocer la verdad, le pedí el divorcio. Su padre me presionó para que no se me ocurriera dejar a su hija, pero no pensaba seguir con aquella farsa, aquella que había destrozado el amor más puro y verdadero que había sentido en mi vida.

—¿Y por qué no me buscaste? —le reprochó, con el cumulo de sentimientos encontrados anidados en su pecho.

—Estaba destrozado, sabía que me odiabas y que te habías marchado por mi culpa. Fui un cobarde, nunca encontré el valor. El tiempo pasó y luego ya era demasiado tarde. Tú ya tenías tu vida en Dallas y yo no pintaba nada en ella.

—Nunca es tarde cuando el corazón aún palpita —expresó Fiona con una dulce sonrisa que dio esperanzas a Matthew.

—Entonces, ¿me perdonas? —preguntó, esperando con angustia, como si de su respuesta dependiera el resto de su vida.

Fiona tenía miedo a responder, temía volver a sufrir, pero sin poder evitarlo se perdió en su mirada gris, encontrando la respuesta en ella. Y como si se tratara de un salto al vacío, respondió lo que su corazón le dictaba.

—Me gustaría decirte que no, debería decirte que no... —mientras hablaba fue consciente del cambio de expresiones que mostraba el rostro de Matthew, sobre todas ellas destacaba la desilusión—. Pero no puedo porque mi corazón, mi cuerpo y mi alma te pertenecen.

Matthew soltó un suspiro de alivio y se levantó impetuosamente, sorprendiendo a Fiona. Llegó hasta ella y giró su silla en un gesto rápido antes de arrodillarse ante ella y tomar sus manos entre las propias.

—Te juro que te voy a compensar por todos estos años.

Fiona notó que la emoción ascendía por su cuerpo hasta llegar a sus ojos. Tuvo que tragar saliva y contener las lágrimas para poder hablar.

—No te culpes, la única persona responsable de todo esto es la bruja de Florence. Si la tuviera ahora mismo aquí la agarraría de los pelos...

Matthew tuvo ganas de reír ante su comentario y su ceño fruncido. Sintió su pecho henchido de felicidad, como hacía tiempo que no sentía. Soltó las manos de Fiona y en un movimiento rápido cogió su cintura. En menos de un segundo la tenía cargada en sus brazos y avanzaba por el pasillo, en dirección a las escaleras.

—¿A dónde me llevas? —preguntó Fiona sorprendida por su acción.

—A la cama más cercana —confesó Matthew mientras llegaba al primer piso del edificio.

—A la buhardilla —le indicó Fiona—, pero no estoy segura que sea buena idea teniendo en cuenta la tormenta...

—Ni una tormenta, ni nadie, me va a impedir hacerte el amor. Llevo demasiados años soñando con esto —expresó Matthew antes de abrir la puerta con dificultad y tirarse sobre la amplia cama con Fiona en brazos.

—Yo también —confesó ella. Había estado con otros hombres y había disfrutado del sexo, no lo iba a negar, pero siempre había tenido la espinita clavada de no haber hecho el amor con Matthew.

Él sonrió lobunamente tras escuchar sus palabras. Su miembro ya estaba duro como una piedra, deseando penetrar en la calidez que presagiaba entre sus piernas, pero no quería precipitarse, quería disfrutar de aquel momento que llevaba esperando una vida. Quería dedicarle tiempo, seducirla lentamente, recorriendo con sus dedos cada centímetro del cuerpo femenino. Pero para eso necesitaba liberarse de la ropa que cubría su cuerpo y dispuesto comenzó con la tortuosa tarea de quitar capa a capa los tejidos que protegían la piel de Fiona.

Comenzó con la chaqueta de lana color verde, suave al tacto, pero donde se trababan los botones, haciéndole maldecir en varias ocasiones. Deseó tirar de los dos extremos de la misma, pero se contuvo. Luego la ayudó a sentarse sobre la cama sin dejar de besarla para lograr quitarle la prenda por completo. Después descubrió una camiseta de manga larga blanca. Cuando introdujo sus manos bajo la misma a la altura de su cintura descubrió que no había más capas y se sintió agradecido. Con agilidad se deshizo de ella y descubrió un sujetador azulado con estampado de mariposas. Eso le gustó, al igual que las braguitas a juego que escondía el ceñido vaquero que en aquel momento le estaba quitando.

Fiona estaba abrumada con la intensidad de la mirada de Matthew cuando se quedó en ropa

interior antes de seguir con sus intensos besos, pero se sentía en inferioridad de condiciones. Colocó las manos en el amplio pecho masculino y le empujó levemente, interrumpiendo así las caricias de sus labios. Él la observó desconcertado.

—Yo también quiero ver tu cuerpo —se excusó Fiona antes de arrodillarse sobre el colchón.

No sin cierto esfuerzo logró quitarle a Matthew el grueso jersey color crema se cubría la parte superior de su cuerpo. Lo que descubrió fue un pecho ancho y fibroso, donde se marcaban algunos músculos. No la defraudó. Acarició con deleite cada uno de ellos y escuchó cómo la respiración de Matthew se aceleraba antes de que atrapara su muñeca.

—No hagas eso —le advirtió con voz cargada de pasión.

—¿Por qué? ¿No te gusta? —preguntó Fiona confusa.

—¡Oh, cielo!, claro que me gusta, demasiado, pero si sigues así no podré contenerme.

—Está bien —expresó Fiona algo defraudada—, entonces será mejor que te quites tú solito el pantalón.

—Sus deseos son órdenes, señorita —expresó Matthew mientras abandonaba la cama y comenzaba a desabrocharse el cinturón con lentitud, de una forma sensual, luego prosiguió por los botones y finalmente dejó caer la prenda a sus pies, quedándose completamente desnudo ante ella.

Fiona abrió ampliamente los ojos con sorpresa.

—¿Sueles ir por ahí sin ropa interior? —preguntó con humor.

—Algo así —respondió Matthew con humor antes de regresar a la cama y tumbarse sobre Fiona—, esta mañana iba con algo de prisa y se me olvidó.

Fiona iba a responder mordazmente a sus palabras, pero Matthew no se lo permitió, apoderándose violentamente de sus labios. Sus besos eran intensos, dulces y abrasadores y la dejaban sin sentido, tanto fue así que ni se percató cuando él se deshizo de la poca ropa que la cubría.

Matthew no podía más, las manos de Fiona, que reposaban en aquel momento en su trasero, le estaban volviendo loco con sus caricias, por no hablar de los besos húmedos que estaba prodigando por cada centímetro de su cuerpo.

—Te quiero, Fiona —pronunció junto a su oído antes de buscar el vértice entre sus piernas, donde encontró la humedad que buscaba e introdujo su dedo.

—Yo también te quiero —casi gritó—, pero si no me penetras ahora mismo me volveré loca.

Matthew sonrió antes de lamer el lóbulo de su oreja.

—Pequeñaja, eres demasiado exigente.

Fiona frunció el ceño, a punto de protestar por el mote, pero Matthew se lo impidió cuando la penetró. En aquel momento incluso se olvidó de respirar, perdida en la marea de la pasión que la envolvía. Cada envite lograba que una espiral de excitación recorriera cada poro de su piel, y cuando Matthew incrementó la velocidad creyó estar a punto de desmayarse. Minutos después ambos llegaron al clímax y acabaron abrazados sobre la cama de sábanas revueltas.

## EPÍLOGO

Fiona revisaba el libro de reservas y sonrió feliz al comprobar que el hostel estaba al completo. A pesar de que la temporada alta era en verano, aquel mes de diciembre, comparado con los libros de años anteriores, estaba siendo uno de los mejores de la historia para los Mackenzie. Suponía que la página web, donde ahora se anunciaba la cercanía con una de las pistas de esquí de la zona habían logrado dicho milagro. Estaba revisando el menú del día para hacer copias, cuando la puerta se abrió dando paso a un aire gélido acompañado por pequeños copos de nieve.

—Hola, mi amor —saludó Matthew antes de acercarse a ella para besarla.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Fiona confusa, le hacía trabajando en el rancho.

—Tengo una sorpresa —expresó Matthew con una sonrisa en los labios que iluminaba su rostro.

Fiona arrugó la frente e intentó adivinar de qué se trataba.

—Pues tienes las manos vacías —comentó con cierto humor.

—Ponte la chaqueta —le ordenó él ignorando sus palabras.

—Pero no puedo dejar solo esto.

—Yo me ocuparé —respondió una voz a su espalda, cuando se giró descubrió que se trataba de Alexia.

Fiona se cruzó de brazos y observó alternativamente a uno y a otro. Alexia también debía estar en el rancho en vez de en hostel.

—¿Qué estáis tramando? —preguntó con sospecha.

—Ponte el abrigo y lo descubrirás —repitió Matthew con la prenda ya en la mano. Con caballerosidad la ayudó a colocárselo y la empujó hasta la puerta.

En el exterior los recibió un aire frío que provocó un escalofrío en su cuerpo. Matthew, como si lo hubiera notado, se acercó a ella, colocó su brazo sobre sus hombros y la apretó contra su cuerpo.

—¿Dónde me llevas? —preguntó confusa.

—Muy cerca —respondió Matthew mientras giraba en la primera calle a la derecha. Luego a la izquierda y se quedó plantado frente a la fachada de la pequeña casa que le había visto crecer.

—¿La casa de tu abuela? —preguntó Fiona confusa.

—Sí, ahora es nuestra —respondió Matthew feliz.

—¿Qué? —boqueó Fiona asombrada—. Creía que era de todos tus primos.

—Se la compré hace un mes —dijo Matthew satisfecho—. No quería que acabara en manos de extraños. Mi abuela adoraba esta casa —añadió con la emoción translúcida en su voz.

Fiona se sintió enternecida. Sabía el vínculo que había tenido Matthew con su abuela y comprendía su acción.

—¿Y por qué no me has dicho nada?

—Era una sorpresa. Toma —dijo Matthew tendiéndole un manojito de llaves que había sacado del bolsillo de su abrigo.

Fiona las atrapó entre sus dedos con emoción y caminó hasta la puerta, donde introdujo la llave y se tomó unos segundos para abrirla. La casa seguía tal cual la recordaba, con el papel de

flores y las maderas nobles que adornaban a media pared.

—La he limpiado, pero no he querido cambiar nada, sé que querrás decorarla tú. Esta es ahora nuestra casa.

—¿Nuestra casa? —preguntó Fiona con voz temblorosa por la emoción.

—Por supuesto, no podemos vivir eternamente en una habitación del hostel, necesitábamos una casa como cualquier recién casado —dijo Matthew con humor mientras la cogía por la cintura y la acercaba a su cuerpo antes de besar la punta de su nariz.

Fiona no podía apartar la mirada del rostro del único hombre al que había amado en su vida. Los dos meses transcurridos desde su boda se sentía la mujer más dichosa del mundo.

—Te amo —fue lo único que fue capaz de expresar.

—Y yo a ti, mi vida, pero tengo otra sorpresa —anunció antes de apartarse para tomar su mano y tirar de ella para subir las escaleras.

Fiona le seguía sin saber bien qué esperar, pero al llegar al dormitorio principal se quedó con la boca abierta. En el centro de la gran estancia estaba la vieja cama de hierro forjado que había pertenecido a su familia desde hacía varias generaciones. Su tatarabuelo se la había obsequiado a su tatarabuela como regalo de bodas.

Recordó entonces la discusión que había protagonizado con Matthew cuando él dijo que aquel «viejo trasto» no tenía arreglo y que no podría ponerla en la suite de la buhardilla, como Fiona quería. Se aproximó a la estructura y acarició el latón, que refulgía como oro.

—No me lo puedo creer —exclamó asombrada con la transformación—. Me dijiste que no se podía hacer nada por ella.

—Y así era. Un amigo mío herrero me debía un par de favores. Le costó restaurar los agujeros provocados por el óxido, pero la verdad es que hizo un gran trabajo. Luego la lijé, pulí, limpié... Nina me ayudó a elegir la ropa de cama. —Un bonito edredón de patchwork cubría el amplio colchón.

—¿Has hecho esto por mí? —preguntó Fiona situándose frente a Matthew, elevando su cabeza para clavar su mirada en su rostro.

—Por supuesto —respondió Matthew tomando su cintura entre las manos—. Te mereces eso y más, y yo estoy dispuesto a dedicar mi vida a cumplir cada uno de tus deseos. Te amo, pequeña —añadió guiñándole el ojo, sabiendo que el apelativo que solía utilizar ya no le molestaba tanto a Fiona.

—Te amo, Matthew Callaghan.

—Y yo a ti, Fiona Mackenzie.

*Fin*

*Para mi Maggie, mi princesa cenicienta,  
mi pelusa y mejor compañera.*



*Siempre estarás en mi corazón.*

*(Febrero 2004 - Mayo 2018)*

## MAR FERNÁNDEZ MARTÍNEZ

Amante de su ciudad natal, Madrid, vive en un pueblo de Salamanca de apenas treinta vecinos, junto a la persona que eligió para vivir su propia historia de amor.

Su afición por la lectura comenzó una fría tarde de invierno, con tan solo 15 años, cuando aburrida hurgó en los estantes de la biblioteca de su hermana algún libro que le llamara la atención. Allí se decidió por “El jardín de las mentiras” de Eileen Goudge. Y desde ese momento que la romántica la envolvió con su encanto, quedándose hasta la madrugada inmersa en cuanta historia de amor cayera entre sus manos.

Y por entre ellos, la escritura surgió también en ella. Muchos son los cuadernos de espiral donde sus ideas comenzaron a tener vida, plasmando en ellos, mundos donde los hilos de los personajes eran movidos a su antojo, siendo a veces ellos mismos los que guiaban los dedos para escribir sus propios destinos.

*“Sus escritos son un enredo de personajes maravillosos, entrelazados unos con otros, con ciertos toques de humor y alegría, algunas tristezas y malos aciertos, pero con palabras y frases que llegan al corazón.”*

*Puedes encontrarme en:  
Twitter, Facebook, instagram...  
<http://marfernandezmartinez.wixsite.com>*

## **OTRAS OBRAS DE LA AUTORA**

### **Contemporánea:**

*Nunca te olvidé.*

*Atardecer contigo.*

*Viaje a los sentimientos.*

*Construyendo un amor.*

### **Bilogía “Los chicos Bradford”:**

*Atrapado en tu recuerdo.*

*Savanna, tentadora obsesión.*

### **Bilogía “Town Hope”:**

*Besos con sabor a lluvia.*

*Besos con sabor a esperanza.*

### **Histórica:**

#### **(Saga Despertar)**

*Despertar con tu amor (I).*

*Perdida en tus brazos (II).*

*El Halcón del Támesis (III).*

### **Colección tierras lejanas:**

*Cruce de caminos.*

*El viaje de su vida.*

*Forajida.*

*La decisión de Elaine.*

### **Colección Little Love:**

*Un adiós con olor a Lavanda.*

*El corazón de Fiona.*

**Todas ellas disponibles en Amazon, en digital y papel.**